

AÑO XXII, NÚMERO 85, VERANO 2021

istor 85

REVISTA DE HISTORIA INTERNACIONAL

Más allá de Rusia

NUEVAS HISTORIAS DEL MUNDO EXSOVIÉTICO

Hanna Deikun (coordinadora)

**Alexander Etkind, Ilya Gerasimov, Sergei Glebov,
Soledad Jiménez Tovar, Marina Mogilner, Ingrid Ots,
Serhii Plokhii, Andrii Portnov y Anna Temkina.**

**Además, textos de Alfredo Ávila, Jean Meyer,
Eduardo Núñez Mayeya y Alfonso Salas**



9 771665 171015

\$ 100.00

VEINTIÚN AÑOS


CIDE

Director fundador Jean Meyer

Director David Miklos

Consejo editorial Catherine Andrews,
Luis Barrón, Adolfo Castañón, Clara García,
Luis Medina, Pablo Mijangos, Rafael Rojas,
Antonio Saborit y Mauricio Tenorio

Diseño y formación Natalia Rojas

Corrección Pilar Tapia
y Nora Matadamas

Consejo honorario

Yuri Afanasiev † Universidad de Humanidades, Moscú

Carlos Altamirano Editor de la revista *Prisma* (Argentina)

Pierre Chaunu † Institut de France

Jorge Domínguez Universidad de Harvard

Enrique Florescano Secretaría de Cultura

Josep Fontana † Universidad de Barcelona

Luis González † El Colegio de Michoacán

Charles Hale † Universidad de Iowa

Matsuo Kazuyuki Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight Universidad de Oxford

Seymour Lipset † Universidad George Mason

Olivier Mongin Editor de *Esprit*, París

Manuel Moreno † Universidad de La Habana

Daniel Roche Collège de France

Stuart Schwartz Universidad de Yale

Rafael Segovia † El Colegio de México

David Thelen Universidad de Indiana

John Womack Jr. Universidad de Harvard

- *Istor* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (cide).
- El objetivo de *Istor* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica al editor responsable: david.miklos@cide.edu
- Puede consultar *Istor* en internet: www.istor.cide.edu
- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, Ciudad de México.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102
- issn: 1665-1715
- Impresión: Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales Oriente, 03570, Ciudad de México.
- Suscripciones: Tel.: 5727-9800, ext. 6093 editorial@cide.edu



Portada: *Composición suprematista*
(1916) de Kazimir Maléovich.
The History Collection/Alamy
Stock Photo.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, istor, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo istoreo, “tratar de saber, informarse”, y la palabra istoria, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer istor: Heródoto de Halicarnaso.

ÍNDICE

Presentación

- 3 HANNA DEIKUN, *Lost in translation*: El concepto de la ruseidad

Dossier

- 11 ILYA GERASIMOV, MARINA MOGILNER Y SERGEI GLEBOV, La ecología política:
La formación de la región de Eurasia del Norte
- Entrevistas realizadas por Hanna Deikun (HD) e Ingrid Ots (IO)
- 19 ILYA GERASIMOV (por HD), Es necesario pensar un principio totalmente nuevo
para organizar la diversidad humana en la sociedad
- 45 MARINA MOGILNER (por HD), Nuestro lenguaje de análisis no es neutral, sino que
está impregnado por relaciones de poder
- 61 ANDRII PORTNOV (por HD), La historiografía ucraniana contemporánea en las sobras
de la herencia soviética
- 75 SERHII PLOKHII (por HD), La desintegración de la URSS sí tenía alternativas
- 89 ANNA TEMKINA (por IO), La mujer soviética se emancipó mucho antes que la mujer
occidental
- 101 ALEXANDER ETKIND, El oriente no tradicional
- 113 SOLEDAD JIMÉNEZ TOVAR, De la “rusología” en México: Sobre la reflexividad
en la Historia
- 125 ILYA GERASIMOV Y ANDRII PORTNOV, Nuestra tarea es deconstruir el “esquema de
la historia rusa”, preservado desde el siglo XIX: Conversación sobre el libro *Nueva
historia imperial de Eurasia del Norte*

Reseñas

- 139 INGRID OTS, Blancos subalternos y voces disidentes
- 145 EDUARDO NÚÑEZ MAYEYA, El último imperio: Los días finales de la Unión
Soviética
- 153 ALFONSO SALAS, A través de la Cortina de Hierro

Cajón de sastre

- 161 JEAN MEYER
- 167 ALFREDO ÁVILA, In memoriam, Luis Fernando Granados (1968-2021)
- 171 *Colaboradores*

Presentación

LOST IN TRANSLATION

El concepto de la ruseidad

Hanna Deikun

Ya han pasado treinta años desde la caída de la “¡Indestructible unión de repúblicas libres!”, como proclamaba el himno soviético. Ese colapso, en palabras de Alexander Etkind, “significó la descolonización de quince naciones, incluida Rusia”.¹ Una vez independizadas, todas comenzaron a imaginar y narrar su pasado de manera particular y la historia soviética del Estado único se dividió en quince narraciones. Este número de *Istor* pretende dar un panorama de la situación historiográfica actual en la región, la cual comparte una herencia común: su pasado soviético. Con la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la desaparición de los marcos ideológicos y el orden estatal, los historiadores y académicos de las ciencias sociales y humanas se encontraron en una situación muy difícil y, al mismo tiempo, interesante. La censura terminó, junto con el apoyo estatal para la mayoría de las instituciones del gobierno, y los académicos de los países ex soviéticos se encontraron con los textos de las corrientes historiográficas y las discusiones que tenían lugar al otro lado de la Cortina de Hierro: la crítica marxista, la crítica feminista, el giro cultural, la crítica poscolonial, etc. De qué manera se desarrolló la disciplina histórica en ese contexto y qué pasó con la “Historia de la URSS” y los llamados estudios sobre Rusia (*ru-sistika*), tanto en los territorios ex soviéticos como en el extranjero, son los temas que me gustaría desarrollar en estas páginas.

Hanna Deikun es estudiante del doctorado en el Departamento de Historia de la Universidad Illinois en Chicago y maestra en Historia Internacional por la División de Historia del CIDE.

¹ Alexander Etkind, *Colonización interna. La experiencia imperial de Rusia*, Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 2013, p. 43.

El tema es tan enorme como el vasto territorio ex soviético, así que decidí concentrarme en algunas figuras de la academia contemporánea y hacer uso de la forma más amigable de hablar sobre este tema: las entrevistas. Esta publicación se centra en las voces de cinco investigadores originarios de Rusia y Ucrania: Ilya Gerasimov, Marina Mogilner, Andrii Portnov, Serhii Plokhii y Anna Temkina, todos formados en la Unión Soviética, quienes vivieron de una forma u otra las transformaciones en la disciplina histórica y en las ciencias sociales de sus países. Todos, con excepción de Temkina, trabajan fuera de Rusia y Ucrania, de manera que poseen una doble perspectiva: local e internacional. La sexta voz pertenece a Soledad Jiménez Tovar, una investigadora mexicana que, en un texto íntimo y bello, propone una reflexión personal sobre las relaciones profesionales y de amor con lo “ruso”.

Las dos primeras entrevistas, que son también las más amplias, tienen a Ilya Gerasimov y a Marina Mogilner como protagonistas, ambos cofundadores y corredactores de la revista *Ab Imperio*. Esta publicación apareció en el año 2000 en Kazán, Rusia, y desde sus inicios buscó ser una plataforma para los expertos sobre la región ex soviética. Desde hace veinte años los redactores de *Ab Imperio* han leído los *papers* de los representantes de las distintas historiografías nacionales, tanto ex soviéticos como extranjeros, y tienen, por lo tanto, una mirada amplia sobre la situación historiográfica en la región. Además, como resultado de estos años de trabajo, Gerasimov, Mogilner y Sergei Glebov desarrollaron una nueva corriente historiográfica llamada *Nueva historia imperial*, la cual pretende repensar la historia del inmenso territorio ex soviético con un nuevo lenguaje analítico. Dicha propuesta está desarrollada en su libro *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* (2017), que describe la historia del territorio que los autores llaman “Eurasia del Norte” entre el siglo VI y principios del siglo XX. Esta nueva corriente crítica tendrá a lo largo de este número un papel protagonista.

Las dos siguientes entrevistas, con Andrii Portnov y Serhii Plokhii, explican la herencia soviética en la academia contemporánea ucraniana. Estos historiadores ucranianos, formados en la Universidad de Dnipro(petrovsk), en Ucrania, una ciudad “cerrada” con un estatus especial durante la época soviética, dibujan una “doble asimetría periférica” en relación con el centro. Portnov y Plokhii proponen una perspectiva alejada de la capital —desde Dnipro(petrovsk) y no desde Kyiv— y republicana —de Ucrania y no de

Rusia—. Portnov habla sobre el contexto que rodeó las transformaciones de las décadas de 1980 y 1990 en la disciplina histórica ucraniana, mientras que Plokhii, quien vivió esas transformaciones, ofrece un testimonio de los cambios a través de su propia historia y de sus investigaciones. Hablaremos de su libro *El último imperio: Los días finales de la Unión Soviética*, cuya reseña, escrita por Eduardo Núñez Mayeya, está incluida en este número.

En la siguiente entrevista, la investigadora estonia Ingrid Ots conversa con la socióloga rusa Anna Temkina sobre los estudios de género en Rusia, una corriente que, como otras, llegó a los investigadores de Rusia desde el oeste en las décadas de 1980 y 1990. Temkina dirige sus principales críticas sobre los estudios de género en Rusia hacia la ausencia de un aparato crítico propio postsoviético que ayude a mejorar la comprensión del contexto local.

Más adelante Soledad Jiménez Tovar ofrece una reflexión sobre el camino que siguió en la elección de su tema de investigación: “Rusia”, y a la vez lo problematiza mediante algunas cuestiones semánticas. Además, nos propone una mirada crítica a la rusología, una disciplina por venir en México y América Latina.

En este número de *Istor* es importante, además, acercar al lector a esas nuevas investigaciones de la historiografía del espacio exsoviético que todavía son poco conocidas en español. Así, se incluyen también dos textos representativos. El primero es una parte del capítulo I de la ya mencionada *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, que nos invita a asumir el papel de un observador imaginario y, con ello, a obtener una idea de las fronteras y del significado de Eurasia del Norte. El segundo texto, traducido por Ingrid Ots, es una parte del primer capítulo del libro de Alexander Etkind, *Colonización interna: La experiencia imperial de Rusia*. Este análisis, con influencia de los estudios poscoloniales, interpreta el imperialismo de Rusia como un proceso externo e interno, donde el Estado es a la vez sujeto y objeto de su propia colonización. También se incluye aquí la reseña del libro, escrita por la misma Ingrid Ots.

Finalmente, una conversación entre Ilya Gerasimov y Andrii Portnov cierra a modo de epílogo la discusión sobre la *Nueva historia imperial*. En ella, los investigadores tocan un tema de actualidad para los académicos mexicanos: la desigualdad del espacio académico internacional, vista desde la perspectiva ex soviética. Dicha conversación fue publicada en ruso en 2017.

Las demás entrevistas fueron expresamente llevadas a cabo para enriquecer la discusión que tiene lugar en estas páginas.

LA NUEVA HISTORIA IMPERIAL DE EURASIA DEL NORTE
Y SU NUEVO LENGUAJE ANALÍTICO

Ya he mencionado que el proyecto *Nueva historia imperial* fue desarrollado por los redactores de la revista *Ab Imperio*. Cuando esta se fundó en el año 2000, la escritura de historia de la región se preocupaba por las historias nacionales propias, un enfoque que estaba prohibido y censurado en tiempos soviéticos no solo en las repúblicas, sino también en la misma Rusia. Si en sus comienzos la revista tuvo un enfoque cercano a los *nationality studies*, muy pronto los redactores descubrieron que, “con excepción de algunas tramas del periodo soviético”, tales estudios “resultaron ser simplemente contraproducentes para la historia de la región”.² En palabras de Gerasimov y Mogilner, los “excesos” de la historiografía postsoviética a inicios de la década de 1990 eran visibles en trabajos que hacían provenir a los “rusos” de los etruscos o publicaban capítulos con títulos como “Tartaristán en la época de paleolítica”. No se trataba de un puro entusiasmo nacionalista: los académicos se enfrentaron con una crisis general de la disciplina, antes conocida como “Estudios sobre Rusia” (*rusistica*). Con la caída de la URSS desapareció una rama de investigación “natural”, que permitía juntar la perspectiva local y global. Sin embargo, quienes tuvieron los problemas más grandes fueron los especialistas en el extranjero: para ellos el objeto de investigación simplemente desapareció. Gerasimov y Mogilner ilustraban esta situación en una entrevista de 2007:

¿Qué están investigando? ¿La historia de la URSS? Pero no existe, y qué actualidad tiene el estudio de un Estado no existente. ¿La historia de Rusia? Pero, ¿quiénes son los “rusos” —y qué hacer con todos los demás—? ¿La historia de Eurasia? Pero, ¿por qué dedicarse solo a Europa del Este, ignorando India y China? ¿Estudios eslavos (*Slavic Studies*)? ¿Y qué hacer con los judíos y los turcos?³

² Entrevista con Marina Mogilner, p. 49.

³ Artem Smirnov, “Qué es la ‘nueva historia imperial’, de dónde viene y a dónde va? Conversación con los redactores de la revista *Ab Imperio*, Ilya Gerasimov y Marina Mogilner”, *Logos*, vol. 1, núm. 58, 2007, pp. 218-238.

En una palabra, a finales de la década de 1990 la disciplina vivía una crisis sistemática en ambos lados del Atlántico y necesitaba una revisión. Los redactores de la revista *Ab Imperio* empezaron a buscar un nuevo marco conceptual o, a decir de Mogilner, “nuevos fundamentos metodológicos para escribir la historia en común —o por lo menos interrelacionada— del vasto espacio del antiguo imperio”.⁴

La *Nueva historia imperial* propone que el imperio sea visto como una situación —y no como una estructura—, en la cual coexisten múltiples formas y principios de dominación. Es decir, “imperio” se entiende no solo como una categoría de la práctica histórica, sino como una *categoría analítica* que describe una diversidad compleja y desigual de espacios políticos, sociales y culturales. En la “situación imperial” no existe un principio universal —digamos, nacional— de la diversidad; más bien, es una “situación” en la cual existen múltiples formas y principios de la subordinación y la dominación.

En la teoría política clásica predomina —incluso hoy— la idea del imperio como *una* forma de dominación en la cual *una* comunidad política controla a otra. Tal comprensión del imperio en la década de 1990 fue, no obstante, un avance importante para la historia de Rusia, pues demostró que los rusos no eran los únicos protagonistas del pasado y del presente.⁵ Como dice Mogilner, gracias a la apertura de los archivos regionales en la década de 1990, los historiadores de Rusia descubrieron que esta era una organización compleja, multiétnica, multinacional.⁶ Sin embargo, para ella también quedó claro que la escritura de la historia de un Estado “multiétnico (multinacional)” era imposible: esta se desintegraba en unas narraciones nacionales, con frecuencia excluyentes, o bien su complejidad se sustituía con una narración única de la historia del Estado.⁷

⁴ Entrevista con Marina Mogilner, p. 49.

⁵ Yaroslav Shimov, “La URSS no está más estudiada que Marte. ¿Qué es *nueva historia imperial* de la historia de Rusia”, Radio Svoboda, 14 de enero de 2021 (<https://www.svoboda.org/a/31044901.html>)

⁶ Entrevista con Marina Mogilner, p. 48.

⁷ La información está basada en las siguientes fuentes: Artem Smirnov, *op. cit.*, pp. 218-238; Ilya Gerasimov y Marina Mogilner, “¿Cómo reconocer la nueva historia y qué esperar de ella?”, *Ab Imperio*, núm. 1, 2014, pp. 245-248, y Yaroslav Shimov, *op. cit.*

La meta principal del proyecto, en palabras de Gerasimov, fue “la búsqueda de un nuevo idioma analítico para describir la realidad multidimensional de la ‘situación imperial’, y no la ‘interpretación’ de unos hechos bastante conocidos”.⁸ El problema, como identificaron los autores, era el lenguaje mismo de la descripción. La mayoría de los conceptos que usamos para describir el pasado —por ejemplo, “eslavos”, “Kiev Rus” o “Estado”— surgieron en nuestro imaginario sociopolítico en el siglo XIX, y tienen una connotación nacionalizadora y unas estrategias explicativas en las que se inscriben los sentidos de forma predeterminada. Así, los autores elaboraron un nuevo lenguaje analítico y con él escribieron su *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, donde se narra la historia del territorio que comprende más o menos el espacio de la extinta URSS. El texto original fue escrito en ruso; la traducción al inglés deberá aparecer a lo largo de este año. Esta historia posnacional y posimperial propone, en suma, un modelo de la sociedad en la cual la diversidad es la norma y no la excepción.

UNA BRECHA DE COMUNICACIÓN

Las preocupaciones de los redactores de la revista *Ab Imperio* sobre el uso del lenguaje para describir el pasado se relacionan directamente con las problemáticas semánticas que enfrentan los estudios sobre Rusia en el extranjero. En palabras de Sergei Serebriany, existe una “brecha de comunicación” (*communication gap*) entre Rusia y el mundo occidental. En la lengua rusa existen dos adjetivos para designar lo “ruso”, las cuales indican distintas posibilidades de pertinencia a Rusia: *ruskij* y *rossijskij*. Ruso-*ruskij* lleva implícita una pertenencia entocultural, y ruso-*rossijskij* tiene, por su parte, implicaciones políticas y de pertenencia al país. *Ruskij* subraya la pertenencia a una comunidad étnica particular y *rossijskij* a un Estado particular. Estas dos pertenencias frecuentemente no coinciden con los términos “Rusia” y “ruso” en español.⁹

Así, traducir simplemente como “ruso” los términos *ruskij* y *rossijskij* equivale a perder una distinción semántica importante, y a obstaculizar

⁸ Conversación entre Ilya Gerasimov y Andrii Portnov, p. 131 en este número.

⁹ Sergei Serebriany, *Russian Culture between Europe (the West) and Asia (the East) / Building Bridges between India and Russia. A Festschrift for Prof. J.P.Dimri*, Ram Das Akella (ed. y comp.), Kolkata, Power Publishers, 2012, pp. 169-191.

además la comprensión de la ruseidad. En este caso, incluso en el nombre del país —Federación Rusa— y del Imperio ruso, que en su lengua original tienen una connotación política, *rossijskij* se convierte en el término etnocultural *rusiskij*. Si recordamos que fuera de la Unión Soviética esta a menudo era llamada Rusia, entonces la palabra “ruso” en términos etnoculturales (*rusiskij*) homogenizaba no solo la diversidad de la misma Rusia soviética, sino también la de los pueblos de otras catorce repúblicas de la Unión Soviética.

Lo “ruso” en términos políticos (*rossijskij*) no tiene equivalente en español y tampoco en inglés o francés.¹⁰ ¿A qué se debe esta situación? En primer lugar, parece que a las problemáticas que tenía la vieja disciplina de los Estudios sobre Rusia (*rusistica*), los *Slavic Studies* o la Historia de la URSS, que prestaban una atención desproporcionada al centro y al rusocentrismo normativo. En segundo lugar, hay que mencionar que en la época soviética la palabra *rossijskij* casi no se usaba.¹¹ Actualmente algunos colegas expertos en la región ex soviética que trabajan fuera sus países empiezan a discutir más este problema y a buscar soluciones.

En esta publicación me gustaría hacer una propuesta de separación semántica de lo “ruso”. Me parece que solo con una distinción lingüística —es decir, con la introducción de una nueva palabra— se podría hacer una separación responsable, dado que esa nueva palabra visualiza la diferencia. Por lo tanto, en el sentido etnocultural (*rusiskij*) seguiré usando la palabra ruso, mientras que en un sentido político (*rossijskij*) usaré el término ruso. Me gustaría mencionar que Soledad Jiménez Tovar fue quien inventó y propuso la palabra “rusiano”, además de darme la oportunidad de participar en una discusión sobre el tema con varios especialistas. Parece que este tipo de modificaciones lingüísticas a veces pueden resultar un poco incómodas. De cualquier forma, esta propuesta invita a la crítica y la discusión.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer al doctor Jean Meyer y al profesor David Miklos por aceptar mi propuesta para publicar este número de *Istor*, así como al equipo de la revista: Natalia Rojas Nieto, Pilar Tapia y Nora Matadamas, por

¹⁰ En alemán sí existe la diferenciación entre “Russländisch” y “Russisch”.

¹¹ *Ibid.*, p. 171.

su ayuda y paciencia. A la doctora Soledad Jiménez Tovar, quien no solo escribió un hermoso texto para este número sino que además discutió conmigo los temas aquí tratados y, como he mencionado, inventó la palabra “rusiano”. Agradezco a Miguel Ángel Palma Benítez, mi ex colega en el CIDE, por revisar la traducción y editar cinco de los textos incluidos en esta publicación con admirable profesionalismo. Gracias también a Ingrid Ots, mi colega en el estudio de la región ex soviética, quien llevó a cabo la entrevista con Anna Temkina, la tradujo al español e hizo también una maravillosa traducción de una parte del libro de Alexander Etkind, además de escribir la reseña del mismo. Y a Eduardo Núñez Mayeya y Alfonso Salas por escribir otras dos reseñas.

Finalmente, agradezco a Ilya Gerasimov, Marina Mogilner, Andrii Portnov, Serhii Plokhii, Ingrid Ots, Anna Temkina y Soledad Jiménez Tovar por participar en la discusión de estas páginas, que están dirigidas especialmente al público iberoamericano. ❧

LA ECOLOGÍA POLÍTICA: LA FORMACIÓN DE LA REGIÓN DE EURASIA DEL NORTE*

Ilya Gerasimov, Marina Mogilner y Sergei Glebov

LAS FRONTERAS DE LA REGIÓN

Las nociones básicas de unidad espacial del planeta, sincronicidad de la historia mundial y cronología compartida tienen un origen muy reciente. Aunque desde la Antigüedad los individuos, e incluso pueblos enteros, a menudo entraron en contacto con los habitantes de territorios muy lejanos, no existía una sola “posición” desde la cual un observador individual o colectivo, como en un entorno intelectual, pudiera describir diferentes espacios y sociedades en términos universales. Cada cultura local tenía sus propios nombres para los mismos ríos y montañas, e incluso percibía de manera diferente las fronteras entre una y otra cadena montañosa. Distintos observadores no solo tenían nombres distintos para describir a los pueblos cercanos, sino que además diferían en los grupos que pertenecían a un pueblo y los que no. Las grandes civilizaciones antiguas que desarrollaron sistemas de escritura —como el antiguo Egipto, el Imperio Celestial (China) o la *polis* de la antigua Grecia—, se percibían a sí mismas como un oasis en medio de un espacio poblado por “bárbaros”. Su conocimiento práctico sobre las tierras y los pueblos vecinos pudo ser bastante amplio, pero eso no los llevó a pensar su cultura como parte de un todo global. ¿Esto significa que las categorías generales contemporáneas —por ejemplo, “Eurasia del Norte”— no son adecuadas para describir la organización social y comprender el espacio en la Antigüedad?

* Tomado del capítulo I del libro de Ilya Gerasimov, Marina Mogilner, Sergei Glebov, *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, Kazan, Ab Imperio, 2017. Traducción de Hanna Deikun; revisión de Miguel Ángel Palma Benítez.

Sí y no. Ciertamente es imposible imaginar, incluso de manera hipotética, a un observador en el pasado que desde su posición hubiera podido percibir los inmensos espacios del continente de Eurasia al norte del Himalaya, junto con los desiertos de Mongolia y el centro de Asia, como un todo. ¿Dónde podríamos encontrar el conocimiento necesario para realizar semejante generalización y por qué sería necesario percibir este espacio como un todo? Sin embargo, aunque no se percibiera así desde el interior, este territorio llegó a estar delimitado claramente, primero por fronteras naturales y después por fronteras socioculturales.

Imaginemos a un observador que, a mediados del primer milenio de nuestra era, se mueve desde el Polo Norte hacia el sur a lo largo de los Montes Urales, a una altura suficiente para observar el continente desde la península de Kamchatka hasta Escandinavia. Desde los mares del norte hasta el círculo polar ártico el territorio se encuentra casi despoblado, tanto en el este como en el oeste. Un pequeño número de los pobladores de la tundra viven de la caza del zorro ártico (ísatis) y del reno, forzados a tener una vida nómada persiguiendo a sus presas, pues los renos cruzan miles de kilómetros durante el verano en búsqueda de alimento. Este animal solo lograría ser domesticado a finales del primer milenio, lo que entonces permitió a los grupos nórdicos organizar poblaciones más permanentes y numerosas. Sin embargo, en ese momento su organización social dependía completamente de las condiciones de un clima severo y de la población disponible de animales de caza.

Más hacia el sur se extiende la amplia línea de la taiga, que cubre casi toda la península escandinava, el territorio de Finlandia y la Rusia europea al norte de San Petersburgo y Moscú y, más allá de los Urales, el norte de Novosibirsk en Siberia y Jabarovsk en el Extremo Oriente. La escasa población de la taiga es gente del bosque: el bosque les da todo lo que necesitan para la vida, incluso el grano. Practican la caza y hasta finales del siglo XIX su forma de agricultura es la tala y quema, lo cual significa que una parcela de bosque se quema y se siembran granos directamente en las cenizas. La parcela permanece fértil durante varios años y luego es necesario talar una nueva. La densidad de población en la taiga no excede de una persona por kilómetro cuadrado, y en la mayoría de los casos es mucho menor. La caza y la quema para la siembra requieren grandes espacios —al menos 7 hec-

táreas por finca—. No hay caminos a través del bosque y las migraciones masivas son extremadamente raras y difíciles, por lo que la intensidad de los contactos entre grupos de personas es muy baja.

En el este y el oeste del continente la taiga se convierte en bosque mixto y caducifolio, y más cerca de los Urales, desde el Volga hasta Altái, en estepa forestal. La zona de bosque mixto —prácticamente toda Europa Occidental hasta los Pirineos y toda Europa Central— se caracteriza por un clima más equilibrado. Estos bosques son más fáciles de talar y a la vez proveen a la población abundante combustible y materiales para construcción, además de ser ricos en caza. Esta área natural constituye un obstáculo para la expansión de las poblaciones nómadas —o mejor dicho, es de poco interés por falta de pastos extensivos—, y está muy abierta a la expansión de la población sedentaria y al establecimiento de lazos sociales más fuertes y permanentes.

La estepa forestal del continente se extiende en una franja que va desde las estribaciones orientales de los Cárpatos —en las actuales Ucrania y Moldavia—, pasando por lo que hoy es Rusia —al sur de Kursk y Kazán—, hasta las montañas de Altái. Los robledales se alternan con espacios abiertos, que durante mucho tiempo han atraído a los agricultores por su fértil tierra negra.

La estepa es una llanura cubierta de hierba, prácticamente desprovista de árboles. Se extiende como una franja continua y ondulada, que se expande y se contrae, desde las estribaciones del norte del Cáucaso y la región septentrional del Mar Negro, a través del sur de la llanura de Europa del Este —llegando hasta Belgorod—, la región del Volga —hasta Saratov en el norte—, pasando por el norte de Kazajistán hasta Siberia occidental y Mongolia. Aquí el observador imaginario encontrará una escasa población nómada —la densidad de población es como en la taiga: menos de una persona por kilómetro cuadrado—, distribuida de manera desigual, aunque las familias nómadas extensas a veces pueden unirse para formar alianzas de las estepas. Las fronteras invisibles de los pastos y las permanentes rutas migratorias separan a los grupos nómadas, pero algunos eventos —el inicio de un periodo de sequía, la invasión de algún enemigo poderoso o la voluntad de un líder carismático— son capaces de reunir a las tribus nómadas en una sola masa y desplazarla a cientos e incluso miles de kilómetros a través

del espacio abierto de la estepa, barriendo a las comunidades más débiles o menos organizadas.

El observador continúa moviéndose hacia el sur y nota que algunas regiones esteparias también se encuentran detrás de la cordillera del Cáucaso en el suroeste, en Anatolia Central, y que los bosques mixtos y caducifolios en el sureste comienzan en Mongolia Interior. Sin embargo, descendiendo hacia el sur a unos 50 grados de latitud, nuestro observador se enfrenta a una situación completamente nueva: la importancia del paisaje natural en la organización de la vida de las personas disminuye y el paisaje social ocupa entonces el papel principal. No hay en realidad una línea continua y clara entre ambos, y la reorganización del sistema ecológico “naturaleza-ser humano” ocurre a cientos e incluso miles kilómetros más al norte o más al sur, y ya no depende del clima y del suelo, sino del desarrollo de la civilización.

En el sureste, el Imperio Celestial de la dinastía Tang se extiende desde el Océano Pacífico hasta las montañas Tian. La conquista militar y económica de vastos territorios —cada uno con diferente clima y población— ocurre al mismo tiempo que el Imperio los explora en el terreno intelectual. Los eruditos de la antigua China interpretan innumerables fragmentos de “conocimiento local” que pertenecen a tribus, guerreros, comerciantes y funcionarios locales, y crean una idea general de su civilización y del mundo que la rodea.

China se convirtió en un rincón separado e independiente del mundo no tanto porque se encontrara claramente delimitada por montañas o ríos —en realidad, las fronteras políticas de China, e incluso el concepto mismo de frontera política, cambió radicalmente de una era a otra—, sino más bien porque las distintas tribus “chinas” que se dieron cuenta de su unidad política y cultural lo concibieron como un mundo especial. Los chinos solo pueden ver entonces una parte del continente de Eurasia, pero son un observador real, no imaginario, que ofrece una versión coherente de la estructuración mental del espacio. Por lo tanto, su modelo cultural del mundo habitado (“civilizado”) reclama autoridad y superioridad sobre las ideas de sus vecinos nómadas del norte: los chinos han creado una imagen armónica del mundo y la cultura, mientras que los nómadas aún no ven la necesidad de imaginarlo de una manera tan global que, además, es imposible registrar con todos sus matices sin la ayuda de la escritura.

Más al oeste, a través de una cadena de unidades políticas —dependientes u hostiles—, se extendió el vasto Imperio Persa de la dinastía sasánida, desde el actual Pakistán, a través de Asia Central y el Cáucaso del Sur, hasta el este de Turquía, extendiéndose también por el sur del Mediterráneo hasta Egipto. Desde la perspectiva de un habitante ilustrado de este imperio, las montañas del Cáucaso no constituían una frontera natural “objetiva”; por el contrario, Asia Central y el Cáucaso se incluían en el espacio común del mundo del Medio Oriente. Tal espacio estaba delineado y estructurado por la cultura en un grado mucho mayor de lo que las condiciones del clima y el paisaje afectaban a esa misma cultura. Como en el caso de China, la unidad del Estado sasánida se basaba en instituciones sociales desarrolladas y un espacio cultural en común que unía a diversas tribus y formaciones políticas. El zoroastrismo como religión dominante y un vasto grupo de personas alfabetizadas, junto con la organización política de la sociedad en clases, dieron estabilidad al “mundo persa” con sus propios conceptos geográficos y un “mapa mental” de los pueblos que habitaban el imperio y los territorios adyacentes.

Más hacia el oeste se encontraba el Imperio Romano de Oriente (Bizancio), rival político y socio comercial de los sasánidas, y también otro mundo cultural poderoso y original que aportó una visión alternativa de la organización del espacio de Eurasia. En ese momento el territorio de Bizancio rodeaba casi por completo las orillas del mar Mediterráneo —a excepción de una parte de la península ibérica—, que servía como un enorme “lago interior” del imperio. La diversidad de la población local, así como la diversidad del clima y el relieve, no obstaculizaron la apropiación política y cultural de vastas áreas. El cristianismo proporcionó un contexto cultural común, que estimuló la difusión de la escritura y la alfabetización incluso en los idiomas locales —armenio y georgiano, eslavo y gótico—, lo que intensificó a menudo los contactos intelectuales y el desarrollo y la difusión de la versión bizantina del “mapa del mundo” común.

Al oeste de Bizancio, más allá de los Alpes y los Cárpatos, Europa era más del “norte” que del “sur”: un espacio políticamente fragmentado y culturalmente segmentado con una población migrante. Olas de nómadas procedentes de Asia, que llegaban a través del “corredor” de la estepa, alcanzaron el valle del Danubio y se detuvieron ahí cuando encontraron el

antiguo bosque hercínico (*Hercynia silva*): una cadena de montañas cubiertas de densos bosques a cuya espalda se encontraban las fronteras de los primeros reinos germánicos. Solo unas cuantas tribus germánicas habían adoptado el cristianismo en ese momento, pero incluso así su nivel de alfabetización era insignificante y su “imagen del mundo”, fragmentaria y limitada. La futura “Europa occidental” era la remota periferia del mundo cristiano grecorromano —en este momento, sobre todo bizantino.

Así, Eurasia del Norte surge como una multitud de espacios definidos negativamente, porque los “observadores colectivos” que realmente existieron en esa época —China, Persia y Bizancio— los ignoraron. No es solo que las fuentes escritas de estas tres culturas específicas han llegado hasta nosotros —y no, por ejemplo, las fuentes de las tribus ugrofinesas o turcas nómadas que vivían más al norte—, sino también que estas fuentes reflejan las opiniones de los “observadores colectivos” más numerosos. A pesar de todas las dificultades de los cálculos demográficos retrospectivos, el número de individuos bajo el dominio de la dinastía Tang se estima entre 53 y 80 millones en los siglos VII y VIII; los sasánidas unieron alrededor de 25 millones de personas a mediados del siglo VII; la población de Bizancio disminuyó de 26 millones en el siglo VI a 10.5 millones a mediados del siglo VII. Estos números pueden parecer modestos si se considera, por ejemplo, que la población del Indostán era de unos 100 millones de personas; sin embargo, estas tres grandes civilizaciones en su conjunto representaban casi la mitad de la población mundial en ese momento, y los resultados de la imaginación espacial de estas culturas tuvieron un peso especial incluso de forma estadística. Durante este periodo, la población total de Europa Occidental, incluidas Gran Bretaña y Escandinavia, fue de aproximadamente 5.5 millones de personas, y la población de Europa Central y Oriental, de 3.5 millones. Las alianzas más numerosas de grupos nómadas de Asia que crearon poderosos imperios —Xiongnu en los siglos III y II a.C. y los mongoles a comienzos del siglo XIII d.C.— no superaron las 700 u 800 mil personas. Así, aunque ocupaban distintos nichos socioecológicos, los nómadas de las estepas, los agricultores de la estepa forestal y las zonas boscosas, los cazadores de la taiga y la tundra, todos esparcidos por un vasto territorio desde el Océano Pacífico hasta el Báltico, al norte de los principales centros de civilización de entonces, ascendían a varios

millones de personas. Carecían de la capacidad estructural —y de la necesidad cultural— de unificar el conocimiento local y regional para sintetizar así una versión alternativa del “observador colectivo”.

Sin embargo, a finales del primer milenio de nuestra era la situación empezó a cambiar por completo. En la inmensidad del norte de Eurasia, cuyo territorio antes no estaba unido más que por su ausencia en las “imágenes del mundo” existentes, empiezan a formarse unidades políticas que ahora dominan los espacios antes que adaptarlos. El territorio, que es desconocido para el observador exterior, comienza a ser interpretado, descrito y estructurado desde el interior. Y al convertirse en parte de la cultura, adquiere las bases de la división interna y los límites externos y se vuelve parte de una historia compartida. ❧

ES NECESARIO PENSAR UN PRINCIPIO TOTALMENTE NUEVO PARA ORGANIZAR LA DIVERSIDAD HUMANA EN LA SOCIEDAD*

Entrevista a Ilya Gerasimov

HANNA DEIKUN: Los dos volúmenes de la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, publicados en 2017 en Moscú, abarcan la historia del vasto territorio postsoviético o Eurasia del Norte desde el siglo VI hasta principios del XX. ¿Por qué los redactores de la revista *Ab Imperio* decidieron escribir una síntesis histórica general, un texto de divulgación histórica? ¿A quién está dirigido: a los historiadores o a los estudiantes de universidades y preparatorias?

ILYA GERASIMOV: ¡Gracias por su interés en *Ab Imperio*! Su pregunta se refiere al resultado de un largo proceso, así que empezaremos a contar la historia desde su final: en agosto de 2021 los autores de este libro, que está pensado como un curso de historia o una síntesis histórica, deben entregar la versión final del primer volumen en inglés a Bloomsbury, editorial que publicará el libro completo bajo el título *A New Imperial History of Northern Eurasia: From Russian to Global History*. En junio de 2017 el libro en dos volúmenes fue publicado en ruso en Moscú y se incluyó entre los diez principales libros rusos en la Feria del Libro de Fráncfort de ese año. Entre 2014 y 2016 una primera versión de este libro apareció en las páginas de la revista *Ab Imperio* (dos capítulos). Mientras la publicábamos, los autores recibían los comentarios de lectores y especialistas en distintos periodos y temas; a partir de estas críticas realizamos una versión corregida y esa fue la que publicamos como libro. Este proyecto se inició en enero de 2005, tras cinco años de vida de la revista *Ab Imperio*, cuando nos dimos cuenta de que

* Agradezco a Miguel Ángel Palma Benítez la revisión preliminar de este texto.

las investigaciones publicadas en la revista rompían con lo que llamamos el “esquema de la historia rusa” (EHR) —una narración histórica hegemónica que empezó a mediados del siglo XIX y sobrevivió todos los desastres del siglo XX, el cambio de las ideologías y las innovaciones metodológicas—. Entonces surgió una especial necesidad de crear otra narración histórica y no solo deconstruir algunas partes del esquema de la historia rusa. Ese trabajo nos tomó más de diez años.

En breve, el EHR es una manera de percibir y describir la historia de Rusia como un Estado-nación, a la manera de la historia de Francia, que cuenta una historia de “los franceses” culturalmente homogéneos, o la historia de Alemania que narra la historia de “los alemanes”. Es la historia de un pueblo único, unido por su cultura, lengua y religión en un territorio “predestinado”, y que se desarrolla a través de las etapas de la evolución social, tal como lo formularon en 1870 Edward Burnett Tylor y Marx. El canon de la historia nacional se volvió un sinónimo de la historia profesional que a principios del siglo XX tomó sus características conocidas, y se convirtió también en uno de los pilares de los Estados nacionales como estandarte de la sociedad moderna, lo cual quedó sólidamente establecido con los resultados de la Primera Guerra Mundial. El problema del Imperio que se disuelve en una serie de naciones es un tema complejo, pero tengo que señalar que los viejos imperios continentales que participaron en la Primera Guerra Mundial se encontraban en este proceso de “nacionalización” precisamente cuando entraron en esta. La mayoría de las élites gobernantes del Imperio Rusiano deseaban convertirlo en un Estado de los rusos etnoculturales —los eslavos ortodoxos, que llegarían a hablar el alto ruso—. Por eso, a pesar de que política y económicamente resultaba infructuoso, Rusia se solidarizaba con los nacionalistas serbios. El gobierno del Imperio Otomano deseaba transformarlo en un Estado-nación de los turcos, quienes durante la mayor parte de la historia habían sido una minoría en la región central —Anatolia—. Con esto se vinculan las limpiezas étnicas, que en términos políticos y económicos también resultaban contraproducentes, así como la expulsión de los griegos y los armenios, cuya culminación fue el genocidio armenio de 1915. El Imperio de los Habsburgo también estaba en proceso de transformarse en un “Imperio de naciones”, así que tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial tienen un vínculo directo con la nacionalización

de la imaginación y la organización políticas, con los intentos de integrar la diversidad humana, de distintos niveles y facetas, en un principio único y en todo el territorio nacional —el cual tiene que definirse mediante algunas fronteras “naturales”—. La nación, en cuyo nombre se entablaron las guerras mundiales, es una idea de pertenencia a una misma sociedad que comparte un grupo de gente que no se conoce personalmente, y que está unificada por algún criterio que se reconoce como fundamental. La nación etnocultural presupone que, idealmente, en su territorio solo vive gente de una sola cultura y religión o, por lo menos, solo esta goza de sus plenos derechos cívicos. La nación política bolchevique, basada en el principio de clase, proclamaba abiertamente el exterminio de los “enemigos del pueblo”. En el mejor de los casos, un elemento extraño se señalaba como *lishenets* —una persona privada de derechos constitucionales—: una minoría de facto. De igual forma, el régimen nazi dibujaba las fronteras entre “ellos” y los “otros” con un principio racial. Hay otros ejemplos semejantes. El gobierno nacional es al mismo tiempo un gobierno democrático y social para los ciudadanos válidos —verdaderos—, aunque puede mostrarse como un régimen genocida —pero no hacia su nación—, dentro y fuera de sus fronteras.

La historia nacional atiende este tipo de organización de la sociedad. A todos les queda claro que es una manera fantástica de imaginar el pasado, ya sea de España, Rusia o Estados Unidos. Todos alguna vez fueron forasteros en “sus” territorios. Las naciones contemporáneas se formaron con una sociedad muy diversa en un sentido cultural, pero la diversidad existente no elimina la ilusión de la homogeneidad nacional. También está claro que el Estado-nación democrático tiene un tremendo potencial genocida que hoy se manifiesta, por ejemplo, contra quienes emigran ilegalmente a otros países. No obstante, es posible deconstruir este orden de cosas e ideas que resultan inadecuadas, tratar de contribuir a través de algunos cambios particulares: por ejemplo, al eliminar la represión contra los “extraños” que entran a un país, incluso si violan las leyes establecidas —tal como actúan algunos países del norte de Europa—. También podemos aceptar la versión crítica de algunos acontecimientos del pasado —por ejemplo, que Cristóbal Colón no solo era un gran descubridor, sino también un colonizador cruel y esclavista—. Sin embargo, estas decisiones particulares no cambian en su totalidad la narración de la historia nacional ni el principio del gobierno

nacional que se apoya en ella. La deconstrucción en sí es vana, aunque resulta necesaria: permite descubrir el problema, si bien después surge la necesidad de construir una nueva síntesis con una base completamente distinta. Es una tarea que no se resuelve a nivel de la censura, al sustituir viejas prohibiciones con otras nuevas o al oprimir a unas nuevas minorías en lugar de a las antiguas. Es necesario pensar un principio totalmente nuevo para organizar la diversidad humana en la sociedad, y también una nueva narración consistente y coherente sobre el pasado, fuera del canon selectivo de la historia nacional. Es necesario crear un modelo práctico de la sociedad en la cual la diversidad sea la norma y no la excepción que hoy más o menos tolera la vida de las “minorías”. Para eso es necesario, por lo menos, aprender a narrar el pasado de una manera diferente y con un lenguaje totalmente distinto.

A comienzos de 2005 los redactores de *Ab Imperio* se plantearon el objetivo de crear la base de una nueva narración posnacional de la historia rusa como una historia multinivel de la diversidad humana. Resultó que el problema principal era el lenguaje conceptual en sí, en el cual estaba codificada una interpretación particular del pasado. Al nombrar con ligereza a los grupos sociales como “pueblo”, “etnia”, “gobierno”, etc., el narrador se ahorra esfuerzos y palabras, y le cuenta al lector una historia conocida que se inscribe inevitablemente en una narración maestra hegemónica. Tomando el EHR como ejemplo, sabemos que desde la perspectiva política esta narración puede ser liberal y conservadora, marxista o cristiana; sin embargo, las distintas interpretaciones no transforman la lógica fundamental de la historia narrada. En la década de 1980 en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) existía una anécdota popular: un obrero tomaba de la fábrica diferentes elementos para construir en su casa un cochecito de bebé que era imposible conseguir en una tienda. Después de un tiempo terminó quejándose con un amigo: “cada vez que trato de construirlo me sale un Avtomat Kalashnikova”, es decir, un AK-47.

Nuestro libro es un intento por armar, a partir de hechos históricos bastante convencionales, algo nuevo en lugar del acostumbrado AK-47 del esquema de la historia rusa. Es decir, es un intento de formular una nueva narración que de manera lógica y sólida cuente la historia de esa enorme región a lo largo de 1500 años, y también de elaborar un nuevo lenguaje

para esta narración. Los debates sobre la solución de esta tarea abren un diálogo con los colegas historiadores profesionales. La nueva perspectiva propuesta sobre las tramas ya conocidas estimula a los aspirantes que investigan los aspectos particulares de una u otra trama. Para los estudiantes es más importante la lógica interna del libro, que ayuda a entender mejor los acontecimientos y las fechas, en especial entre los alumnos extranjeros, para quienes el pasado lejano de un país ajeno se vuelve hasta cierto punto actual y comparable con la propia historia gracias a la lógica propuesta. Sobre los estudiantes de preparatoria, no sabría qué decir, porque el primer intento de formular la nueva narración de la historia rusa —no rusa, por supuesto— tiene una extensión bastante grande.

HD: Uno de mis profesores bromeaba con que la palabra “Eurasia” debería ser excluida del lenguaje de la geografía por razones estéticas. ¿Por qué usted escogió el concepto de “Eurasia del Norte” para la región que estudia? ¿Podría señalar, desde una perspectiva geográfica, de qué territorios estamos hablando?

IG: ¿En qué idioma “Eurasia” provoca tal reacción? Este término se entiende más o menos como se entiende el término “América”. ¿Por qué se llama América cuando fue Colón quien contó a los europeos sobre el Nuevo Mundo? ¿Por qué ese enorme bloque de la Tierra se llama continente y se divide en una parte “norte” y otra parte “sur”? Desde África podemos llegar a Asia por tierra, ¿por qué entonces se consideran como dos continentes separados? La pregunta es para qué nos sirven estos conceptos y no “¿qué es Eurasia?” —“Does India exist?”, preguntó de manera provocativa Immanuel Wallerstein.

El uso de marcos territoriales es peligroso, porque esencializa el significado del territorio: las circunstancias dadas en un tiempo y un lugar de la narración de los acontecimientos empiezan a percibirse como marcas definidas del fenómeno. Sin embargo, es aún peor escribir la historia de un país actual llevando las fronteras que hoy tiene hacia el pasado: ignorando así conexiones territoriales importantes —porque quizá hoy cierta parte de su territorio pertenece a otro país— e integrando en la narración, de manera artificial, territorios que apenas se conectaron con el país en cuestión.

Escogimos un término menos nocivo: “Eurasia del Norte”, una abstracción —como la misma “Eurasia” o “América”— que no se ajusta con unas fronteras geográficas objetivas. Se trata de un espacio con límites plásticos y dinámicos, que son más apropiados para la narración histórica. Australia y Perú también tienen que ver de alguna forma con los acontecimientos tradicionales de la historia rusa, pero los territorios más cercanos pueden ser más importantes. Cualquier decisión resulta bastante arbitraria y condicional.

Hay, sin embargo, un criterio importante que hace que esa abstracción llamada “Eurasia del Norte” se vuelva una categoría comprensiva e importante. Eurasia del Norte denomina una “zona ciega”, indeterminada, de los mapas mentales de las culturas de la Antigüedad: nunca nadie percibió desde el exterior ni desde el interior los enormes espacios del continente Eurasiático al norte del Himalaya, junto con los desiertos de Mongolia y el centro de Asia, como un todo. ¿Dónde podríamos encontrar el conocimiento necesario para realizar semejante generalización y por qué sería necesario percibir este espacio como un todo? Al sur de los 40 grados de latitud norte se extendieron, una junto a la otra, grandes culturas antiguas: distintos estados chinos y, más adelante, hacia el oeste, grandes dinastías persas que también en su lado oeste limitaban con el Imperio Romano de Oriente (Bizancio). Cada una de estas culturas formó su visión del mundo que la rodeaba, codificándola en el lenguaje de la civilización universalista, y con el tiempo se respaldó en una u otra religión monoteísta. Las dinastías y las fronteras estatales cambiaban, y estos mapas mentales se transmitían de una generación a otra, complementándose y enriqueciéndose entre sí. Sin embargo, en un vasto territorio al norte de estas culturas vivieron unos cuantos millones de habitantes cuya experiencia social no estaba estructurada por una cultura común, sino por nichos ecológicos: la estepa para los pastores nómadas, la estepa forestal y las zonas boscosas para los agricultores, la taiga para los cazadores, etc. Algunas culturas locales desarrollaron sistemas de escritura, pero no tenían la necesidad de pensar su entorno en categorías universalistas ni de transmitir esta experiencia a sus descendientes.

En resumen, el espacio de Eurasia del Norte se define de manera negativa como la ausencia de unidad geográfica, cultural o política —real o imaginaria— hasta mediados del primer milenio d.C. Nuestra historia cuenta cómo esta “mancha blanca” en el mapa de los observadores externos

e internos, esta “no unidad”, empieza a integrarse como resultado de un proceso de auto-organización. Unos focos locales de autoorganización implementan distintos escenarios en interacción con los vecinos del sur, comienzan a ser más complejos, tratando de integrarse al “gran mundo” y de apropiarse del espacio que los rodea. En distintas etapas, diferentes focos de autoorganización desempeñaron un papel mayor o menor; no existían escenarios “correctos” o “incorrectos”, sino que el proceso histórico se desarrollaba a menudo como una serie de “consecuencias imprevistas”. No había ninguna necesidad de que Eurasia del Norte se incluyera en las fronteras políticas comunes de un Estado como el Imperio Rusiano o la URSS. No hay ningún problema con que las sociedades y las culturas de esta región se vuelvan a configurar de una manera completamente diferente. Es la centralidad del proceso de autoorganización lo que atrae a los investigadores de esta región, que no es nada glamorosa sino bastante sangrienta, aunque emocionante por su capacidad para conducir a resultados de escala colosal.

HD: Quisiera preguntarle sobre el nuevo lenguaje analítico de la descripción. Los autores de la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* subrayan que al escribir la historia de la región “el factor clave no es *lo que* se dice, sino *cómo* se dice” ¿Por qué el lenguaje, y no los hechos, se convirtió en un elemento central del proyecto? ¿Cómo es posible desarrollar un lenguaje analítico común dada la compleja heterogeneidad del pasado?

IG: Los “hechos” en general se conocen desde hace mucho tiempo; la cuestión es que gran parte de los hechos conocidos no encaja en la narrativa hegemónica del EHR y por lo tanto no es visible. No es posible deconstruir la narración sin antes deconstruir el lenguaje. Una parte de este lenguaje es la categoría —racial en realidad— de “eslavos”, muy cómoda para la narración histórica habitual, aunque carece absolutamente de sentido y es, además, contrafactual. A finales del siglo XVIII los fundadores de la filología moderna distinguieron familias lingüísticas —abstracciones que describen la similitud formal de las lenguas según algunas características estructurales—. En particular se distinguió un grupo de lenguas indoeuropeas, que podría llamarse con el mismo éxito euroasiático, porque la mayor parte del continente se encuentra entre el Indostán y Europa. A mediados del siglo XIX

esta abstracción de la afinidad lingüística formal empezó a proyectarse hacia grupos específicos de población —indoeuropeos, arios— y al final del siglo se formó una ficción de la raza aria como tipo biológico. Una evolución similar ocurrió con los “eslavos”: lengua, cultura, uniones políticas y lazos de consanguinidad resultaron estar firmemente mezclados en la narración sobre la historia de Europa del Este, la “Kiev Rus” o Rusia. Ninguna crítica de fuentes puede ayudar a narrar esta historia de manera adecuada si su principal protagonista colectivo son los “eslavos”. ¿Cómo narrarla sin usar este concepto como una categoría evidente —axiomática— que refleje la realidad objetiva?, esa fue una de las tareas que los autores del libro teníamos que resolver. Problemas parecidos surgen con los conceptos “tribu”, “Estado”, “poder”, etc. Me parece que en general logramos resolver este problema, pero por eso este trabajo necesita dos volúmenes y resulta imposible comentarlo de manera breve.

HD: Usted señaló que al estudiar conceptos como “nación” o “imperio” los investigadores tienen enfoques completamente diferentes. Mientras se deconstruye el concepto “nación”, se esencializa a menudo el concepto “imperio”. ¿Cómo entiende usted el concepto “imperio”? ¿Por qué tiene un lugar central en el proyecto?

IG: Nuestros colegas jóvenes nos critican por el uso del concepto “nueva historia imperial”, que un lector quizá no muy preparado percibe como una apología del imperio, cuando en realidad nuestro proyecto se elaboró en diálogo con la teoría poscolonial y los estudios subalternos, y se propone deconstruir y criticar el concepto mismo de “imperio”. ¿Qué podemos hacer? Necesitamos palabras para describir la realidad y hasta ahora no hay otra forma de describir el análisis de una sociedad fundamentalmente heterogénea que tiene múltiples y diversos niveles no sistematizados si no es a través del término “imperio”. Existe otro término actual creado especialmente: “queer”, que surge de la *queer theory*, pero está completamente asociado con la problemática de género. En nuestro caso tratamos con sociedades —o más bien con una manera de describir a las sociedades— en las que distintos principios de la diversidad coexisten y forman diversas combinaciones: género y clase, raza y educación, religión y clase, edad y profesión. Las relacio-

nes de dominación y subordinación, incluso las formas más crueles, coexisten a menudo sin estar vinculadas con grupos sociales particulares. La historia rusa del siglo XIX demuestra claramente esta especificidad: en general la clase dominante era la nobleza, pero el estatus del noble polaco en la segunda mitad del siglo era más bien un estigma. El cristianismo ortodoxo era de facto una religión oficial, pero los ortodoxos ucranianos eran discriminados en un sentido cultural, especialmente en el último cuarto del siglo, mientras que los luteranos e incluso los musulmanes no conocieron esas limitaciones. Los rusos eran, se decía, un “pueblo autóctono”, pero la gran mayoría de ellos —campesinos— se encontraba en la parte más baja de la escala social, y hasta 1861 eran siervos. Las identidades sociales se formaron a partir de muchos criterios y permitieron cambios en el estatus social y también la participación simultánea en el grupo de los “opresores” y de los “oprimidos”.

El imperio en este análisis no es una estructura política ni un sistema económico centro-periferia, sino el contexto o, mejor dicho, el sistema de formación de contexto para la producción de significados. El mismo ser humano adquiere una personalidad social completamente distinta según sea el plano multifacético de la sociedad imperial en que se encuadre: un judío en los asentamientos del oeste del país, en Moscú o en Turkestán tendrá un estatus y unos derechos completamente diferentes; el acceso a la educación superior o a ciertas profesiones también cambian radicalmente la situación. Para evitar confusiones, preferimos hablar sobre la situación imperial, que permite una ambivalencia —“relativismo estratégico”—. La situación imperial se revela tanto antes de la creación de imperios formales como después de su desaparición. Esta es una forma de la existencia de la diversidad humana que la imaginación social nacional trata de “aplanar”, de convertir en un plano bidimensional con diferencias raciales que eclipsan todas las demás, como las diferencias de clase o culturales. De manera abstracta todo el mundo entiende que se trata de una representación inadecuada de la realidad, se habla sobre la interseccionalidad que refleja la combinación de distintos marcadores sociales en una identidad, pero no existe una narración interseccional consistente, no hay una historia interseccional en una escala significativa. Pese a ello, sí existe una nueva historia imperial.

En lugar de la palabra “imperio” se puede usar cualquier otra; sin embargo, no se trata de eso, sino del contenido analítico del concepto, aunque

también es importante aclarar que la única experiencia histórica de una sociedad en que la diversidad fue la norma y no la excepción ha sido la sociedad imperial. El imperio no tiene lugar en el futuro, ni es liberal, ni como “affirmative action” —para utilizar el término con que el historiador Terry Martin llamaba al régimen soviético de la década de 1920—. ¹ Sin embargo, el lenguaje analítico desarrollado a partir del estudio de los imperios históricos es importante para la formación de la política del futuro.

HD: Entre octubre de 2018 y abril de 2019 usted grabó en el canal de YouTube de la revista *Ab Imperio* una serie de videos en los que explica la primera parte de la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* y presenta ante los espectadores a los historiadores y la historiografía. ¿Por qué decidieron hacer una tarea tan laboriosa? ¿Habrán otros videos dedicados a la segunda parte del libro?

IG: *Ab Imperio* es una revista muy especializada que presta gran atención a las problemáticas metodológicas; muchos de nuestros textos están escritos en un lenguaje bastante complicado. A la vez, los redactores comprenden su responsabilidad cívica y la necesidad de traducir los resultados obtenidos en las investigaciones científicas al idioma del discurso público que hasta hoy reproduce el imaginario social de mediados del siglo xx. Nuestra contribución a la creación de un nuevo modelo para pensar una sociedad fue el libro con el cual empezamos esta conversación. Sin embargo, incluso este formato que hace cien años parecería estar pensado para los cursos de preparatoria, no podría llamarse popular en nuestros días: abarca casi mil páginas en dos volúmenes —son muchas palabras—; hoy la gente no lee tanto. ¿Se puede traducir este texto a un lenguaje popular y actual en medios electrónicos? El programa semanal de YouTube se convirtió en uno de esos

¹ Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 2017, que estudia la URSS en su proceso de edificación, es decir en la creación de las repúblicas —ucraniana, rusa, bielorrusa, etc.—, en cuyas políticas promovía la conciencia nacional de sus minorías étnicas y establecía en muchas de sus instituciones las características de los Estados nacionales modernos. El autor rastrea los conflictos y tensiones creados por la definición geográfica de los territorios nacionales, el establecimiento de docenas de idiomas nacionales oficiales y los primeros programas masivos de “acción afirmativa” —o “discriminación positiva”: la aplicación de políticas o acciones encaminadas a favorecer a ciertos grupos minoritarios— del mundo.

experimentos. Está claro que un producto de calidad debe ser producido por profesionales; el lado técnico de la producción es especialmente importante y los redactores, por cuestiones económicas, no podían cubrirlo por completo. Sin embargo, en principio el experimento en sí fue un éxito. Unos cuantos cientos de espectadores no son nada para los videos de YouTube, pero estos programas no tenían ninguna promoción sistemática y solo duraron una temporada —por ahora no hay recursos físicos para continuar con ellos—. El formato y el estilo de presentación se crearon por ensayo y error. Así que cuando este año, debido a la pandemia, los cursos de mis correddactores en algunas universidades norteamericanas se trasladaron a internet, Marina Mogilner aplicó esta experiencia y grabó un curso en video, diseñado solo para estudiantes estadounidenses. Su curso sobre el periodo preimperial fue programado hace un año para el otoño de 2020 y en verano las perspectivas parecían muy malas: ¿quién iba a querer estudiar la historia medieval de Eurasia del Norte viendo lecciones grabadas?, aun cuando en la vida real este objeto de estudio es completamente fantástico para los estudiantes locales, pues se discute en el entorno interactivo de la clase y siempre se puede preguntar o reaccionar ante las dudas. Sin embargo, al final la inscripción al curso fue bastante alta y, por lo que dejan ver los primeros trabajos escritos, parece que los estudiantes perciben el material de manera adecuada. Eso significa que el formato y el lenguaje elaborados funcionan incluso cuando se dirigen a una audiencia que no está completamente familiarizada con los temas.

Hay que mencionar que los cursos sobre la “historia rúsiana” en la Universidad de Chicago no son tomados por estudiantes de los países postsoviéticos. Pueden estar en ellos una o dos personas con raíces europeas, pero más de la mitad de los estudiantes provienen de la primera y segunda generación de migrantes latinoamericanos. La mayoría de ellos no son de humanidades. El hecho de que al final del curso tales estudiantes escriban con interés algunas reflexiones originales sobre temas poco conocidos, incluso para los estudiantes de las facultades de historia en las universidades rusianas, demuestra que la narración histórica propuesta en nuestro libro funciona. Las fechas y los nombres impronunciabiles no son importantes. Lo importante es la lógica del proceso histórico que se vuelve comprensible y comparable con la experiencia propia de los estudiantes pluriculturales de Chicago.

HD: La nueva historia imperial es también una corriente historiográfica. Hoy en América Latina encontramos por todas partes “situaciones imperiales”. ¿La región latinoamericana está considerada en sus investigaciones?

IG: La capacidad de los historiadores está limitada por su “campo”, por lo tanto, un historiador que estudia Rusia está limitado por el conocimiento de las fuentes y la historiografía sobre su tema. No obstante, en un nivel particular —lo que se llama *middle-range theories* (teorías de alcance intermedio)— los historiadores interactúan e intercambian opiniones y posturas de manera permanente. El ejemplo concreto es la influencia que el historiador de los imperios ibéricos Jeremy Adelman tuvo sobre la reconceptualización del fenómeno de la Revolución de 1917 en Rusia. Como resultado de su libro, *Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic* (Princeton, 2006), Adelman escribió un artículo conceptual, “An Age of Imperial Revolutions”,² en el que propuso una lectura no tradicional de las revoluciones latinoamericanas del siglo XIX; estas eran, de acuerdo con él, un fenómeno imperial, un intento por preservar el *statu quo* ante la pérdida del papel protagónico y la importancia que antes había tenido la metrópoli. Este modelo resultó bastante productivo en el análisis de la situación en Rusia, pues ayudaba a explicar la contradicción fundamental entre los hechos y la narración histórica dominante. Por ejemplo, los acontecimientos de 1917 suelen describirse como “la caída del Imperio Rusiano”, el triunfo de los movimientos de liberación nacional, que dejan atrás la “cárcel de las naciones”. Sin embargo, antes del golpe bolchevique del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917³ no encontramos ninguna manifestación de separatismo en el territorio del antiguo Imperio Rusiano. Incluso el gobierno de Finlandia, cuya pertenencia al Imperio Rusiano terminó legalmente cuando el último emperador, Nicolás II, abdicó —el 3 (o 16) de marzo de 1917—, seguía considerándose como una región autónoma de Rusia. La decisión del Parlamento sobre la independencia del país se tomó solo el 6 de diciembre de 1917 con una mayoría mínima de votos. El modelo de Adelman permite

² *American Historical Review*, vol. 113, núm. 2, 2008, pp. 329-330.

³ La fecha corresponde al calendario juliano vigente en la Rusia zarista, que después fue abolido por el nuevo gobierno bolchevique. En el resto del mundo occidental, que se rige por el calendario gregoriano, los sucesos se iniciaron el 7 de noviembre de 1917.

explicar esta paradoja y, en general, reconsiderar nuestra comprensión de las causas y la dinámica del colapso de los imperios.⁴

El segundo aspecto que permite una comparación productiva entre la historia rusa y la historia de América es la historia global (*global history*), que probablemente es hoy la única alternativa a la tradicional historia nacional en la disciplina histórica a nivel mundial. O, para ser más preciso, la historia global es un marco potencialmente productivo que permite superar la lógica de la historiografía nacional, aunque la mayoría de los historiadores en el área siguen comparando de manera mecánica los casos nacionales particulares. Sobre este desarrollo bastante dramático en la disciplina histórica puede dar más detalles mi colega Alexander Semyonov.⁵

HD: ¿Por qué el modelo de la historiografía europea clásica funciona en Europa Occidental —si funciona— y no en el contexto del territorio post-soviético? ¿Qué puede decir sobre América Latina?

IG: Es una pregunta muy amplia que necesitaría otra conversación. La “historiografía clásica europea” incluye todas las corrientes de la ciencia histórica, que van desde la historia política tradicional hasta la historia ambiental o la historia global. La clásica Escuela de los Annales, que dio fundamento a tantas líneas de investigación y metodologías innovadoras, pronto cumplirá cien años. Cualquier historia funciona dentro de algunos límites, incluso si solo se dedica a establecer una cronología; sin este trabajo, es imposible seguir avanzando.

Si nos referimos a la historia nacional clásica, se trata más de una episteme que de una metodología y un formato conscientes. Está claro que incluso la corrección política no permite escribir la historia de la nación como una

⁴ Ilya Gerasimov, “The Great Imperial Revolution”, y Jeremy Adelman, “The Russian Revolution and Global Empires, or Global Revolution and the Russian Empire?”, *Ab Imperio*, núm. 2, 2017.

⁵ Historiador de la historia rusa contemporánea. Sus intereses de investigación incluyen la historia política e intelectual, la historia de los imperios y el nacionalismo. Es miembro de la Escuela Superior de Economía de San Petersburgo y cofundador del consejo editorial de la revista *Ab Imperio* (<https://www.hse.ru/en/staff/semyonov>). Véase Alexander Semyonov, “Global History is More than the History of Globalization”, entrevista con Sebastian Conrad, diciembre de 2016, *Ab Imperio*, núm. 1, 2017, pp. 23-43.

historia de “sangre y tierra”. Sin embargo, la historia de la memoria y la transferencia intelectual, así como la historia de género, están estructuradas mediante ciertas ideas sobre las fronteras “naturales” de la comunidad, sobre los sujetos colectivos que interactúan —por ejemplo, en el caso de una influencia cultural mutua—. La interpretación constructivista de la “nación” en sí no cancela la idea de su evidente homogeneidad y solidaridad interior.

“Nación” es simplemente una hipótesis, un marco analítico que permite comprender y describir la realidad, y por supuesto resulta fructífero en muchos casos. Es igualmente importante prestar atención a lo que queda fuera de la atención del historiador que estructura la realidad en el marco de una “nación”, en especial cuando los propios participantes de los acontecimientos no sospechaban que deberían comportarse de acuerdo con este marco conceptual. En pocas palabras, en el siglo XX todas las personas educadas sabían que formaban parte de una determinada nación —los criterios de este concepto variaban dependiendo del lugar y el momento—, e intentaban comportarse de forma más o menos coherente como miembros de esa nación, según su mejor entendimiento. Sin embargo, participaban en otras formas de agrupación:⁶ experimentaban a veces una lealtad más fuerte hacia la familia, el barrio, la religión o cierta ideología. En diferentes etapas de la vida, y en distintas situaciones sociales, la combinación de lealtades y autoidentificaciones con distintas formas de agrupación cambiaba. Una historia nacional que considera todos estos factores resulta pertinente; es una historia matizada y analítica que trata de reconstruir la autopercepción de las personas del pasado y no imponerles un marco normativo. Qué podemos decir de épocas anteriores, cuando la mayoría ni siquiera sabía que pertenecía a un tipo de “nación”, aunque al mismo tiempo, por supuesto, compartía nociones de cercanía cultural, política, “tribal” o grupal que la historia nacional interpretaba automáticamente como muestras de “unidad nacional”.

Por lo tanto, subrayo que la nueva historia imperial se enfoca sobre todo en el lenguaje analítico del historiador; es un intento de superar clichés que a veces resultan convenientes y de fijar la personalidad social multifacética

⁶ Véase Frederick Cooper, *Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2005, pp. 75-77.

del ser humano, sin reducirla a la función de una u otra agrupación homogénea: nación, clase, género, etc. No menos importante es la forma de la escritura histórica, que registra el dinamismo y la variabilidad de estas identidades colectivas, en una combinación de escalas locales y globales —incluidas las escalas “transnacionales” y transfronterizas.

HD: ¿Cuáles son hoy las principales problemáticas en la disciplina de la historia que usted identifica, tanto en Rusia como en Occidente, por lo que se refiere el estudio del espacio postsoviético? ¿Qué pasó con áreas como la “Historia de la URSS” o los “Estudios sobre Rusia” (*rusistika* o *Russian studies*) en el extranjero después de la caída de la URSS? ¿Podría contarnos además la historia de la fundación de la revista *Ab Imperio* en el contexto de las décadas de 1990 y 2000?

IG: El problema principal es, por supuesto, la dispersión y la ambigüedad del objeto de estudio. La “historia de la URSS” tuvo muchos problemas: la atención desproporcionada que prestaba al centro, a las capitales, el rusocentrismo normativo, muy visible en la incapacidad que la mayoría de las lenguas tienen para distinguir entre “ruso (*russskij*)” etnocultural y “rusiano (*rossijskij*)” político. El lado opuesto de estos problemas era cierta atenuación del rusocentrismo —es poco probable que un historiador angloparlante hablara exclusivamente sobre los rusos—; al mismo tiempo, el amplio marco de las fronteras del Imperio Rusiano o de la URSS permitía a los investigadores extranjeros estudiar cualquier región y permanecer en la misma disciplina. Eso era importante desde la perspectiva del mutuo enriquecimiento historiográfico y metodológico, y desde la perspectiva de la organización y la economía de la profesión. Toda universidad grande tenía al menos dos historiadores especializados (*rusist*) en el periodo imperial y en la historia soviética. Ellos podían estudiar el Cáucaso o Siberia, Ucrania o los países bálticos y de todas formas se consideraba que pertenecían a los “Estudios sobre Rusia” (*rusistika*), y podían competir por muchos puestos de trabajo. Dentro de la URSS la situación era distinta: había una “división del trabajo” bastante rígida y jerárquica. Por ejemplo, mientras que los historiadores ucranianos podían trabajar solo temas ucranianos, los historiadores de Moscú y Leningrado podían trabajar cualquier tema.

El colapso de la URSS estuvo acompañado por la nacionalización del espacio historiográfico común, que se dividió entre las historiografías nacionales, aisladas en la región, y los estudios regionales (*area studies*) en el exterior. El efecto positivo de estos cambios es claro: las historias locales salieron de la sombra de Moscú y San Petersburgo, de la historia del Estado ruso o de la etnia rusa. La historiografía en los distintos idiomas nacionales se volvió parte de la normalidad y las tramas locales adquirieron valor como tales. Ahora no es posible imaginar a un historiador no ruso o de una región pluriétnica que no domine las lenguas locales y no trabaje en los archivos locales. Sin embargo, después de treinta años de esta transformación, cuando los progresos alcanzados se perciben como una norma, las consecuencias negativas se vuelven más visibles. En el contexto de una crisis estructural general en la educación universitaria, muy vinculada con los cambios demográficos —la reducción del número de estudiantes— y con el cambio de las prioridades universitarias, tanto respecto a la administración como a los propios estudiantes, la fragmentación de los estudios sobre Rusia (*rusistika*) de nivel internacional en diez o quince estudios regionales tiene consecuencias catastróficas.

Si antes en un concurso general al puesto de un especialista en los estudios sobre Rusia (*rusist*)⁷ en las universidades norteamericanas competían los historiadores que estudiaban Ucrania, Kazajistán y otros países, ahora tienen que competir por unos puestos de trabajo muy especializados que además son escasos, incluso en un enorme mercado académico como Estados Unidos. Pero al volver oficialmente rusos los estudios sobre Rusia (*rusistika*) estos sufrieron también, porque perdieron el universalismo que antes tenían. En el mejor de los casos las universidades dejan a un especialista (*rusist*) de tiempo completo y en muchas universidades la principal actividad del historiador de Rusia es dar clases sobre la historia europea y mundial. Los aproximadamente mil puestos de esos viejos especialistas no se han convertido, de manera proporcional, en mil puestos en los distintos estudios regionales (*area studies*) postsoviéticos. Nos encontramos en un punto en que el número de puestos académicos disminuye cada año, y algunos de esos puestos están reservados para los especialistas en Asia Central, el Cáucaso o

⁷ Quien trabaja en el área: *rusistika*. *Rusist* sería rusista o rusólogo.

Ucrania. Los estudios regionales (*area studies*) no logran atraer la misma cantidad de estudiantes que la historia soviética *mainstream*, y sobre todo no logran atraer estudiantes de otro hemisferio. Eso significa que es imposible convencer a la administración universitaria o a los donadores sobre la importancia de preservar y apoyar unos estudios regionales (*area studies*) que ni siquiera tienen nombre. La asociación internacional de historiadores de nuestra región se llama Association for Slavic, East European, and Eurasian Studies (ASEEES); probablemente es un poco mejor que la antigua American Association for the Advancement of Slavic Studies (AAASS), pero no mucho mejor. ¿De qué se trata? En un popular grupo de Facebook que se llama “Why We Study Eastern Europe?” —cuenta con casi cinco mil suscriptores—, sus participantes tratan de explicar al menos esa parte del nombre de la asociación. Explicar las otras dos partes (qué estudiamos y para qué lo estudiamos) y sobrevivir en un mercado académico cada vez más estrecho es una tarea bastante complicada.

Por lo que se refiere a las historiografías nacionales postsoviéticas, su problema principal es conceptual y, en general, la degradación profesional que provoca el aislamiento. Este es común para todos, aunque en distinto grado, tanto para los numerosos historiadores que se dedican a Rusia y Ucrania, como para los que estudian Estonia o Armenia, menos abundantes. Cuanto más estrecho es el ambiente profesional, más domina el marco que se centra en la nación —o completamente nacional—, y es menos competente la producción de los historiadores locales. He observado esta dinámica de las historiografías postsoviéticas durante más de veinte años como redactor de la revista *Ab Imperio*, la cual se distribuye en 120 librerías de los países postsoviéticos y recibe *papers* de todos lados. Es un tema complejo: cada país tiene sus problemas, que están condicionados no solo por un régimen político, sino por el desarrollo del mercado académico. Por ejemplo, al inicio de la década de 2000, casi cada universidad regional en Rusia tenía uno o dos historiadores de talla internacional: la posibilidad de obtener becas para sus investigaciones y viajes les permitían trabajar una vez cada año o cada dos años en buenas bibliotecas extranjeras o pasar un año en algunas universidades alemanas o estadounidenses. La fundación de la Escuela Superior de Economía en San Petersburgo (o, para citar su nombre oficial, Universidad Nacional de Investigación “Escuela Superior de Economía”),

una mega universidad fundada en 1992 con un enorme presupuesto gubernamental, creó en diez años un monopolio que extrajo de Moscú a los mejores investigadores, con lo que disminuyó de manera radical el nivel científico de los departamentos locales de historia para los investigadores que no fueron considerados. Como sucede con los monopolios, esta universidad empezó a estancarse y el control de las investigaciones se centralizó y se volvió más efectivo —no solo por presión, sino por los estímulos financieros.

Las limitaciones del marco nacional afectan también a la ciencia rusa cuando los historiadores se permiten escribir sobre Rusia o la URSS e ignoran de entrada los acontecimientos en las regiones ucranianas, bálticas o de Asia Central, así como los archivos en otros países postsoviéticos. Tal deformación del enfoque de los investigadores conduce a la escritura de historias fantásticas. Todavía no es tan visible para un observador poco atento, pero en una generación las distorsiones se acumularán a tal escala que la historiografía rusa no parecerá menos salvaje que cualquier otra fantasía nacionalista. La alternativa en otros países ha sido recortar la narración nacional del proceso histórico común de Eurasia del Norte, en el que no existen las naciones o, si se quiere, estas se encuentran mezcladas unas con otras. Esa narración se estudia completamente aislada del contexto imperial, como si no hubiera participado en él o no existiera el Imperio Ruso, que a menudo moldeaba a las élites locales, ya sea en el caso del clero ucraniano en el siglo XVIII, que formó el liderazgo y la base personal de la Iglesia Ortodoxa reformada en Rusia, o en el caso de la nobleza alemana de las provincias bálticas en la primera mitad del siglo XIX —la columna vertebral del aparato estatal imperial—. El tercer escenario es la omisión de siglos completos de la propia historia. De esta forma, en Estonia hay muchos especialistas en historia medieval y en la temprana edad moderna (*Early Modern History*), así como muchos historiadores del periodo de la independencia que ocurrió entre las dos guerras mundiales, pero casi nadie estudia el periodo ruso, entre los siglos XVIII y XIX, o el periodo soviético.

No se trata solo de la presión ideológica. No existe una narración apropiada en la cual se pueda encajar la historia nacional como una historia del sujeto histórico colectivo y no como un objeto de la manipulación colonial. No hay lenguaje en el cual se pueda dialogar con los colegas de manera equitativa. Lo que hay es una narración hegemónica: el “esquema de la

historia rusa” como una historia del pueblo ruso o del Estado ruso. ¿Por qué los ucranianos o los estonios querrían participar en ella? ¿Para contar que su país era una colonia? La gente perspicaz entiende que se trata de un anacronismo —antes del siglo XX no existían los países ni las grandes naciones actuales, sino un balance económico de dotaciones-explotaciones—. Y en todo caso, ¿cuántos historiadores necesitan escribir sobre la opresión colonial? ¿Quién está interesado en leer sobre ella en países que hoy son completamente independientes?

La revista *Ab Imperio* surgió a finales de 1999, precisamente como un intento de elaborar un marco conceptual para que la interacción entre los representantes de las distintas historiografías nacionales resultara fructífera, y también un nuevo lenguaje para la descripción del pasado común y “de nadie”, y por lo tanto igualmente relevante para todos. La nueva historia imperial, desarrollada en las páginas de la revista, es esa nueva narración histórica que permite no solo deconstruir la hegemonía imperial, política y discursiva, sino también vencer la tentación de nacionalizar esta historia. No es una historia de Rusia ni de la URSS, ni del Estado ni de la nación etnocultural. Se trata de narrar los procesos de autoorganización con el propósito de ordenar y hacer operable la diversidad humana. Esa historia se puede contar en cada frontera territorial y en cada marco cronológico. Es “de todos” no en un sentido político, cultural o territorial, sino desde la perspectiva de las preguntas analíticas de los investigadores y de la percepción de la sociedad como un sistema abierto en un estado de equilibrio inestable. En más de veinte años la revista ha publicado a más de mil doscientos autores de unos cuarenta países. La mitad de ellos proviene de los países postsoviéticos. Esa mitad se divide entre autores de Rusia (22-24%), Ucrania (20%), Kazajistán (4-5%), etc. En general el número de publicaciones en inglés y ruso en nuestra revista bilingüe es el mismo.

La nueva historia imperial no puede reemplazar los viejos estudios sobre Rusia (*rusistika*) ni la historia soviética en el sentido de la organización de la disciplina en general o del nombre que requiere la explicación permanente de que no se trata de una apología del imperio. Sin embargo, permite tener un diálogo fructífero con los representantes de distintas historiografías nacionales. Es un verdadero marco analítico poscolonial y una plataforma intelectual que no permite que las nuevas formas de la hegemonía política

y discursiva tomen el lugar de las viejas formas imperiales. Al deconstruir el imperio y la “ruseidad”, junto con otras formas de agrupación, la nueva historia imperial propone una novedosa narración constructiva e integradora basada en la aceptación fundamental de la diversidad humana y de la normalidad de las formas híbridas.

HD: En una entrevista usted mencionaba que en Rusia había una gran diferencia en el estado que imperaba en las humanidades y las ciencias duras: mientras que en las humanidades se expandía la corrupción y la preferencia de grupos políticos, en las ciencias duras la situación era distinta. ¿Es así? ¿Puede explicar por qué?

IG: No creo haber dicho eso. Antes las publicaciones postsoviéticas de las ciencias duras estaban más integradas al estándar “occidental” de la revista profesional —y pongo la palabra entre comillas porque me refiero a una definición bastante estereotipada—. Sin embargo, últimamente han aparecido algunas revistas sociológicas y de humanidades que llevan un procedimiento transparente de selección de materiales destinados a la publicación y mantienen un enfoque científico. No puedo hacer comentarios generales por lo que respecta al estado de las ciencias humanas y las ciencias duras. En principio no debería existir una diferencia en el estado fundamental de la ciencia en el país: ni del lado de las humanidades ni del de las ciencias duras. En la tradición anglosajona las humanidades no se consideran como “ciencia”, pero comparto la posición de Karl Popper de que existe un procedimiento único, común a todos, para producir conocimiento científico bajo reglas comunes. Solo que el resultado de la ciencia histórica no son los “hechos” o las “interpretaciones”, como se suele pensar, sino la clarificación de los parámetros de la imaginación social y la formación de un lenguaje más adecuado para el análisis. La revisión necesaria de los hechos y su interpretación no hace que la historia sea “inexacta”, como el cambio de las condiciones experimentales no hacen que la física sea arbitraria. A fin de cuentas, el estado de las ciencias humanas y duras en Rusia y muchos países postsoviéticos es igualmente lamentable. Sin embargo, las humanidades se encuentran amenazadas incluso en los países prósperos del primer mundo —por ejemplo, Gran Bretaña—. La lógica neoliberal de los gobiernos y los

administradores en las universidades no ve ninguna utilidad en gastar en el conocimiento que producen las humanidades.

Pienso que esto se debe al problema de una sociedad contemporánea posnacional que aún no tiene un lenguaje para describir y comprender esta nueva realidad social —es decir, en última instancia se debe al rezago de los historiadores—. Regímenes anteriores de Estados nacionales consideraron el desarrollo de las humanidades como una tarea política prioritaria, que aseguraba la unión de la nación, la validación de sus reclamos territoriales y cierta importancia internacional. Y la deconstrucción de la nación por parte de los científicos sociales, al igual que la lógica puramente política de proteger los derechos de las minorías, y la globalización económica y cultural, han socavado la antigua hegemonía del pensamiento nacional. Y si es así, ¿para qué sirven los humanistas en comparación con los farmacólogos y los especialistas en tecnologías de la información?

El papel social de los humanistas es la continuación del de los científicos: la formación de nuevas formas del pensamiento social y la representación de las formas de agrupación. La disminución del interés por la historia y la literatura en los colegios en las últimas dos décadas se relaciona directamente con el crecimiento del populismo, la primitivización y la polarización de la esfera pública, al igual que con la crisis de las instituciones democráticas. Si la interacción social se reduce a transacciones privadas según el modelo de las transacciones comerciales, la sociedad se desintegra, porque incluso en la esfera económica no hay un “mercado” sino una idea general de la participación en un mercado. Las historias sobre los antepasados comunes desde los tiempos paleolíticos ya no serán de ayuda: el modelo de la historia nacional de principios del siglo XX perdió no solo su anterior potencial científico, sino también político. Se necesita una nueva forma de pensar sobre la solidaridad y la pertenencia a una comunidad que se transmita de manera más fácil y clara en el curso de la “narración de historias” en el marco de la educación literaria e histórica. La destrucción de esta formación es un suicidio para la sociedad.

HD: ¿Los autores de la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* dedicarán un volumen a la URSS o a la historia de los Estados nacionales independientes del periodo postsoviético?

IG: La tarea principal —y todavía pendiente— es la escritura del tercer volumen dedicado al periodo soviético. Para ello no hay suficientes investigaciones de calidad en las que los autores puedan confiar. La mayor parte de la bibliografía soviética reproduce el mismo cuerpo limitado de hechos, estructurado por los conocidos estándares de interpretación —a pesar de lo sofisticado de su lenguaje conceptual—. Debido a la centralización del sistema soviético, los archivos de Moscú juegan un papel esencial en el estudio del periodo. Hasta ahora los archivos de los servicios especiales de inteligencia —los documentos clave del Ministerio de Defensa y de Relaciones Exteriores— siguen cerrados para los investigadores. La reciente apertura de los archivos de la KGB en Ucrania puede compensar parcialmente esta laguna —los archivos bálticos de la KGB, disponibles para los investigadores desde hace mucho tiempo, solo tienen materiales sobre el periodo de la posguerra—. Además de que los documentos clave se conservan en Moscú —o fueron llevados allí— y solo se puede saber algo de ellos a través de referencias indirectas en los documentos ucranianos, el trabajo con estos materiales acaba de comenzar.

Hasta ahora ni siquiera se han esbozado algunas narrativas alternativas para los periodos principales de la historia soviética —y mucho menos se ha hecho una revisión de la periodización tradicional—. Esto contrasta con la situación del periodo imperial, donde algunas interpretaciones diametralmente opuestas han competido durante mucho tiempo, y los eventos se agrupan en diferentes periodos de tiempo (“etapas históricas”) y en distintos marcos espaciales.

Para comprender el tamaño y el significado potencial de las brechas que existen en las fuentes de la historia del periodo soviético, recordemos el Protocolo Adicional secreto del Pacto Ribbentrop-Mólotov de 1939. Durante décadas el lado soviético no reconocía su existencia. Mijaíl Gorbachov incluso intentó presionar a su asistente para que lo destruyera —pero no se atrevió a emitir la orden oficial—. La copia alemana del documento se conoció inmediatamente después de la guerra y pudo explicar a los historiadores la expansión de la URSS entre 1939 y 1940. Sin embargo, si esa copia no hubiera sobrevivido, ¿podrían los historiadores escribir con confianza sobre la división de las esferas de influencia entre Stalin y Hitler o sobre la planeada ocupación de los países vecinos? ¿Qué pasa si la situación es simi-

lar con documentos del mismo valor que no tienen duplicados en un archivo extranjero? Por ejemplo, ¿qué pasaría con los documentos que mostraran el fracaso de las negociaciones entre los socialdemócratas alemanes y los comunistas para asegurar el ascenso de Hitler al poder (y provocar la guerra con Francia)? ¿Qué pasaría con los documentos que, todavía a finales de la década de 1940, en plena Guerra Fría, confirmaran la exportación de petróleo a gran escala hacia Europa Occidental a través de una red de oleoductos? ¿Cómo cambiaría nuestra idea sobre la lógica de los acontecimientos, y la narración misma de la historia soviética, si encontráramos tales documentos?

Por supuesto se puede compensar la ausencia de muchas fuentes importantes mediante el análisis escrupuloso de varias evidencias indirectas, o mediante la experimentación con las interpretaciones y narraciones alternativas, pero los historiadores de la URSS y de los países postsoviéticos o fuera de ellos casi nunca realizan este trabajo. Esto significa que todavía está muy lejos el ideal de alcanzar una “masa crítica” de hechos e interpretaciones que permitan que la comprensión de la historia de este periodo adquiera una nueva calidad.

HD: En México, el “régimen de verdad” de la propaganda rusa, en el contexto de los acontecimientos de 2013 en Ucrania, a menudo se percibe como poco crítico. Desde hace mucho tiempo nos hemos enfrentado al concepto de “posverdad”. Usted como historiador, ¿qué puede decir sobre la “verdad” y la “posverdad”?

IG: “Posverdad”, suena intrigante, como un conocimiento oculto y superior sobre la estructura del mundo. En sí misma se trata de una palabra vacía y sin sentido (todo excepto la verdad es no verdad), pero es muy importante como indicador del estado de la sociedad. En 1976, Michel Foucault introdujo el concepto de “régimen de verdad”:

La verdad es de este mundo; se produce en él gracias a múltiples coacciones [...] Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su “política general” de la verdad: es decir, los tipos de discurso que acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, el modo como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que están

valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de quienes están a cargo de decir lo que funciona como verdadero.⁸

No se trata de una versión universalmente compartida sobre la “verdad” de unos u otros acontecimientos, sino de los principios de demostración de la verdad aceptados por la sociedad. Cuando se empieza a hablar sobre la “pos-verdad” comienza a diluirse el régimen de verdad, empiezan a perder validez las referencias a la autoridad científica (en las discusiones sobre el covid) o a los derechos humanos (en las discusiones sobre los migrantes). En esta situación se muestra de forma más precisa la limitación de la imaginación social que gira en torno a la nación, que concibe a la sociedad como algo bidimensional, “plano”: todos son “nuestros amigos” o “nuestros enemigos”, a partes iguales dentro de cada grupo.

Desde la perspectiva de la nueva historia imperial está claro que tal sociedad se desintegra no solo por aficiones políticas, sino por las esferas públicas aisladas que apoyan su propio régimen de verdad. Es una situación estructural de la guerra fría civil, que los historiadores describen normalmente como un conflicto de “dos verdades”. En cualquier momento la guerra fría civil puede convertirse en un verdadero problema.

Un científico social profesional —que no es un político ni un ideólogo— quizá no puede hacer mucho, aunque sí puede marcar alguna diferencia. Aquí parece apropiado citar de nuevo a Foucault:

El problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos que estarían ligados a la ciencia, o hacer lo preciso para que la práctica científica esté acompañada de una ideología justa, sino saber si es posible constituir una nueva política de la verdad. El problema no es cambiar la “conciencia” de la gente o lo que tiene en la cabeza, sino el régimen político, económico e institucional de producción de verdad.

No se trata de liberar a la verdad de todo sistema de poder —sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder—, sino desligar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento.⁹

⁸ Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Miguel Morey (trad.), Madrid, Alianza, 2000, p. 143.

⁹ *Ibid.*, p. 145.

Es necesario pensar un principio totalmente nuevo para organizar la diversidad humana

Todo lo que nos queda es formular y defender el régimen alternativo de verdad que se orienta a la subjetividad individual y evalúa la verdad no en términos de las civilizaciones y de la competencia de las superpotencias, sino de la libertad personal y la responsabilidad. ❧

NUESTRO LENGUAJE DE ANÁLISIS NO ES NEUTRAL, SINO QUE ESTÁ IMPREGNADO POR RELACIONES DE PODER*

Entrevista a Marina Mogilner

HANNA DEIKUN: Este número de la revista *Istor* está dedicado a la nueva historiografía del espacio postsoviético. Me gustaría enfocarme en el contexto ruso de la escritura de la historia que comenzó en la década de 1990. Con la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la desaparición de la censura, los marcos ideológicos y el orden estatal, los historiadores y los académicos de las ciencias sociales y humanas se encontraron en una situación increíblemente difícil y, al mismo tiempo, interesante. ¿Cómo explicar hoy sus consecuencias para la historiografía rusa?

MARINA MOGILNER: Podemos decir que, por muchas razones, los esfuerzos de la década de 1990 no dieron frutos, porque en Rusia no apareció una corporación de historiadores profesionales que lograra gestionarse a sí misma. Por supuesto, la historia nacional está formada por historiadores, escuelas y personas muy distintas; sin embargo, la ciencia histórica contemporánea solo puede comenzar a dialogar con otras tradiciones historiográficas e influir en la política histórica si existe como una corporación independiente. Si dentro de esta corporación hay comunicación y un organismo también independiente en el que los académicos sean evaluados por sus pares, si se forman asociaciones profesionales con institutos propios administrados por ellas mismas, y si existen además revistas competentes que se basen en estándares profesionales, entonces podríamos hablar de una ciencia histórica en general y de una institución. En el caso ruso no existe tal corporación,

* Agradezco a Miguel Ángel Palma Benítez la revisión preliminar de este texto.

tanto por razones políticas como porque los historiadores —al igual que la mayoría de los profesionales del país— viven en una especie de desmovilización profesional y cívica. No tienen la posibilidad —y quizá tampoco tienen el deseo ni la necesidad— de organizarse de forma independiente ni de poner en práctica sus capacidades de forma independiente en nombre de la comunidad. En la década de 1990 todo esto aún era posible, pero ahora es demasiado tarde.

HD: ¿Podría hablar un poco sobre la historiografía de los países ex soviéticos independientes y sobre las particularidades de la escritura de la historia en el contexto ruso después de la caída de la URSS?

MM: En todos los países ex soviéticos el paradigma central de la escritura de la historia era nacionalizador. En algunos lugares se desarrollaba en el espíritu de la historiografía romántica del siglo XIX, que describía una evolución continua de la nación, interrumpida por el gobierno imperial o por los bolcheviques y el régimen soviético, pero que continuó de manera “natural” después de la caída de la URSS. En otros contextos —por ejemplo, en las antiguas repúblicas de Asia Central— había que recrear de nuevo un pasado auténtico. En ambos casos las historias nacionales se habían creado dentro de las fronteras políticas formadas en la década de 1920, así como en el contexto de la edificación de la URSS como un *affirmative action empire*.¹ En las historiografías postsoviéticas estas fronteras se consideraron naturales y originales, ignorando el contexto soviético, y el cuerpo nacional adquirió una nueva genealogía histórica.

En el caso ruso este proceso fue el más problemático. ¿Dónde está el cuerpo de la nación rusa? ¿Cómo separar el canon ruso y nacional de la “ruseidad”? La respuesta a estas preguntas no estaba clara. Si las naciones no rusas en la Federación Rusa, por ejemplo Tartaristán, creaban una narración clásica con una base etnonacional, en el caso de los “rusos” esta tarea resultaba más compleja. Al describir este problema, los historiadores occidentales —por ejemplo, Geoffrey Hosking— subrayaban que el imperio

¹ Terry Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 2017.

no permitió que el nacionalismo ruso se desarrollara, y que en la época soviética tenía menos pilares institucionales. Los investigadores del periodo ex soviético encontraron una afasia y una carencia del lenguaje necesario para describir la realidad postsoviética —por ejemplo, Serguei Oushakine—. La normalización del régimen de Putin y la resignificación de la ruseidad a través de la estatalidad resolvió parcialmente este problema: el Estado “ruso” define el sentido y las fronteras de la ruseidad —o el Estado junto con la Iglesia ortodoxa—. El cristianismo y la estatalidad comenzaron a crear un marco para el paradigma nacional de la escritura de la historia desde el contexto ruso.

Al mismo tiempo, al iniciar la década de 1990 surgió en la historiografía rusa una corriente de historia regional. De hecho, fue una alternativa muy interesante para el marco nacional. La historia regional se desarrolló sobre todo en Siberia, donde por tradición el regionalismo era una fuerte corriente ideológica y el marco analítico para discutir el lugar de Siberia en el proyecto imperial ruso en general y en el proyecto imperial nacionalizador ruso en particular. ¿Siberia es una colonia o parte integral del cuerpo nacional ruso? ¿Podemos describir a la población de Siberia como una “nación” distinta y qué podemos hacer entonces con su evidente diversidad? Estas discusiones se llevaron a cabo de manera productiva en el marco regional. El profesor Anatoly Remnev, de la Universidad de Omsk, fue el principal representante de esta corriente en la década de 1990 y principios de la de 2000. En el marco del paradigma regional tuvo lugar un interesante diálogo con la historiografía occidental, en la cual en ese momento el giro espacial (*spatial turn*) era popular. Pero el giro espacial no era suficiente; era necesario ir más allá con la nueva historia imperial, el paradigma poscolonial, la crítica del marco nacionalizador, etc. Este siguiente paso no se dio y muchos historiadores rusos que trabajan hoy en el paradigma regional desconocen —o incluso censuran conscientemente— su potencial crítico respecto a la versión dominante de la historia, o producen descripciones positivistas de variaciones locales sobre un tema común.

Otra tendencia de la década de 1990 y principios de la de 2000, tanto en la historiografía occidental como en la rusa, fue el redescubrimiento de Rusia como un imperio. Aquella sociedad, que antes se percibía a través del prisma de los archivos y la perspectiva de la capital (San Petersburgo-

Leningrado y Moscú), se vio por primera vez a través de los archivos regionales y se dio cuenta de la diversidad y la desigualdad del espacio imperial y soviético. Pero, una vez más, para que esta tendencia se desarrollara era necesaria una reflexión metodológica seria, un nuevo marco para una historia común de un espacio profundamente diverso. Esta conversación se produjo a nivel teórico, pero no tuvo tiempo para influir en la historia que se enseña en las escuelas y las universidades. Como consecuencia de la intervención creciente y directa del Estado en la política histórica, durante la última década se ha establecido como marco un modelo arcaico, en el cual el sujeto principal de la historia es el Estado ruso/soviético. Y dentro de este marco se han vuelto a moldear las iniciativas que antes parecían muy prometedoras.

En la década de 1990 se tenía la sensación de que el centro de los estudios sobre Rusia (*rusistika*), que objetivamente estaba ubicado en Occidente, y en especial en Estados Unidos, debido a la concentración de especialistas calificados, a la disponibilidad de recursos y al libre intercambio profesional, iba a moverse poco a poco hacia Rusia. Se llevaban a cabo muchos proyectos internacionales y los jóvenes investigadores rusos que se iban y se formaban en Europa y Estados Unidos, regresaban y comenzaban a trabajar en Rusia. Hoy vemos que esa tendencia en realidad se ha detenido.

HD: Sería interesante conocer el ejemplo de su historia personal. Usted estudió primero en Kazán y Budapest en la década de 1990, y después en Estados Unidos. Cuando era estudiante, ¿cómo percibía los cambios en la disciplina?

MM: Mi experiencia es bastante típica de mi generación. Estudiaba en la Universidad de Kazán. Desde el tercer año de estudios empecé a estudiar de manera más independiente. Se abrieron todos los antiguos archivos y bibliotecas que hasta entonces permanecían cerrados, y se pudo leer lo que antes estaba prohibido. El paradigma de la *perestroika* —el cierre de las “manchas blancas de historia”—² no excluía el interés por los problemas

² Se trataba de los temas históricos censurados por el gobierno soviético, como el Gulag, Holodomor (genocidio ucraniano), etcétera.

metodológicos. Surgió la consciencia de que no solo se trataba de la disponibilidad de los “hechos”, sino de cómo hablamos de ellos. Inicié estudios de posgrado en Kazán, luego cursé la maestría en Budapest en 1994 y me fui a la Universidad Centroeuropa (CEU) creada por George Soros unos años antes. Fue una experiencia un poco loca y muy difícil, porque la formación fue en inglés y las clases en la universidad eran impartidas por profesores de diferentes países de Europa y Estados Unidos. No había un canon ni un enfoque metodológico claro: nos bombardeaban con diferentes métodos y todo esto se distinguía radicalmente de la conocida cultura académica soviética. Sin embargo, tal formación me mostró de inmediato el dinamismo del contexto de la historiografía contemporánea. De Budapest me fui a Estados Unidos para hacer un doctorado.

Después de mi doctorado, junto con otras personas con una experiencia similar a la mía, fui consciente de que nuestra disciplina, antes conocida como estudios eslavos o estudios sobre Rusia (*rusistika*), necesitaba una revisión, porque el enfoque en la ruseidad no reflejaba la comprensión contemporánea del objeto de nuestra investigación. Nos pareció interesante y necesario encontrar otra base común, nuevos fundamentos metodológicos para escribir la historia en común —o por lo menos interrelacionada— del vasto espacio del antiguo imperio. Era necesario repensar de manera crítica esos vínculos. Nos parecía que era natural hacer este trabajo en Rusia, porque allá había archivos y una audiencia interesada. Además, en principio no queríamos hacerlo en Moscú ni en San Petersburgo, es decir, en las antiguas capitales imperiales. Comenzamos el proyecto *Ab Imperio* en Kazán, en el Volga Medio, que es muy simbólico y políticamente muy importante. Y queríamos, además, que este proyecto fuera multilingüe, porque comprendíamos la función que tuvo el ruso como instrumento colonial en las sociedades postsoviéticas. Entendimos que el inglés es un idioma equidistante para todos los que estudian el espacio postimperial en la región, y lo elegimos como uno de los dos idiomas en que la revista se publica.

También transitamos gradualmente desde la idea de desarrollar nuestros enfoques a partir de los *nationality studies* hasta la comprensión de que necesitábamos un nuevo marco conceptual porque, con excepción de algunas tramas del periodo soviético, esos *nationality studies* resultaron ser simplemente contraproducentes para la historia de la región. El imperio como una

categoría analítica se convirtió en tal marco. Es importante subrayar que entendemos el imperio no solo como una categoría de la práctica histórica, sino como una categoría analítica que describe una diversidad compleja y desigual de espacios políticos, sociales y culturales: lo que en los estudios poscoloniales se conoce como *hybridity*. *Ab Imperio* es un proyecto verdaderamente internacional que realizábamos desde Rusia pero en un contexto global, y eso parecía ser un escenario completamente natural para el surgimiento de una historiografía “posnacional”. Sin embargo, paso a paso en Rusia fue cambiando la situación política y la lógica del desarrollo del ambiente académico, que no solo se cerraba en términos de metodología sino que también se volvía cada vez más restrictivo políticamente. Se ha vuelto casi imposible publicar una revista independiente e internacional en Kazán. En 2012 decidí solicitar una cátedra en Estados Unidos. Esta es parte de una historia personal que también es en cierta medida generacional y, en ese sentido, mi historia no es en absoluto única.

HD: Sin embargo, la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, que usted escribió junto con otros colegas, es un intento de repensar este enorme espacio llamado Eurasia del Norte con un nuevo lenguaje analítico. ¿Puede señalar cuáles fueron las reacciones o las críticas que provocó su publicación?

MM: Por lo que se puede juzgar, pues hablo de un espacio desintegrado social y culturalmente, el libro despertó interés en Rusia. Trabajos de este tipo tendrían que haber aparecido antes y provocado debates. Nuestro libro no es solo una suma mecánica de conocimiento histórico producido durante un periodo determinado; es un intento por proponer un lenguaje diferente que permita superar el legado de la escuela de la historiografía rusa que creó en el siglo XIX el esquema de la historia rusa (EHR), el cual se reproduce a través del lenguaje utilizado en el análisis. En el marco de este esquema los historiadores prerrevolucionarios, soviéticos y rusos contemporáneos nombraban a la población de “Kiev Rus”, la Moscovia medieval y la Rusia contemporánea como “rusos”. Ellos trazaban la historia del Estado de los rusos desde la Antigüedad y, en principio, ontologizaron las nacionalidades, aquellas que el Estado, por decirlo así, representa. El uso del lenguaje centrado en la nación no les permite ver las aportaciones de las versiones emer-

gentes que existen sobre el Estado y la ruseidad, de las ideas de pertenencia a uno u otro grupo; no les permite ver los procesos complejos de auto-organización en el territorio de Eurasia del Norte. Nuestro libro lo hace posible al narrar con un nuevo lenguaje los complejos procesos de organización del entorno político, social y cultural, desde arriba y desde abajo, en un vasto territorio que no es una base “natural” para un tipo de asociación política, ya sea un imperio o un Estado nacional.

Desafortunadamente en las discusiones sobre nuestro libro casi no se habla del lenguaje analítico en sí. Los especialistas en temas concretos pueden criticar las interpretaciones de algunos acontecimientos particulares o quejarse de la poca atención que se presta a algunos temas locales, o bien pueden estar de acuerdo con las interpretaciones que hemos propuesto. Sin embargo, nuestra tarea esencial de superar el estructuralismo y el carácter tendencioso que es inherente al esquema de la historia rusa casi no ha recibido atención: o la aceptan o no ven la necesidad de hablar sobre este punto. Creemos que la deconstrucción del esquema unilateral de la historia rusa en términos del desarrollo lógico de la estatalidad y la identidad de la “nación”, desde Kyiv hasta Moscovia y San Petersburgo, permite no solo escribir una historia inclusiva y compleja, sino crear una oportunidad para pensar de manera diferente el presente y las alternativas para el futuro de la sociedad.

En el sentido literal de las “lecciones de la historia”, la historia no enseña nada a nadie, pero hace posibles algunos “experimentos” sociales a largo plazo y, en consecuencia, nos enseña a pensar sobre la sociedad fuera del modelo determinista, e incluso, a través del lenguaje del análisis, fuera del modelo estructuralista. Por lo tanto, nos alegramos por los comentarios positivos y críticos que el libro ha suscitado, pero lo que nos falta es llamar la atención hacia el lenguaje y el modelo abierto, competitivo y de múltiples niveles que hemos propuesto. Es comprensible que los especialistas en temas particulares siempre estén insatisfechos con la forma en que se presenta su tema en una gran narrativa. Esto es natural, todos tenemos exactamente la misma reacción ante una narración sintética que afecta “nuestros” temas de investigación. Editamos la primera versión del libro con base en los comentarios de los colegas y seguimos haciéndolo con la versión en inglés, que ahora se prepara. Pero, repito, todavía no hemos visto una discusión seria sobre el lenguaje y el modelo de la nueva historia imperial de Eurasia del Norte.

HD: Regresemos un momento a la historiografía soviética que, antes de la década de 1990, estaba fuera del contexto académico internacional. ¿Cómo fue el proceso de integración a los modelos historiográficos occidentales después del colapso de la URSS? ¿Cuáles fueron entonces las dificultades que se enfrentaron? ¿Cómo fue el diálogo con la academia occidental?

MM: La historiografía soviética estaba, por supuesto, cerrada ideológicamente a las influencias de la “ciencia burguesa” occidental y mantenía una censura interna ideológica y metodológica. Todo lo vivo en ella fue desplazado a esferas marginales que más adelante, en retrospectiva, fueron vistas como las más importantes e interesantes —por ejemplo, la escuela de Aaron Gurevich en los estudios medievales, o la escuela semiótica de Yuri Lotman—. Por otro lado, la historiografía soviética era marxista, y el marxismo, tanto en el mundo occidental como en el poscolonial, seguía siendo el lenguaje más acabado para criticar el capitalismo y comprender el desarrollo histórico. En este sentido, la historiografía soviética seguía siendo relevante para los colegas extranjeros. El marxismo de Europa occidental o de América Latina se distinguía del marxismo soviético dogmático, pero eran mutuamente traducibles. Muchas obras históricas soviéticas no eran interesantes sino más bien predecibles y manipulaban las fuentes, pero, en cierto sentido, eran menos exóticas que las obras empíricas de los historiadores rusianos contemporáneos, en las que no existe ningún modelo o sistema. Tales obras son intraducibles, porque no es posible traducir al metalenguaje “universal” de la ciencia el nacionalismo ingenuo y local o el empirismo que presupone que los hechos hablan por sí mismos.

En la década de 1990 se desarrolló una división de trabajo; en ella, los investigadores locales se especializaban en los archivos y los historiadores occidentales escribían historias conceptualmente innovadoras basadas en las “materias primas” de origen “local”. En este sentido, el aislamiento seguía siendo una realidad incluso cuando los historiadores postsoviéticos formalmente tenían la posibilidad de participar en proyectos internacionales, porque no tenían su propio lenguaje metodológico —salvo el desacreditado marxismo— y tenían que aprender el lenguaje y los paradigmas de la ciencia occidental. Los historiadores rusianos podían hablar inglés, alemán o francés, pero eso no ayudaba a la integración, porque estructuralmente se

desarrolló, por supuesto, una “situación colonial”. Desde luego, hubo algunos investigadores rusianos o ucranianos que establecieron algunos métodos paradigmáticos, como en el caso de la historia regional en la versión de Anatoly Remnev en Siberia, pero se trata de casos muy singulares. En general, el lento desarrollo, la desigualdad de los recursos y la división colonial del trabajo no promovieron una cooperación equitativa.

En 2013 una de las mejores revistas rusianas enfocada en las ciencias sociales y las humanidades, *Laboratorium*, organizó un debate sobre la integración de la ciencia rusiana en el contexto internacional. El material clave de este foro, escrito por sociólogos de San Petersburgo, describía a la ciencia rusiana como provincial y, al mismo tiempo, *indígena*, subrayando la intraducibilidad absoluta de la última. Sus representantes existen en el campo científico, que no es relevante para nadie, con excepción de la administración política local. Están motivados por el patriotismo y el nacionalismo, a menudo también puramente local. Sus estudios no se convierten en parte de un proceso más amplio de intercambio de métodos o ideas, es decir, del proceso académico. Pero incluso esa parte de la ciencia rusiana que está conectada con el gran intercambio internacional fue descrita en el foro como provincial, debido al lugar que ocupa en una estructura en la que domina la academia occidental angloparlante. Esta fue una evaluación bastante pesimista de los resultados que trajeron consigo las transformaciones de las décadas de 1990 y 2000. Sin embargo, aunque quizás ignoraba algunos nichos intermedios dinámicos, las principales tendencias se describieron de forma correcta.

HD: ¿Y si consideramos la perspectiva opuesta, es decir, la entrada del conocimiento occidental en Rusia? ¿Cómo fue la recepción de nuevos textos, traducciones y estudios procedentes del giro lingüístico, el giro cultural, los estudios poscoloniales, los estudios de género, etc.? ¿Cómo fueron percibidos por los historiadores y los investigadores de las ciencias sociales y humanas en la década de 1990?

MM: Esos textos provocaron un efecto muy interesante. Todas las innovaciones metodológicas de la segunda mitad del siglo XX que poco a poco surgían en el mercado intelectual mundial, en diálogo unas con otras y como reacción a otros “giros” anteriores, cayeron sobre las cabezas de los lectores rusianos

al mismo tiempo. Lo que en el cronotopo natural se desarrolló lentamente y estuvo conectado con cambios importantes dentro de la sociedad en su conjunto —la crítica marxista, la crítica feminista, el giro cultural y la crítica poscolonial— llegó a Rusia desde el exterior y al mismo tiempo. Nuevos paradigmas en la ciencia histórica mundial surgían como resultado de la crisis revolucionaria de la década de 1960, el crecimiento de los movimientos populares, el feminismo y la diversificación de la sociedad civil. Mientras los migrantes, las minorías sexuales, las mujeres, etc., se incluían en el ámbito cívico, las ideas sobre cómo se debía escribir la historia también cambiaban. Era un proceso complejo, extendido en el tiempo y arraigado en procesos sociales, políticos e intelectuales fuera de la academia. A Rusia todo esto llegó a través de traducciones de distinta calidad y a lo largo de varios años, completamente fuera del contexto original y en un momento en que el marxismo, que era una de las principales fuentes de la nueva crítica —por ejemplo, de las teorías poscoloniales— y era necesario para su adecuada percepción, estaba ya desacreditado. Como resultado, la crítica poscolonial en el contexto postsoviético fue recibida con entusiasmo por los nacionalistas y los opositores de Occidente, como si se tratara de una antípoda “orgánica” de Eurasia, y el potencial crítico de la teoría de género a menudo se reducía a un interés por la historia femenina que en el fondo era más bien ornamental.

Cuando en cierto momento se concentra una larga experiencia de reflexión contemporánea sobre los problemas de la historia, esta puede llevar a abrir brechas interesantes, al desarrollo de nuevas teorías y corrientes intelectuales, o bien a la profanación. Si a una historia nacional o políticamente nacionalista se le da el nombre de poscolonial, y si a las historias sobre las mujeres o la moda se les llama historias de género, eso no significa que el método de la escritura de la historia está cambiando o que la nueva historia tiene un potencial liberador y democratizador, que supera el discurso patriarcal y que tiene en cuenta los mecanismos epistemológicos de dominación. Me parece que en Rusia, al conocer las teorías occidentales fuera de su contexto, se perdió en gran medida su potencial crítico. Hoy, con el regreso de la agenda política de izquierda, quizá sea posible redescubrir muchos de estos conceptos. El hecho de que los distintos “giros occidentales” fueran tan fácilmente marginados en la discusión académica rusa indica que su aprendizaje en la década de 1990 y principios de la

Nuestro lenguaje de análisis no es neutral, sino que está impregnado por relaciones de poder

de 2000 fue superficial y redundante. Sin todas estas “deconstrucciones” y “giros” es más cómodo escribir una historia estructurada por el Estado, que representa la idea de la nación.

En este sentido, la recepción del conocido “poscolonialismo” en el espacio postsoviético es ilustrativa. Uno de los aspectos más importantes de la teoría poscolonial es un replanteamiento crítico de nuestro lenguaje analítico, que es un instrumento de dominio epistemológico. No es necesario ser conquistado físicamente o estar invadido por un colonizador para sentirte colonizado. Desde el punto de vista de la teoría poscolonial, la episteme occidental, el conocimiento occidental, la modernidad occidental privan al sujeto colonial de su propio lenguaje y de su propia subjetividad. Respecto a la escritura de la historia, esto significa que nuestro lenguaje de análisis no es neutral, sino que está impregnado por relaciones de poder. Esta contribución de la teoría poscolonial, junto con el giro lingüístico, sigue siendo una fuente importante de la renovación de la metodología histórica. Sin embargo, fue precisamente este aspecto el que se perdió por completo y no se leyó en el contexto postsoviético. Lo que se leyó fue la demanda de provincializar Europa como un antípoda de los valores de la comunidad nacional euroasiática.

Es un problema grave para Rusia, donde se combinan la herencia de la metrópoli opresiva y la colonia oprimida.³ Esta es la novedad de la nueva historia imperial que reconstruye y deconstruye las formas “clásicas” de la dominación imperial y la subordinación fuera de la conexión directa e inequívoca con un territorio, grupo nacional, clase o raza específico. Los campesinos-siervos en el Imperio Rusiano eran en su mayoría los rusos ortodoxos, y durante el periodo soviético los pueblos casi desaparecieron de las regiones centrales rusas, pero esto no niega el problema de la política de rusificación del gobierno central ni la realidad de la hegemonía imperial.

Todo lo dicho explica por qué la crítica del lenguaje analítico en la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* es de menor interés para sus críticos rusianos. Sin embargo, para nosotros es un elemento clave en nuestro proyecto de escribir la narrativa de una nueva historia imperial. Por eso escribimos los dos volúmenes del libro durante tanto tiempo y con tanta

³ Al respecto, véase la entrevista con Alexander Etkind en este mismo volumen.

dificultad. Cuando te das cuenta de que el lenguaje no es neutral, y de que el contexto imperial tiene una naturaleza jerárquica, híbrida y que a menudo no es sistémica, en ese momento comienzas a reflexionar sobre casi todas las categorías utilizadas. El hecho de que la teoría poscolonial en el espacio postsoviético no se desarrollara precisamente como una fuente de la crítica epistemológica, explica las lecturas que se han hecho de nuestro libro y de muchas obras históricas innovadoras.

HD: Estoy pensando en las dificultades que enfrentarán los traductores de su libro. Es un gran desafío.

MM: Por supuesto. Incluso en ruso hay que traducir del lenguaje no reflexivo de la práctica al lenguaje analítico, del lenguaje de un paradigma histórico —el del EHR— a otro lenguaje —el de la nueva historia imperial—. Esto requiere lo que la teoría literaria llama “desfamiliarización” o extrañamiento. Hay que desfamiliarizarse conscientemente de los conceptos familiares que parecen evidentes en sí mismos. Para eso es importante recordar que esos conceptos surgieron en un determinado contexto político e histórico. Tradicionalmente las categorías analíticas que utilizamos hoy se formaron en el marco de las nuevas disciplinas sociales y humanísticas de finales del siglo XIX, que estaban orientadas a las normas nacionalizadoras. Estas categorías rectifican la diversidad imperial no sistemática según el tipo ideal de la nación homogénea —cultural, política, étnica—, el cual se describe fácilmente como un grupo con claras fronteras externas. Al mismo tiempo, el contexto histórico real de la diversidad no sistémica queda al margen, y ahí las diferencias son visibles y obvias, pero resisten a una racionalización inequívoca y no encajan en unas fronteras claras, lo que significa que complican la narración histórica. ¿Cómo hablar de manera simple y breve sobre la rusificación de los ucranianos en el Imperio Rusiano tardío, cuando la mayoría de los rusos etnoculturales estaban oprimidos económica y culturalmente, y la clase media y la nobleza ucranianas formaban parte de la élite imperial? Mientras tanto, ¿por qué la nobleza polaca en su mayoría fue excluida de esta élite, y los campesinos polacos gozaban de una posición privilegiada en comparación con los rusos? Si nuestro lenguaje científico ignora estos detalles en el uso de categorías como “nación”, “clase”, etc.,

Nuestro lenguaje de análisis no es neutral, sino que está impregnado por relaciones de poder

terminamos reproduciendo las mismas relaciones de poder que originalmente dieron forma al lenguaje que usamos. Al final, la escritura histórica es siempre una traducción. Estamos repensando críticamente la prosa que usamos de manera natural y esto es, en principio, difícil de hacer.

Hay un problema más: nos gusta leer una buena historia narrativa. La historia es interesante y relevante, si quieres leerla. Pero, otra vez, aquí surge el problema que se reflejó en el contexto de los giros lingüístico y cultural. El marco más natural, simple, legible de la narrativización lo ofrece la historia nacional, que cuenta la historia desde el momento en que nace la nación y durante todas las etapas de su “vida” como un ser vivo colectivo, desde la opresión, los sacrificios y la lucha hasta el triunfo final en el Estado nacional. El lenguaje femenino funciona bien cuando se trata de sacrificio y sufrimiento, pero cuando es necesario hablar de resistencia y lucha funciona mejor el lenguaje masculino. Todo esto lo podemos analizar y desmontar desde el punto de vista del género literario, el modo de argumentación y la formación de contenido —en el espíritu de los trabajos de Hayden White y Dominick LaCapra—. Si entendemos todo esto, si nos tomamos en serio todas las teorías críticas mencionadas, surge una pregunta muy importante sobre cómo escribir una historia que sea interesante, legible y que al mismo tiempo no reproduzca mitos nacionalizadores. Esa historia nos enseñaría a ver cómo el lenguaje es capaz de manipularnos y crear una especie de puntos ciegos, o determinar una visión del presente y el futuro.

Tal vez no tiene sentido traducir nuestra narración a otros idiomas sin comprender lo anterior. Al menos la versión en inglés no la estamos traduciendo, sino que la estamos escribiendo de nuevo.

HD: ¿Puede decirnos qué pasó en el contexto occidental con los estudios del espacio postsoviético? ¿Cuáles fueron las dificultades y los desafíos que enfrentaron los académicos fuera del contexto de la Guerra Fría y en el marco de las nuevas críticas y teorías de las ciencias sociales y las humanidades?

MM: Al inicio de la década de 2000 se formaron dos importantes corrientes de renovación de los estudios sobre Rusia (*rusistika*). Una fueron los estudios imperiales que se alejaron del enfoque rusocéntrico de nuestra disciplina. Antes de la caída de la URSS, lo que se llamaba la problemática nacional

tenía un papel secundario en la historiografía occidental y dependía mucho de una diáspora que subsidiaba este tipo de investigación. Por ejemplo, la diáspora ucraniana, fuerte y motivada, siempre ha invertido en el desarrollo de los estudios sobre Ucrania (*Ukrainian Studies*). Los estudios judíos (*Jewish Studies*) también se desarrollaban como una disciplina especial, y en gran parte también debido a que había un gran interés fuera de la academia. Donde no había un cabildeo tan fuerte ni un interés particular era en la parte no rusa de nuestro gran “campo”, que coincide geográficamente con el espacio del antiguo Imperio Rusiano y la Unión Soviética. Respecto al periodo soviético, los problemas de la diversidad imperial y la construcción de la nación también tuvieron un papel secundario en la academia anglosajona. En los estudios del periodo soviético dominaba la historia social: la versión dinámica del marxismo occidental que siempre prefería trabajar con las categorías de clase y no con la nación. Por lo tanto, el impulso que surgió de los nuevos estudios imperiales exigió una revisión de estos modelos y enfoques existentes a través del paradigma imperial: la reconstrucción de las diferentes opciones de desarrollo en el antiguo espacio imperial, la conciencia de su desigualdad, el condicionamiento de “clase” por diferencias nacionales, regionales, de género y de otro tipo, etc. Fue un desafío, tan solo porque los nuevos estudios sobre Rusia (*rusistika*) no rusocéntricos requerían el conocimiento de otros idiomas además del ruso y también trabajar en los archivos de las regiones y los nuevos países independientes y no solo en la Federación Rusa. La nueva generación de doctorandos de finales de la década de 1990 se fue a trabajar en archivos regionales y comenzó a aprender idiomas y escribir obras muy diferentes de aquellas de sus predecesores.

La segunda tendencia, también muy importante, en los estudios sobre Rusia (*rusistika*) que se llevaban a cabo en Occidente se asoció con una cierta distancia del enfrentamiento entre las escuelas totalitaria y antitotalitaria, característico de las décadas de 1970 y 1980. En la nueva etapa, el giro cultural y los intentos de aplicar los modelos de la modernidad occidental a Rusia y la URSS tuvieron un papel muy importante. Al mismo tiempo, un nuevo repertorio de investigación se implementó en los estudios tradicionales sobre Rusia (*rusistika*), escritos en ruso, sustentados en los archivos en lengua rusa de Moscú y San Petersburgo, que no tomaban en cuenta la diversidad imperial y las múltiples dimensiones de la sociedad estudiada.

Nuestro lenguaje de análisis no es neutral, sino que está impregnado por relaciones de poder

En cierto momento, estas dos tendencias de renovación de los antiguos estudios sobre Rusia (*rusistika*) dejaron de comunicarse de manera activa y empezaron a alejarse. Sin entrar en los detalles, solo puedo decir que esto, por supuesto, afectó el estado general de los estudios sobre Rusia (*rusistika*) realizados en Occidental, que en 2010, a través de la Asociación Estadounidense de Investigadores Regionales, que es verdaderamente internacional y representativa, aprobó oficialmente un nuevo nombre: Asociación de Estudios Eslavos, de Europa del Este y de Eurasia (The Association for Slavic, East European, and Eurasian Studies, ASEES). Sin embargo, a pesar de que se reconoció la compleja naturaleza de la región de nuestro estudio, “imperio” no se entendió como una categoría para orientar investigaciones, sea la modernidad soviética o la revolución bolchevique. Los estudios ucranianos (*ukrainistika*) nunca se han integrado realmente en el *mainstream* de los estudios euroasiáticos, y esto explica en gran medida la reacción de la comunidad académica occidental frente a los acontecimientos en Ucrania, la revolución ucraniana: los expertos en “Rusia” no entienden el contexto, no leen ucraniano, y a menudo juzgan los acontecimientos en Ucrania a través de la prensa rusa. Los estudios de Asia Central y el Cáucaso también se están alejando de los anteriores estudios sobre Rusia (*rusistika*); están enfocados en trabajar con académicos que estudian el Imperio Otomano, el Islam, la India colonial, entre otros temas.

Me parece que la nueva historia imperial crea oportunidades para superar estas tendencias centrífugas e incorpora productivamente los enfoques de investigación de diferentes escuelas. Pero en definitiva no es la corriente dominante en este momento, al menos en los estudios sobre Rusia (*rusistika*) de Estados Unidos.

HD: ¿Puede hablar sobre su curso en video “Entre Europa y Asia: Espacios y pueblos euroasiáticos. Periodo premoderno (*Between Europe and Asia: Eurasian Spaces and Peoples. Premodern Period*)”, creado para los estudiantes de la Universidad de Chicago en 2020? ¿Qué interés provocó? ¿Cómo trabaja usted estos temas con los estudiantes de una universidad estadounidense?

MM: Ese seminario lo imparto para los estudiantes y me baso en nuestro libro. Tuve que crear ese curso en video debido a la transición a las clases en línea

que provocó la epidemia del covid. El seminario es híbrido: las conferencias están grabadas y nos vemos a través de una plataforma virtual una vez por semana. Estamos hablando de un seminario regular que incluye tanto el periodo premoderno como el moderno, y que lleva la historia hasta el periodo soviético. El seminario funciona bien en una universidad estadounidense precisamente porque no se basa en una ruseidad exótica, sino en los procesos de autoorganización de la diversidad humana desde abajo y en su gestión desde arriba. A mis seminarios asisten estudiantes que no tienen nada que ver con la región, pero todos están familiarizados con los problemas del multilingüismo, las identificaciones en múltiples niveles, la migración y la emigración, la inclusión y la exclusión de las comunidades culturales y civiles, la opresión directa e indirecta, la discriminación, etcétera.

Estudiamos la experiencia del Imperio Rusiano en categorías que recuerdan a aquellas que los estudiantes analizan en las clases sobre los imperios español o británico, o en los seminarios sobre teoría de género o teoría crítica de la raza. De manera consciente estipulamos qué lenguaje de análisis usamos y por qué *russian* (ruso) en las traducciones al inglés de la *Crónica de los años pasados* —también conocida como *Primera crónica eslava* o *Crónica de Néstor*— y otras fuentes medievales tempranas no solo es un error, sino una sustitución ideológica: Rus o Rous en la traducción coincide con el nombre del país moderno llamado Rusia y, por lo tanto, establece una lectura teleológica de una historia no muy lineal y contradictoria. Cuando hablamos de acontecimientos históricos, separamos los conceptos modernos de nación y Estado de los fenómenos históricos que describen —por ejemplo, estamos discutiendo qué es un “Estado nómada”—. Siempre presto atención al hecho de que una narración unilateral, una explicación basada en una lógica, un tipo de racionalidad o una forma de identificación nunca agotan la diversidad real de la experiencia histórica de la región y de su diversa población. Todo esto resulta relevante para entender el contexto moderno en el que viven los estudiantes y, por lo tanto, ayuda a quitar el carácter exótico que tiene la historia de Eurasia, a hacerla comprensible y significativa. ❧

LA HISTORIOGRAFÍA UCRANIANA CONTEMPORÁNEA EN LAS SOBRAS DE LA HERENCIA SOVIÉTICA

Entrevista a Andrii Portnov

HANNA DEIKUN: Sería interesante entender mejor qué herencia permanece en la ciencia histórica ucraniana de hoy del sistema académico soviético. ¿En qué contexto se encontraba la disciplina histórica en Ucrania en la época de la *glasnost* y la *perestroika* —de 1985 a 1991—, y cómo influyó en la situación contemporánea después de la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)?

ANDRII PORTNOV: Me parece que para poder entender —en especial si se trata de un lector mexicano— cómo sucedió el proceso de la transformación, hay que subrayar que en el momento en que comenzaron los cambios impulsados por Gorbachov, Ucrania era una de las repúblicas más grandes de la Unión Soviética y *de facto* (*¡no de jure!*) tenía un estatus particular, que consistía en que era segunda *inter pares*, después de Rusia. La disciplina histórica en Ucrania se basaba en el patriotismo ucraniano soviético o en el esquema ucraniano soviético nacional. Era al mismo tiempo soviética y nacional, lo que constituye una combinación bastante extraña. La mayoría de los libros soviéticos que tienen en su título la palabra “Ucrania” nos dejan ver que la comprensión de Ucrania era, en su mayor parte, en ese sentido etnogeográfico, como en la tradición ucraniana de finales del siglo XIX y principios del XX. En algún punto se añadía, no una ideología, sino más bien una fraseología marxista-leninista, es decir palabras sobre la “lucha de clases” y los planes del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), citas de Brezhnev, Lenin, Jrushchov. Cuando comenzó la *perestroika*, el jefe de la República en Ucrania en ese momento era Volodymyr

Shcherbytsky,¹ que tenía la reputación de ser un hombre muy conservador, un hombre de Brezhnev que no apoyaba las políticas de Gorbachov. Estos puntos son importantes para comprender por qué a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, la historiografía soviética de Ucrania se atrasaba respecto a las transformaciones que tenían lugar en Moscú. Algunos de mis colegas hablaron directamente sobre eso; por ejemplo, Stanislav Kulchytsky² escribió honestamente que “nosotros, los historiadores soviéticos ucranianos, no nos mantuvimos al día con los cambios políticos”. Es decir, cada vez había más libertad, pero los historiadores de Kyiv tenían miedo de usarla.

HD: ¿Por qué sucedía esto, cómo se opuso Ucrania?

AP: Hay varias razones; en primer lugar, el *establishment* del PC ucraniano estaba contra las políticas implementadas por Gorbachov; en segundo, la historiografía soviética ucraniana estaba agotada, porque la mayoría de los investigadores talentosos se tenían que mudar a Moscú o a Leningrado, donde existían más oportunidades para hacer investigación. Además, en ese momento muchos tenían miedo de empezar la profesión de historiador; cabe mencionar que a principios de la década de 1970 hubo una ola de represiones y despidos de las cátedras. Gente que en 1972 creía que había algo de liberalización, comenzó a escribir artículos sobre temas antes censurados: como Mykhailo Hrushevsky³ —una figura prohibida en la época soviética—,

¹ Volodymyr Shcherbytsky (1918-1989) político ucraniano y soviético, líder del Partido Comunista de Ucrania desde 1972 hasta 1989.

² Stanislav Kulchytsky (1937-) es un conocido historiador ucraniano que ha escrito extensamente sobre la colectivización soviética en Ucrania y específicamente sobre la hambruna de 1932-1933, así como sobre la política de los bolcheviques en la industria y la agricultura en el periodo de entreguerras.

³ Mykhailo Hrushevsky (1866-1934) fue el historiador más destacado de Ucrania, autor de la *Historia de Ucrania-Rusia* (el primer volumen se publicó en 1898), que creó un esquema de la historia de Ucrania separado de los esquemas históricos de Rusia y Polonia. En 1917 dirigió la Rada Central de Ucrania, un organismo democrático que fue derrocado por los bolcheviques. En la década de 1920 regresó del exilio a la Ucrania soviética y fue elegido miembro de la Academia de Ciencias de Ucrania y la Unión Soviética. En la URSS, después de la década de 1930, fue llamado “nacionalista burgués” y sus obras se almacenaron en depósitos de ciertas bibliotecas para que no estuvieran disponibles.

o acerca de que el proceso histórico de Ucrania tenía muchas características en común con Europa Occidental, fueron despedidos y estuvieron desempleados durante décadas. Todavía persiste este miedo.

Al principio de *perestroika*, los historiadores ucranianos se retrasaban respecto de los de Moscú y Leningrado, tanto en términos metodológicos como temáticos. Por ejemplo, ¿dónde apareció el primer artículo sobre el Holodomor de 1932-1933? Tenemos una tragedia horrible, en la época de Stalin, durante la hambruna, murieron millones de campesinos en Ucrania. Este tema estaba prohibido en la época soviética, era tabú. En caso de que alguien comenzara a hablar, lo despedían y a veces lo arrestaban, no era una broma. Es muy significativo que el primer artículo sobre el tema apareció en Moscú, en la revista *Comunista* en 1987, escrito por un historiador moscovita, Victor Danilov. Solo después de esto, los historiadores de Kyiv empezaron hablar sobre el Holodomor de 1932-1933; la tónica era que si un nuevo tema se empezaba a debatir por primera vez en Moscú, luego el diálogo continuaba a nivel local.

HD: ¿Puede señalar la diferencia para la disciplina histórica o para el hecho de ser un historiador en el “centro del imperio”, o sea Moscú o Leningrado y en la “república” en Kyiv o Dnipro(petrovsk), Ucrania en las décadas de 1980 y 1990?

AP: Propongo concentrarnos en la línea Moscú-Kyiv para que sea más comprensible. Podríamos comparar con Dnipro(petrovks) o Lviv, que sería también interesante, pero tienen otras historias. Moscú y Kyiv son dos capitales. La principal diferencia era institucional. Está claro que en ambos lados existía la Unión Soviética, el partido comunista y la misma ideología, pero los institutos científicos en Ucrania soviética se preocupaban solo de la historia ucraniana: alguien estudiaba el establecimiento del poder soviético o a Bogdán Jmelnytski,⁴ o “Kyiv Rus”. En cambio, las instituciones en

⁴ Bogdán Jmelnytski (1595-1657) fue el líder del mayor levantamiento de los cosacos ucranianos contra Polonia, cuya conclusión fue el Acuerdo de Pereyaslav de 1654 sobre el traspaso de los territorios ucranianos del dominio polaco al del zar de Moscú. Jmelnytski es una figura clave en la historia de Ucrania, así como en las narrativas de las historias polaca, rusa, soviética y judía en Europa del Este.

Moscú y Leningrado estudiaban todos los temas: historia mundial, historia china, etc.; existían institutos de Estados Unidos y Canadá.

HD: El Instituto de América Latina se inauguró en Moscú en 1961.

AP: Absolutamente, sí, el Instituto de América Latina. Entonces, si alguien quería estudiar historia mundial, estudios medievales o bizantinos, tenía que ir a Moscú, porque todo esto estaba ahí. En Kyiv existía solo una historia republicana. Otro aspecto importante: el grado de intervención de las figuras del partido en el contenido de las revistas científicas y la elección de los temas de investigación fue mucho mayor en Kyiv que en Moscú. Es decir, en Moscú había más, quizá no libertad, pero campo de maniobra.

Mi supervisor Yaroslav Isayevich⁵ era un historiador de Lviv, Ucrania. Su padre era miembro del Consejo Central, en terminología soviética, “nacionalista burgués ucraniano”. Es muy significativo que Isayevich fuera a Moscú para defender su tesis doctoral. No se le permitía hacerlo en Kyiv, pero sí en Moscú. Otro ejemplo es el del historiador de Dnipro(petrovsk), también nativo de Lviv, Mykola Kovalsky,⁶ a quien le ocurrió lo mismo.

HD: En uno de sus artículos usted habla de que en la ciencia soviética existía una división entre la investigación y la docencia. ¿Cómo influye esta división en la academia actual en Ucrania?

AP: La idea de la ciencia soviética en el sentido amplio de la palabra se dividía entre la docencia y la investigación. Para la docencia existían las universidades y para la investigación, la Academia de Ciencias que era para toda la URSS, con sede en Moscú, pero además existía una academia en cada república: ucraniana, lituana, kazaja, etc. Si trabajabas en una universidad, tu tarea principal era enseñar, que no excluía la investigación, por supuesto,

⁵ Yaroslav Isayevich (1936-2010) historiador ucraniano, miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Ucrania, presidente de la Asociación Internacional de Estudios Ucranianos, primer presidente del Comité Nacional de Historiadores de Ucrania.

⁶ Mykola Kovalsky (1929-2006) historiador y etnógrafo ucraniano, entre 1967 y 1994 dirigió la cátedra de estudios de las fuentes e historiografía en la Facultad de Historia de la Universidad de Dnipropetrovsk.

pero tampoco la promovía. Si estabas en la Academia de Ciencias, en el Instituto de Historia, tu tarea más importante era la redacción de artículos científicos y libros de texto. Hay que señalar que la enseñanza en la universidad se basaba en libros de texto escritos en la Academia de Ciencias. ¿Qué pasó en Ucrania? Después del colapso de la Unión Soviética, Ucrania adoptó este modelo, que persiste hasta hoy, es decir tenemos universidades y también la Academia de Ciencias. Por ejemplo, en Letonia, se abolió tal división, en Lituania no.

HD: ¿Cómo logran un balance los profesores ucranianos entre la actividad de enseñanza y la de investigación?

AP: Bueno, los profesores de las universidades ucranianas trabajan, por lo regular, de acuerdo con los estándares del número de horas lectivas que fueron aprobadas en la época soviética. ¿Qué significa eso? Existen muchas horas de enseñanza (720-840 horas al año).⁷ Un profesor de la universidad ucraniana en promedio da tres o cuatro veces más clases que un historiador alemán, francés o británico. Hasta en la terminología soviética existía el concepto “carga de enseñanza”. Esta carga es algo verdadero: te detienes y te presiona. En la Academia de Ciencias esta carga existía en cuanto a la producción de cierta cantidad de páginas de texto científico, o sea de artículos.

HD: Volvamos al periodo soviético, me gustaría entender mejor las peculiaridades del aislamiento del mundo académico ucraniano de la vida científica internacional y el momento de “regreso” al contexto internacional occidental. ¿Cómo se desarrolló el diálogo con la academia occidental en las décadas de 1980 y 1990? ¿Qué temas, autores, metodologías han comenzado a aparecer?

AP: Al periodo del aislamiento podemos añadir la distinción entre Kyiv y Moscú. Si comparamos el número de viajes al extranjero de los historiadores, desde Moscú la gente viajaba mucho más a las conferencias, congresos, in-

⁷ Andrii Portnov y Vladimir Maslijchuk, “Sovietización de la ciencia histórica a la ucraniana”, *Neprikosnovennyi zapas*, vol. 3, núm 83, 2012, p. 258.

tercambios; desde Ucrania, muy rara vez. Este fue un signo de privilegio, incluso en el caso de un viaje a un país socialista, como Polonia o Bulgaria. La mayoría de la gente no tenía esta posibilidad. ¿Qué pasó al principio de la década de 1990? En ese momento, la llegada de la ciencia de la diáspora ucraniana era muy importante.

Se crearon dos centros ucranianos clave que siguen siendo muy importantes hasta hoy: el Instituto de Investigación Ucraniano de Harvard y el Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos en Edmonton, ambos fundados por la diáspora ucraniana. En ese decenio estos investigadores y sus textos y traducciones empezaron a llegar masivamente a Ucrania y tuvieron una influencia fenomenal en la disciplina, que incluso repercutió en la enseñanza. Yo todavía estaba en la escuela, y la traducción al ucraniano del libro del texto *Ukraine: A History* de Orest Subtelny,⁸ quien desafortunadamente murió hace poco, apareció en 1988 en Canadá y en 1991 en Ucrania.

Además, influyen las muchísimas monografías que podría enumerar: desde Iván L. Rudnytsky⁹ hasta Omeljan Pritsak¹⁰, Ihor Shevchenko¹¹ hasta George Yuriy Shevelov,¹² cuyos textos tuvieron una influencia inmensa. Me acuerdo de ese momento, aunque todavía estaba en la preparatoria: de repente, se podía hablar sobre personas o temas que un día antes estaban absolutamente prohibidos: como el Holodomor, Hrushevsky, filosofía ucraniana, OUN y UPA (movimientos nacionalistas de Ucrania). Me acuerdo

⁸ Orest Subtelny (1941-2016) fue un historiador canadiense-ucraniano, profesor en la Universidad de York en Toronto. El trabajo principal de Subtelny es el libro de texto *Ukraine: A History* (1988).

⁹ Ivan L. Rudnytsky (1919-1984), historiador, politólogo y publicista ucraniano. Escribía sobre la historia de Ucrania, el pensamiento político ucraniano de los siglos XIX y XX, y la teoría de la nación. Tuvo una gran influencia en la historiografía ucraniana contemporánea.

¹⁰ Omeljan Pritsak (1919-2006) fue el primer profesor Mykhailo Hrushevsky de historia de Ucrania en la Universidad de Harvard y el fundador y primer director (1973-1989) del Instituto de Investigación de Ucrania de Harvard.

¹¹ Ihor Shevchenko (1922-2009), filólogo e historiador ucraniano. En su investigación conectó disciplinas como estudios bizantinos, eslavos y ucranianos. Su trabajo abordó la cultura y la sociedad bizantinas desde la Antigüedad tardía hasta el siglo XV y exploró el contacto entre el mundo eslavo y Bizancio desde el medievo hasta el periodo moderno temprano. Shevchenko escribió sobre filología, literatura, epigrafía, paleografía y codicología.

¹² Yuriy Shevelov (1908-2002), lingüista, historiador de la literatura ucraniana, crítico de literatura y teatro, y publicista. Fue profesor de la Universidad de Harvard y de la Universidad de Columbia.

cómo iba a las librerías, compraba todo lo que podía, todo era interesante, aparecían nuevos nombres, nuevas perspectivas. Si hablamos de la metodología, entonces no todos notaron de inmediato que esta novedad de nombres o temas implicaba nuevas metodologías, eso ocurrió poco a poco. Sin embargo, en esos textos había algo que no existía en la ciencia soviética oficial, por ejemplo, los elementos de los debates occidentales sobre *imagined community*, “discursos”... Para mí, la mayor influencia fue la de Ivan L. Rudnytsky, un historiador que escribía en un estilo, digamos, liberal y analítico, tan inusual para nosotros entonces. Hablaba de que existen distintos puntos de vista, comparaba a los pensadores ucranianos con los polacos o alemanes. Eso fue muy novedoso y uno se preguntaba: ¿puede ser así? Estábamos acostumbrados a comparar solo con los rusianos. Fue una influencia enorme, pero hay que entender que no duró mucho, se acabó más o menos en diez años.

HD: Usted terminó la universidad en el año 2001 en Dnipro(petrovsk). Puede compartir esta experiencia. ¿Cómo fueron las transformaciones en el área de historia durante sus estudios?

AP: Era como si ya todo hubiera llegado. Algunos profesores empezaban a discutir nuevos textos, aunque no todos. Algunos seguían dando las clases según la guía soviética, que resultaba muy triste, pero otros profesores estaban fascinados. Por ejemplo, Ivan Storozhenko, que no era tan joven, conocía muy bien los textos de Pritsak y Frank Sysyn,¹³ nuevos textos sobre la diáspora y la Ucrania cosaca. Entonces sabía que Serhii Plokhii,¹⁴ graduado en Ucrania, tenía una brillante carrera en Canadá. Terminó sus estudios a finales de la era soviética en Dnipro(petrovsk) y se cambió a un sistema diferente, ya como doctor en ciencias históricas.

Cuando me gradué de la universidad, en 2001, estaba claro que la ola de fascinación y descubrimientos de la diáspora disminuía poco a poco. Por un lado, la gente comenzó a viajar hacia el oeste. Plokhii empezó a salir de la

¹³ Frank Sysyn (1946-), historiador estadounidense de origen ucraniano; su enfoque académico se centra en los estudios ucranianos de la época moderna y en la historia política y religiosa. Profesor en las universidades de Stanford y Columbia.

¹⁴ Historiador ucraniano, la entrevista con Plokhii está en este mismo número.

URSS muy temprano, en la década de 1980, era excepcional, nadie viajaba entonces. Por ejemplo, mi supervisor Yaroslav Isayevich, no tenía derecho a salir de la URSS, solo viajó a Polonia en 1991. Yo salí para ir a Polonia en 2001, el último año de mis estudios, lo que probablemente ilustra que a finales de la década de 1990 todavía persistía la inercia del aislamiento de la era soviética; además, no teníamos internet como ahora. A los estudiantes de la Universidad de Dnipro(petrovsk) nos habría encantado ir a cualquier lado, pero en realidad no conocíamos la existencia de los programas. Cuando fui a Varsovia en 2001, era un mundo diferente; aunque había sido un país socialista, me encontré un mundo totalmente diferente.

Cuando pienso en la paradoja del aislamiento y recuerdo mis años universitarios, me viene a la mente la cantidad de publicaciones científicas que había; no tenía tiempo de seguirlas todas, pero aparecieron muy buenas revistas en Lviv, en Kyiv, en Járkiv. Veía todo esto, lo coleccionaba, mis padres todavía tienen un montón de publicaciones. En aquel momento me parecía que había mucha vida intelectual y solo necesitaba liberarse de Dnipro(petrovsk)... pero han pasado veinte años y no existe ahora una vida científica, ni las revistas son tan activas en Ucrania. Puedo decir que en aquel momento, en la ola de las transformaciones y los descubrimientos, la vida era horriblemente difícil en el contexto de la crisis económica —no recibíamos la beca, había filas enormes para comprar— sin embargo, existía la creencia idealista de que la historiografía ucraniana estaba en desarrollo. Hoy en día no hay tal sensación.

HD: ¿Qué pasó durante los años de la independencia con la disciplina histórica ucraniana? ¿Por qué se produjo este declive?

AP: Primero, porque mucha gente emigró de Ucrania. Se fueron y con frecuencia (aunque no siempre) perdieron influencia en el país. Otro indicador importante es que los personajes simbólicos clave en la historiografía ucraniana hoy son los mismos que hace veinte años; es decir, cuando yo era estudiante. ¿Quiénes son? Yaroslav Hrytsak, Heorhiy Kasyanov, Natalia Yakovenko; no han cambiado. Con el desarrollo normal de la historiografía, llega la siguiente generación, pero nosotros tenemos a la misma generación, la primera que se benefició de la transformación de la década de 1990,

quienes todavía ocupan puestos importantes. En Rusia, por cierto, este no es el caso, el panorama ha cambiado.

La primera razón es la terrible disparidad económica entre el nivel de ingresos y la vida en Ucrania y en el extranjero, incluso en comparación con Rusia. En la Escuela Superior de Economía (San Petersburgo) los ingresos de los profesores no se pueden comparar con los de la Academia Nacional de la Universidad de Kyiv-Mohyla (Naukma). En segundo lugar, la comunidad ucraniana de historiadores no ha podido crear un proyecto científico poderoso y de larga duración sin apoyo estatal. En la época soviética, la ciencia dependía totalmente del gobierno; esto no ocurre ahora, no es el caso en ninguna parte, ni siquiera en Alemania. Aunque el apoyo estatal es muy potente y existen diversos fondos, subvenciones y concursos, en Ucrania resulta que sin el apoyo estatal al grado soviético, no aparecen alternativas nuevas y las que existen no aguantan mucho tiempo.

HD: ¿Por qué?

AP: Creo que porque no existe un ambiente profesional. Si existiera un entorno que comprara las revistas, publicara blogs cada semana para provocar los debates, entonces podría funcionar. Mi tesis es que ahora en Ucrania no existe un entorno verdadero de historiadores. Empezaba a surgir —al menos a mí me parecía— en mis años universitarios, pero no se desarrolló. Luego algunos emigraron, otros cambiaron de profesión, se convirtieron en periodistas, políticos, traductores. También están aquellos que son capaces y talentosos, pero se perdieron en las realidades postsoviéticas. No quiero decir nombres, pero tengo un compañero de la universidad, un historiador muy talentoso que sabe idiomas. A diferencia de mí, se quedó en Dnipro, trabaja en varias universidades, escribe textos, pero me los envía solo a mí, los escribe para mí y para sí mismo. No publica libros, no viaja al exterior, nadie lo conoce. Potencialmente, es una figura destacada de la historiografía ucraniana. Y no solo él, conozco a varios. Desafortunadamente...

HD: Hablemos un poco sobre el proyecto *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*. ¿Podría compartir sus impresiones?

AP: Apoyo mucho lo que hacen Ilya Gerasimov y sus colegas. Yo platiqué con Ilya sobre este tema.¹⁵ De hecho, era su idea. Realmente aprecio que me haya invitado. Es decir, no invitó a un historiador ruso ni a un estadounidense, sino a un historiador ucraniano de Dnipro.

HD: Después de leer su plática en Colta.ru me surgió la idea de hacer esta serie de entrevistas para este número de *Istor*.

AP: Sí, la entrevista como género es muy buena idea. Esta es, no temo decirlo, la tradición socrática, es decir, que las ideas científicas serias surgen, primero, en la conversación, y luego durante los paseos en los que se platica; para nosotros es más difícil ahora, porque la conversación se realizó en formato zoom. Respecto al proyecto, creo que hay un problema con el idioma en sí, bueno, incluso ahora, el que estamos usando. Hay millones de ejemplos; uno: al publicar mis textos en Alemania pido diferenciar entre “rusiano” en el sentido de *rossijskij* y “ruso” como *rosskij*, ya que en alemán sí existe la diferencia: *Russländisch* (*rossijskij*) y *Russisch* (*rosskij*), en contraste con el francés, el inglés o el español, en los que no existe diferencia, pero casi nadie lo hace, ni siquiera en Alemania. Incluso aquellos que no son nacionalistas ni imperialistas tienden a reproducir lo que todo el mundo dice.

Entonces, Ilya, Marina (Mogilner), Sergei Glebov dicen “no”, sí hay una diferencia conceptual, pero hay situaciones en las cuales es increíblemente difícil. Otro ejemplo bastante complicado es cómo nombrar a la población que en la historiografía ucraniana soviética o presoviética se llamaba “ucraniana”, por ejemplo, en la Galitzia del siglo XIX. En las fuentes alemanas aparece como *Ruthenische*, en las polacas, *ruskie* —una palabra bastante peligrosa—, pero la población es la misma. Conozco investigadores ucranianos que de manera consciente escribían *rusinske*, pero es un término que solo algunos autores usaban en el momento en sus libros. La población

¹⁵ Una parte de esta plática entre Ilya Gerasimov y Andrii Portnov será el epílogo de esta publicación. Su versión original en ruso “Nuestra tarea es la deconstrucción del ‘esquema de historia rusa’, publicada en Colta.ru (5 de octubre de 2017), está disponible en: <https://www.colta.ru/articles/literature/16199-nashey-zadachey-yavlyaetsya-dekonstruktsiya-shemy-russkoy-istorii-sohranyayuscheysya-so-vremen-karamzina>

se nombraba *tuteijsi* (“de aquí”), “ortodoxos”. ¿Qué podemos hacer con esta situación? Estoy de acuerdo en que usamos una lengua que tiene mucho del nacionalismo y el imperialismo del siglo XIX. Todos tenemos que pensar cómo y con qué podemos reemplazar esta forma de expresarnos. Ilya y los demás hicieron este intento, que es increíblemente importante. Junto con varios colegas escribí un artículo sobre el idioma en el cual se escribe la historia de Ucrania.¹⁶ Si usamos las palabras *Russisch* (ruso) o *Ukrainisch* (ucraniano) hay que pensar dos veces, ¿de qué se trata? Si estamos pensando de manera consciente sobre estas cuestiones ya es un gran progreso. Las respuestas van a tomar mucho tiempo. Pero lo que hicieron los colegas y autores de “Nueva historia imperial” es muy importante. Creo que es crucial traducir este libro al ucraniano, para ver cómo este lenguaje se traduce al ucraniano. No será un trabajo simple.

HD: ¡También espero que haya traducción al español de esta obra! Tengo una pregunta sobre la apertura de los archivos ucranianos del periodo soviético que sucedió en 2015. Desde mi propia experiencia puedo decir que el trabajo en los archivos de esta época es complicado. En Rusia los archivos están cerrados o tienen un acceso muy restringido. Parece que en Ucrania los archivos ponen menos trabas a los investigadores del periodo soviético. ¿Qué sabe usted del tema?

AP: Ucrania abrió muchos más archivos que Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, si se trata de los archivos del Comité para la Seguridad del Estado (KGB). Existen además archivos de instituciones judiciales. Ucrania abrió los archivos de la KGB en todos sus centros regionales. Sé de muchos investigadores alemanes que se dedican a la historia soviética y empezaron a trabajar en esos archivos. No existen archivos de la KGB abiertos en Rusia ni en Bielorrusia; en Lituania también están abiertos, pero es una pequeña república que solo en 1944 se convirtió en una parte de la URSS. Ahora Ucrania es el lugar donde se pueden estudiar más temas de la historia soviética, sin embargo los archivos más interesantes de la KGB estaban en el centro, es decir

¹⁶ Andrii Portnov, Tetiana Portnova, Serhii Savchenko, Viktoriia Serhiienko, “Whose Language do we Speak? Some Reflections on the Master Narrative of Ukrainian History Writing”, *Ab Imperio*, núm. 4, 2020, pp. 88-129.

en Moscú. Lo que está abierto en Ucrania son archivos de una república subordinada a Moscú. Los documentos más interesantes siguen en archivos cerrados. En Kyiv muchos documentos de los archivos ucranianos fueron destruidos a principios de la década de 1990. Tenemos muchos casos en que el catálogo indica que existen algunos documentos, pero no están en su lugar; por ejemplo, había volúmenes de documentos de la KGB y la Unión de Escritores de Ucrania que aparecen en los catálogos, pero los documentos no están.

HD: Última pregunta. Me interesa su opinión sobre los documentales de Sergei Loznitsa. Su filmografía tiene al menos cinco películas en las que el director reinterpreta los materiales que se filmaron en la época soviética¹⁷ y los redescubre para el espectador contemporáneo. ¿Qué película le gustaría destacar? ¿Dónde podemos dibujar la línea divisoria entre un documento y un gesto artístico en el trabajo del director?

AP: Si hablamos de línea divisoria, estoy de acuerdo con Sergei en que este límite está bastante condicionado. Es cierto que las películas están hechas con los materiales documentales producidos en la época soviética, pero lo que Sergei hace con ellos es un acto completamente creativo. Mi película favorita es *Revue (Predstavleniye)*, 2008, la crónica de la vida diaria en la región de Leningrado en la época de Jrushchov. El título es una alusión bella al poema de Joseph Brodsky que también es muy bonito. Tanto la película como el poema capturan algo verdadero de la vida soviética: yo crecí en la época soviética tardía y, cuando veo esta película siento que logra capturar algo de mi experiencia. El método del director se enfoca mucho en el sonido, que desempeña un papel esencial que, por un lado, complementa la imagen y por el otro, vive su propia vida. Me contó sobre la filmación de *En la niebla* (largometraje, 2012), cómo primero filmaron un video con el so-

¹⁷ Se trata de los siguientes documentales de la filmografía del director: *Bloqueo (Blokada)*, 2006, sobre el sitio militar de Leningrado que duró casi 900 días, desde septiembre de 1941 hasta enero de 1944. La crónica fue filmada por los operadores que se quedaron en Leningrado. *Evento (Sobytiye)* 2015, *El proceso (Process)*, 2018, usó las crónicas del proceso judicial que tuvo lugar en Moscú en 1930, uno de los primeros procesos fabricado por Stalin como si se tratara de un espectáculo que formaba parte del Gran Terror, *Funeral estatal* (2019) se basa en los materiales filmados en todo el país del 6 al 19 de marzo de 1953, en el momento de la muerte de Stalin.

nido original en los bosques de Letonia, y luego volvieron a grabar el sonido de manera independiente.

Creo que el trabajo de Sergei es muy interesante. Nos enseña a todos cuántos materiales están en los archivos. Incluso en el documental *Revue* (*Predstavleniye*) vemos filmes de archivo que nunca se habían publicado. Lo mismo pasa con los otros documentales, como por ejemplo, sobre el funeral de Stalin (*Funeral estatal*, documental, 2019), sobre el proceso político del tiempo de Stalin en Moscú (*Proceso*, documental, 2018). Esto es grandioso. Lo que él logró hacer es impresionante y nos dice a todos que los archivos cerrados o semiabiertos tienen cosas increíbles. ❧

LA DESINTEGRACIÓN DE LA URSS SÍ TENÍA ALTERNATIVAS

Entrevista a Serhii Plokhii

HANNA DEIKUN: Usted se formó profesionalmente en Ucrania, en la universidad de Dnipro(petrovsk), defendió su doctorado en Moscú (1982), en la década de 1980 realizó viajes académicos al extranjero que en aquel tiempo era un hecho excepcional. Entiendo que es un tema bastante extenso, sin embargo, podría usted describir cómo se sentían los cambios en las décadas de 1980 y 1990, y la llegada de la *glasnost* y la *perestroika* a la universidad de Dnipro(petrovsk). En este contexto sería interesante saber más sobre su dirección del Departamento de Historia Mundial en la universidad (1989-1992).

SERHII PLOKHII: Sí, las transformaciones eran visibles, pero aparecían antes en las capitales que en nuestro ambiente académico en Dnipro(petrovsk). En ese momento en nuestra universidad, la Asociación de Jóvenes Historiadores, en la que participé, se volvió muy activa. La inició Sergei I. Zhuk¹ —que hoy trabaja en la Universidad Estatal Ball, en Estados Unidos—, quien completó sus estudios de posgrado en Moscú en el Instituto de Historia General de la Academia de Ciencias de Rusia. Fue ahí donde comenzó el movimiento de transformación de la disciplina histórica impulsado por los

¹ Sergei Zhuk profesor de historia en la Universidad Estatal Ball, Muncie, Indiana, Estados Unidos. Un experto soviético en la historia de Estados Unidos. Sus intereses de investigación son las relaciones internacionales, la producción de conocimiento, el consumo cultural, la religión, la cultura popular y la identidad en la historia de la Rusia imperial, Ucrania y la Unión Soviética; véase <https://www.bsu.edu/academics/collegesanddepartments/history/about/faculty-staff/faculty/zhuksergei>

investigadores jóvenes, como Eugeny Kozhokin² y Sergei Stankevich.³ Se trataba de desarrollar y crear los departamentos regionales, lo que en Dnipro(petrovsk) surgió gracias a la iniciativa de Sergei Zhuk y colegas. En esos tiempos empezamos a organizar las primeras discusiones públicas de historia, mientras el poder soviético se tambaleaba. Incluso nos otorgaban espacios, como la Casa de la Educación Política del Partido Comunista. Luego llegaban rumores de colegas: “Estos jóvenes historiadores dicen tales cosas...” Hubo quejas. Serhiy Tihipko,⁴ quien era entonces primer secretario del comité regional del Komsomol (1986-1989), venía a nuestras reuniones y trataba de mantener algún tipo de línea partidaria o semipartidaria: qué se podía y qué no se podía decir, pero no hubo una presión abierta. Surgía un espacio de libertad que se ampliaba poco a poco. Este era el contexto: cuando las revistas publicaban mucho sobre historia, las anécdotas se burlaban de que la historia era una disciplina más previsible en el sistema soviético.

Otro impulso venía desde Kyiv y se vinculaba con la creación de otra organización pública llamada Sociedad de la Lengua Ucraniana, que también surgía en un ambiente académico, en el Instituto de Literatura y Lengua de Kyiv. Estas dos líneas se cruzaban en Dnipro(petrovsk). Nos encontrábamos en la encrucijada de los cambios que empezaban antes en las capitales, pero nosotros los retomábamos e intentábamos expandir nuestro espacio.

HD: ¿De qué se trataban las discusiones públicas mencionadas?

SP: Conversábamos sobre temas distintos. En aquel momento se hablaba mucho de las llamadas “manchas blancas” o represiones. Éramos bastante radicales. Por ejemplo, en una de las reuniones dije que Lázar Kaganóvich⁵

² Eugeny Kozhokin es historiador y politólogo soviético y ruso. Es profesor del Departamento de Relaciones Internacionales y Política Exterior de Rusia en la Universidad de Relaciones Internacionales del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia (MGIMO), y vicerrector de política científica en la misma universidad.

³ Sergei Stankevich es político, historiador y politólogo ruso. De junio de 1991 a diciembre de 1993 era asesor del presidente de Rusia en cuestiones políticas.

⁴ Serhiy Tihipko es político ucraniano, especialista en finanzas. Entre 2010-2012 fue vicepresidente primer ministro y ministro en el Ministerio de Política Social bajo el presidente de Victor Yanukovich.

⁵ Lázar Kaganóvich (1893-1991) político y administrador soviético. Uno de los principales

estaba todavía vivo, pero no tenía reclamos ni consecuencias para las autoridades. Por un lado, en ese momento esta idea ya no era nueva: los periodistas intentaban encontrarlo, entrevistarlo, aparecían publicaciones. Pero, por otro, para Dnipro(petrovsk), decirlo sonaba relativamente revolucionario. Además la situación cambiaba mucho. Lo que era revolucionario hoy, en un par de semanas se volvía una banalidad.

HD: Puede platicar qué nuevos textos del mundo académico occidental empezaban a aparecer ¿Qué traducciones, libros, métodos volvían a ser importantes para repensar la escritura de historia?

SP: Primero, la Escuela de Annales, de la cual empezaron a aparecer textos y en la cual surgían las discusiones; de nuevo, su popularización se debe a los investigadores de Moscú. Como yo me dedicaba a la historia moderna temprana, para mí el tema era conocido e importante y, como mencionó usted, mis viajes académicos a Estados Unidos. Tuve una experiencia un poco distinta gracias a esta “ventana” que se me abrió bastante pronto. Traía libros, por ejemplo, de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Mi examen público para la obtención del grado de profesor asociado, era sobre la población de Europa en los siglos XVI y XVII y se basaba en Braudel. Más tarde, cuando ya era titular de la cátedra Historia Mundial, introduje un seminario que se basaba en la lectura de los textos en inglés. No tuvo mucho éxito, pero podía experimentar. Para resumir, la fuente primaria de los cambios llegaba, por un lado, de Moscú y, por otro, directamente del extranjero.

Si hablamos de algunos momentos nacionales para repensar la historia, entonces los avances ocurrían antes en Kyiv que en Dnipro(petrovsk). Cuando defendía mi tesis doctoral —mi tema era “La política del papado en Ucrania en los siglos XVI y XVII”— yo, como buen científico soviético comencé la lista de bibliografía con Marx, Engels, etc. Cuando fui a Kyiv a defenderme en 1990, me dijeron: “Ya no hacemos eso”. Pero en Dnipro(petrovsk) era un aspecto necesario si querías tener alguna oportunidad.

asociados de Iósif Stalin, que le ayudó a tomar y usurpar el poder, tuvo un papel importante en la organización, planificación y supervisión de la hambruna en la Ucrania Soviética.

Recuerdo mi defensa en 1980 de mi tesis sobre las fuentes latinas de la guerra de liberación del pueblo ucraniano. El decano me preguntaba: “¿Cómo es eso? Usted comienza con el 300 aniversario de la reunificación de Ucrania y Rusia, pero no puso la última resolución del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania del 325 aniversario de la reunificación de Ucrania con Rusia”. Le dije que lo leí y no encontré nada en esas dos páginas. Dios mío qué escándalo provocó mi respuesta. Mi nota de excelencia empezó a temblar y le dijeron a mi jefe que tuviera una plática seria conmigo.

En 1990 en Kyiv me dijeron: “Ya no lo hacemos así”. Bueno, gracias a Dios que no lo hacen. Después de leer un curso basado en Braudel, tampoco yo lo hago así.

HD: Si se considera el contexto —la Unión Soviética, Ucrania—, empezó a viajar al extranjero muy pronto: semestres académicos en la Universidad de Columbia (1986-1987), en la de Harvard (1989), conferencias en Italia, un congreso en Madrid en la década de 1990. ¿Cómo lo logró y cómo influyó a nivel profesional?

SP: Lo logré de una forma bastante simple, en el sentido de que la universidad de Dnipro(petrovsk) estaba subordinada a toda la Unión Soviética. Recibíamos las órdenes de los viajes directamente del Ministerio de la Unión. Por lo tanto, jurídicamente no éramos una institución ucraniana, sino una institución de toda la URSS con acceso a las cosas poco accesibles en Ucrania. Cinco o seis personas de nuestra universidad estaban en Estados Unidos antes que yo, pero fui el primer historiador. En general, los historiadores de nuestra universidad iban a Polonia o a Alemania Oriental debido a la subordinación a Moscú, no estábamos subordinados a Kyiv.

El viaje al congreso ocurrió gracias a la Organización de Historiadores Jóvenes, fundada en Moscú. Los mismos Zhuk, Kozhokin, Stankevich recibieron el permiso para que los historiadores jóvenes formaran una delegación siempre que viajaran por su cuenta. Es decir, turismo científico. Pero era la primera vez y éramos los dos de Dnipro(petrovsk): Sergei Zhuk y yo. La mayoría de los viajes se producía porque Dnipro(petrovsk) tenía un estatus particular, un vínculo directo con Moscú.

¿Cómo influyeron los viajes? Pues de forma increíble. Vas a Madrid, primero, encuentras un círculo de gente joven e interesante de la Unión; con algunos sigo teniendo contacto hasta hoy. Escuchas a Natalie Zemon Davis que era una superestrella en ese momento, pero no entiendes todo, porque existen limitaciones de lenguaje y también limitaciones desde la perspectiva de la preparación. Cuando estaba en Estados Unidos, en la Universidad de Columbia, mi jefe era Marc Raeff, un magnífico historiador del Imperio Rusiano. Pedí permiso para asistir a sus clases y empecé a ir, pero después lo dejé, porque sentí que necesitaba más tiempo y más lecturas para entender de qué hablaba. Las clases soviéticas parecían una colección de hechos, se trataba de conexiones causales y de los libros de texto que había que seguir. Aquí no había ningún libro de texto, el profesor hablaba de textos que yo no había leído, no había un plan clásico. Existía la barrera de idioma, pero era más difícil de entender o seguir la lógica a la cual no estaba acostumbrado. Era una matriz distinta que había que aprender desde cero. Por lo tanto, sí, las transformaciones llegaban a través del descubrimiento de lo nuevo, pero no llegaban de inmediato, porque lo nuevo requería cierto proceso. Había que aprender a caminar de nuevo.

Tuve varios encuentros con Yuriy Shevelov⁶ quien emigró a Europa y, después de la Segunda Guerra Mundial, a Estados Unidos. Era un lingüista prominente todavía en su época soviética. Era uno de los promovidos de los años treinta, pero que aún no lograron arrestar o matar. Me dijo que en sus primeros dos años en la emigración —estaba en Suecia— dejó de escribir. Estaba sentado en la librería y leía. En mi caso no era exactamente así, pero sí, había necesidad de aprender de nuevo en este nuevo contexto.

HD: Los dos centros más influyentes de estudios sobre Ucrania en el extranjero son el Instituto de Investigaciones Ucranianas de Harvard y el Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos en Edmonton. Desde 2007 usted es profesor de historia de Ucrania en la Universidad de Harvard y desde 2013 director del Instituto de Investigación sobre Ucrania en Harvard. Puede

⁶ Yuriy Shevelov (1908-2002), lingüista, historiador de la literatura ucraniana, crítico de literatura y teatro, y publicista. Fue profesor de la Universidad de Harvard y de la Universidad de Columbia.

platicar sobre la cooperación de estos centros con la academia ucraniana en el contexto del colapso de la Unión Soviética.

SP: Lo primero que vi cuando todavía estaba en Ucrania era la actividad de la Universidad de Harvard y del profesor George G. Grabowicz.⁷ Era uno de los iniciadores de la organización que existe hasta hoy: la Asociación Internacional de Estudios Ucranianos. Su primer congreso se organizó en 1990. La mayoría de los participantes eran representantes de la diáspora. En esta apertura los críticos literarios tenían un papel importante. Se trataba de una colaboración entre la Academia de Ciencias de Ucrania —que empezó a transformarse en los años 1990-1991— y la diáspora, incluyendo a la Universidad de Harvard; sin embargo, después vino la decepción: la Academia de Ciencias no se transformó, siguió siendo bastante soviética, salvo algunas personas o centros, pero la institución, como tal, no se reformó. El mismo Grabowicz inició la publicación de la revista *Kritika*,⁸ que sigue vigente en la actualidad y las ediciones de libros cuentan con el apoyo de Harvard.

Respecto al Instituto Canadiense de Estudios Ucranianos en Edmonton, en 1991 yo llegué como profesor invitado en el programa de intercambio de profesores de historia de la Unión Soviética. Porque fue ese año cuando se abrió una plaza para profesores visitantes con el nombre del profesor Ramsay Tompkins. Fui el primero de la Unión Soviética en venir a enseñar un semestre gracias a este programa. Después me quedé en Canadá, por el proyecto de traducción de Hrushevsky. Mi traducción fue una de las primeras; después, la cooperación entre el Instituto Canadiense y las instituciones e investigadores de Ucrania se convirtió en una norma.

En Kyiv, el socio de cooperación internacional era el Instituto de Arqueografía de Ucrania. El establecimiento de este instituto en 1991-1992 era un fenómeno interesante desde el punto de vista del intento de reformar la Academia de Ciencias de Ucrania, en particular, y la ciencia histórica

⁷ George G. Grabowicz Dmytro es profesor de literatura ucraniana en el Departamento de Lenguas y Literaturas Eslavas de la Universidad de Harvard. Ha publicado mucho sobre problemas históricos y teóricos en la literatura ucraniana, así como en las literaturas polaca y rusa del periodo romántico. Es el fundador y editor de la revista y editorial *Kritika*, con sede en Kyiv.

⁸ Revista intelectual ucraniana y editorial dedicada al análisis de la situación política actual, la cultura y las reseñas de libros en Ucrania y su región.

de Ucrania, en general. La mayoría de la gente que estaba interesada en nuevas ideas y que se sentía ahogada en la antigua estructura académica fue a este instituto. Había grandes esperanzas de que se convirtiera en una nueva institución de historia y creara algo novedoso, pero no faltaron las contradicciones. Después de todo, se reprodujo el Instituto de Arqueografía y Estudios de Fuentes que promovió la publicación de fuentes y la historiografía positivista de principios del siglo xx. ¿Por qué, en lugar de avanzar, la historiografía ucraniana volvió al pasado? Se trata de un momento en que tanto la historia oficial como los historiadores que trabajaban los temas actuales estaban desacreditados. ¿Quiénes fueron los nuevos líderes de la ciencia? Historiadores que estudiaron la historia no politizada o relativamente no politizada de los siglos xvi y xvii. Fue entonces cuando Valery Smoliy,⁹ que trabajaba sobre los siglos xvii y xviii, se convirtió en el director de historia del instituto. Era imposible imaginar esto en la década de 1980, pero a principios de la de 1990 fue lo que sucedió. La gente de los archivos que no estaba contaminada ni comprometida políticamente llegó al poder; para el resto del mundo, sin duda era una etapa ya superada. Nadie editaba 20 o 40 volúmenes de fuentes primarias en la década de 1990. En ninguna parte del mundo se reúnen los historiadores-innovadores en torno a la publicación de fuentes, eso ocurrió en el siglo xix.

Está claro que hubo un regreso a la tradición, porque al principio era necesario regresar el tiempo, descubrir a Hrushevsky y Dmytro Doroshenko,¹⁰ elevar la ciencia histórica de un nivel absolutamente politizado, soviético y bajo, al nivel de nuestros predecesores. Aquí el papel de la diáspora era muy importante, porque preservó esta tradición. Por un lado, la diáspora incluso trajo, a través de las instituciones como Harvard o Alberta, la integración al mundo universitario occidental más amplio; por otro, devolvió a Ucrania lo que se había olvidado o se desconocía, lo que provocó en la década de 1990 una explosión de publicaciones. Era el momento en que era necesario recuperar el tiempo perdido y después pensar en nuevos horizontes.

⁹ Valery Smoliy (1950-) es un historiador ucraniano, director del Instituto de Historia de Ucrania.

¹⁰ Dmytro Doroshenko (1882-1951) fue una figura política ucraniana importante durante la revolución de 1917-1918 y un destacado historiador que emigró durante el periodo de entreguerras.

HD: Al hablar con Andrii Portnov sobre la situación académica en Ucrania, se refirió a la ausencia de un entorno profesional de historiadores en la Ucrania actual. ¿Está usted de acuerdo con esta opinión?

SP: Creo que en Ucrania existían varios ambientes, pero eran ámbitos aislados. Bueno, todo el mundo sabía que los historiadores interesantes se juntaban en la cafetería *Culinaria*, en la esquina de las avenidas Khreshchatyk y Kirov (ahora Hrushevsky) en Kyiv. Había puntos de contacto fuera de las instituciones que desaparecieron en la década de 1990, pero aparecieron otros, alrededor de Yaroslav Dashkevich¹¹ en Lviv, o de Natalia Yakovenko¹² y la Revista de Estudios Humanitarios¹³ de Ucrania. El mismo Andrii Portnov fue uno de los primeros en comenzar a crear plataformas virtuales, por eso existe un entorno en línea que conecta a las personas independientemente de su ubicación y el enfoque de su investigación. Su proyecto *historians.in.ua* fue un intento pionero que funciona hasta hoy. La revista *Ukraina Moderna*,¹⁴ donde también estaba Portnov, realiza esta función. Diría que con internet y gente como Andrii Portnov o Oksana Kis',¹⁵ surgió un entorno virtual de la gente fuera de las fronteras de Ucrania. El mismo Portnov está en Alemania y participa activamente en los debates ucranianos. Yo cuando estoy en Estados Unidos siempre trato de involucrarme en los procesos de Ucrania. Me parece que la situación con el entorno profesional es mucho mejor que hace veinte años.

Regreso a la pregunta anterior. La cooperación entre los institutos de estudios ucranianos en el extranjero y en Ucrania se basa en proyectos y

¹¹ Yaroslav Dashkevich (1926-2010), historiador, arqueólogo, armenólogo ucraniano, especialista en el estudio de las colonias armenias de Ucrania y Polonia. Dashkevich era un representante de la escuela de historia de Hrushevsky y una víctima del terror estalinista.

¹² Natalia Yakovenko, historiadora ucraniana, especialista en lengua latina y en la historia de Ucrania de los siglos XIV-XVIII, profesora de la Academia de la Universidad Nacional de Kyiv-Mohyla.

¹³ Revista-almanaque crítica y analítica que, desde 1999, publica artículos y reseñas sobre el ámbito de las humanidades.

¹⁴ La revista está dedicada a la historia de Ucrania y Europa Central y Oriental de finales del siglo XVIII al XX. Fundada en 1996, se publica en ucraniano con un resumen en inglés una vez al año y está disponible en: <https://uamoderna.com/>

¹⁵ Oksana Kis', investigadora ucraniana dedicada a los estudios de género, historiadora y antropóloga, feminista, investigadora principal del Departamento de Antropología Social del Instituto de Etnología de la Academia Nacional de Ciencias de Ucrania y presidenta de la Asociación Ucraniana de Investigación de Historia Femenina.

personas concretos. El proyecto “Historia de Ucrania-Rus” de Hrushevsky está terminando, pero dependía de la cooperación con investigadores ucranianos. El centro de Petro Jacyk en Canadá tiene un programa en Lviv que se vincula con la Universidad Católica. Así que la cooperación existe tanto con investigadores particulares como con instituciones. De nuestro lado, en Harvard existe el proyecto Mapa: Atlas digital de Ucrania (Digital Atlas of Ukraine) que no sería posible sin la cooperación con Ucrania. Para nosotros (tal vez debe ser así) lo principal es la gente y las ideas, y después las instituciones.

HD: Cuando el tema de Ucrania, debido a la situación turbulenta que empezó en 2013 con la revolución en Maidan y siguió con la guerra en el este del país que dura hasta hoy, empezó a ser interesante en el extranjero, el nivel de los medios de comunicación en Europa y el mundo en general era impresionante por su falta de conocimientos y profesionalismo. ¿Cómo explica esta situación y qué papel desempeñan los centros científicos de estudios ucranianos en el extranjero en este contexto?

SP: Hay varias razones. Primero se trata de que Ucrania es un país joven del cual la mayoría de la gente que aparece frente a las cámaras de la televisión y comenta los eventos actuales no sabe absolutamente nada, pero no somos los únicos “pobrecitos”. ¿Tienen hoy Polonia o Hungría más expertos en Estados Unidos para el entendimiento de su situación interna? Son unos países relativamente pequeños y algunos son nuevos, especialmente desde la perspectiva de Washington o Londres. En Londres de hecho hay más conocimiento y expertos que en la capital estadounidense, a pesar de que es el último centro mundial global. Por lo tanto, existe esta falta de conocimiento que se vincula con el hecho de que en las secundarias leen a Lev Tolstói, pero no a Nikolai Gogol. O estudian la historia de los Imperios Francés u Otomano, pero prestan menos atención a las antiguas colonias. Esta falta de conocimiento es lamentable, pero muy fácil de entender.

Otra razón es la estructura con la cual funcionan los medios de comunicación, al menos aquí en Estados Unidos. Al vivir los acontecimientos de la revolución de Maidán (noviembre de 2013-febrero de 2014), el derribo del avión de Malasia, la guerra, Crimea, etc., vi varios ciclos de la actuación de los periodistas en esta historia. En cuanto aparecía información sobre algún

evento en Ucrania, nosotros estábamos abrumados con solicitudes para entrevistas o comentarios; esto duraba una o dos semanas. Luego ese tema desaparecía y todos perdían el interés en nosotros. Si el tema seguía de actualidad, todos estos *talking heads* se empezaban a comportar como si hubieran adquirido su propia comprensión del tema, y ya no necesitaran expertos. Dado que estos *talking heads* estudiaron en la universidad cualquier cosa, menos la historia de Ucrania o los procesos políticos en Europa del Este, su conocimiento era extremadamente superficial. Para mí y para el instituto esta situación representó un desafío. Creamos una lista de expertos que colocamos en la página principal de nuestro instituto para que los periodistas pudieran consultarlos. Por otro lado, mi libro *The Gates of Europe: A History of Ukraine*,¹⁶ que apareció en 2015, fue una respuesta a esa situación.

HD: Me gustaría que nos concentráramos en uno de sus libros *El último imperio: Los días finales de la Unión Soviética* cuya reseña aparece en este número de *Istor*. Existe una bibliografía extensa sobre la caída de la URSS. ¿Qué enfoque escogió usted? ¿Por qué fue importante escribir el libro? ¿Qué información nueva surgió durante la investigación?

SP: Para mí es una historia de mi vida y de mi generación, es un momento de la gran transformación. En el momento del golpe,¹⁷ estaba en Moscú, iba a volar a Canadá para un semestre de enseñanza y viví algunos acontecimientos. Después regresé a Moscú y me quedé en la casa de un amigo y colega; estábamos viendo en la televisión el encuentro en Alma-Ata, Kazajistán (21 de diciembre de 1991), cuando se produjo la desintegración final de la URSS. Por lo tanto, medio en broma dije que tenía curiosidad por saber qué había pasado durante mi viaje a Canadá, pero era solo una broma, el tema como científico me interesaba mucho. Desde la perspectiva de las investigaciones y la disciplina histórica había varias preguntas a las cuales trataba de responder. Un debate que sigue hasta hoy es la cuestión de si la URSS era un imperio o no. Quise concentrarme en esos últimos meses y entender este

¹⁶ Nueva York, Basic Books.

¹⁷ Aquí se refiere al intento del Golpe de Agosto (19-21 de agosto de 1991), en el que un grupo de miembros del gobierno y de la KGB de la Unión Soviética estaban contra las políticas de Mijaíl Gorbachov e intentaron tomar el control del país.

aspecto. La URSS murió de la muerte del Imperio y se derrumbó en las fronteras de los antiguos territorios conquistados, que estaban determinadas más o menos por el mapa etnográfico de finales del siglo XIX o principios del XX. A pesar de la extensa bibliografía, hay otro momento que, cuando empecé a investigar el tema, me di cuenta de que existía un *gap* en la comprensión del tiempo histórico entre el Golpe (agosto de 1991) en Moscú y la caída de la URSS en diciembre de 1991. Era exactamente el momento en que yo estuve en Canadá. Un momento que no existía en la literatura científica. Para mí fue importante saber qué pasó en ese periodo, entender si había algunas alternativas para la desintegración de la URSS. El descubrimiento del libro —creo que es mi humilde contribución a la historiografía— es que la desintegración de la URSS sí tenía alternativas. Existían otras posibilidades, por ejemplo, la confederación. Opción que, por ejemplo, el gobierno ucraniano consideraba como posible antes del Golpe y después la rechazó, en cuanto Rusia aceptó tal concepción después del Golpe. Su versión —con la guerra en Ucrania y todo el conflicto— existe hasta hoy. Rusia no rechazó el control sobre este territorio.

Hay otra cosa que descubrí. Escribí este libro antes de los acontecimientos en Ucrania (2013). La razón clave por la que la Unión no se mantuvo en ninguna forma fue el desacuerdo entre Rusia y Ucrania sobre su futuro. En el referéndum ucraniano¹⁸ la gente respondió a la pregunta: “¿Apoya el Acta de Declaración de Independencia de Ucrania?” No hubo preguntas sobre Georgia, Rusia o Moldavia, y no hubo preguntas sobre la disolución de la Unión Soviética. Cuando los ucranianos votaron, la Unión se colapsó sin otros referéndums. Mi explicación considera que la Unión no era interesante para otras repúblicas sin Rusia y sin acceso a sus recursos de petróleo y gas. Y para Rusia, la unión no era interesante sin Ucrania, porque es el segundo país más grande de la ex Unión Soviética en términos de potencial económico, humano, etc. En el fondo, estos desacuerdos entre Rusia y Ucrania —unos desacuerdos muy profundos— simplemente se pospusieron hasta 2014.¹⁹

¹⁸ Se trata del referéndum que se llevó a cabo en Ucrania el primero de diciembre de 1991, con la única pregunta: ¿Apoya el Acta de Declaración de Independencia de Ucrania? y la votación a favor de más de 90 por ciento de los participantes.

¹⁹ Hace referencia al comienzo de la guerra entre Ucrania y Rusia que empezó en 2014.

HD: Le interesa la cuestión del trabajo en los archivos. ¿Dónde realizó su investigación? ¿Cómo valora el estado de los archivos en el mundo para esta periodización?

SP: Los archivos con los que trabajé provienen de la Biblioteca George W. Bush en Estados Unidos, y la segunda parte estaba en la biblioteca de Gorbachov. También trabajé con los materiales ucranianos, pero las fuentes nuevas provenían de estas dos colecciones. ¿Qué nos dice eso? Nos dice que las bibliotecas presidenciales son relativamente autónomas del sistema de archivos convencional y no siempre, pero en mi caso sin duda, han sido las primeras en abrir muchos materiales novedosos. En aquel momento estos materiales todavía no estaban abiertos en el Departamento de Estado, pero en la colección de Bush sí se podían consultar. Otra fuente de unos materiales muy interesantes fue la colección privada de James Baker, en aquel momento secretario de Estado, la segunda persona en estas relaciones después de Bush; tuve acceso a esta colección privada. Las colecciones presidenciales o privadas abren más rápido que los archivos del sistema normal, pero en general los avances en los archivos son visibles, en Rusia están desclasificándose más materiales, en Ucrania también.

En Ucrania es importante el fenómeno del archivo de la KGB, uno de los más grandes en el mundo puesto a disposición del público. En los países bálticos también abrieron los archivos, pero contienen muy poca información. En Ucrania es distinto y muchos de mis estudiantes o colegas que investigan la historia soviética, incluyen a Ucrania como una parte integral de sus investigaciones, por la existencia de este archivo. La apertura de este archivo es un fenómeno único en el espacio postsoviético.

HD: Me gustaría saber su opinión sobre el proyecto de la revista *Ab Imperio* y el libro *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*.

SP: El proyecto de la revista *Ab Imperio* es muy interesante e importante. ¿Qué pasó con el fin de la URSS? Primero se abrieron los archivos en Moscú, donde están los materiales potencialmente más interesantes. Surgió una nueva generación de historiadores que trabajaban sobre la historia soviética, y tienen acceso a estos archivos, que las generaciones anteriores simplemente

no tenían. Estos nuevos investigadores se organizaron institucionalmente de otra forma. La revista *Kritika* apareció casi al mismo tiempo que *Ab Imperio*, que creó Ilya Gerasimov con sus colegas. Esta nueva generación de investigadores estudiaron en el extranjero, y no solo dominaban los idiomas, sino que tenían una sensibilidad cultural particular de esta región. Un ejemplo de tal investigador “híbrido” es Yuri Slezkine.²⁰ A partir de la década de 1990 ya no era una excepción.

Gracias a los proyectos *Kritika* y *Ab Imperio* se creó un espacio común sobre los océanos. Esta gente se ubicaba en Kazán, Rusia, y al mismo tiempo estaban integrados a las investigaciones estadounidenses y mundiales sobre la historia imperial o soviética. Es decir, este fenómeno de crear comunidades virtuales es sumamente importante para la transformación de la ciencia, pero también presenta limitaciones. Tanto en Rusia como en Ucrania, los principales sitios de investigación y academias de ciencias siguen sin reformarse. Estas comunidades, revistas y publicaciones sirven para nosotros como faros: marcan cierta orientación, que es muy importante.

En cuanto al proyecto, lo conozco en mi faceta de *predatory reader*, es decir cuando buscas algunos materiales que necesitas, sin interesarte tanto por el marco general. Ese fue mi papel con el libro *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte*, mientras investigaba para mi libro *Lost Kingdom: The Quest for Empire and the Making of the Russian Nation* (2017) que trata sobre el nacionalismo ruso vinculado al imperio. Mi libro empieza con el siglo xv y trabajé especialmente con ciertos capítulos del libro y encontré lo que quería: una síntesis científicamente cuidadosa que considera nuevas investigaciones. Así, mi experiencia fue práctica y muy positiva. En general, creo que existe una necesidad de encontrar nuevos marcos, hablar sobre la historia regional, transnacional, con un nuevo lenguaje. Hoy en día hay un poderoso movimiento para escribir la historia nacional, esto es algo que no estaba permitido, incluso para los rusos, pero se convirtió en una nueva ortodoxia o un nuevo marxismo. Por lo tanto, es muy importante pensar

²⁰ Yuri Slezkine, historiador, escritor y traductor. Es profesor de historia de Rusia, soviétologo y director del Instituto de Estudios Eslovos de Europa del Este y Euroasiáticos de la Universidad de California en Berkeley.

juntos sobre las regiones, el imperio y el espacio imperial, sin un paradigma antiguo imperial o soviético. De hecho, seguí las discusiones sobre la nueva historia imperial y creo que llegó el momento: tenemos que regresar a la historia nacional y repensarla también. ❧

LA MUJER SOVIÉTICA SE EMANCIPÓ MUCHO ANTES QUE LA MUJER OCCIDENTAL

Entrevista a Anna Temkina

INGRID OTS: En primer lugar, quiero preguntarle sobre los orígenes de los estudios de género a finales del periodo soviético y después, en la década de 1990. ¿Cómo comenzaron, qué problemas enfrentaron las investigaciones en esta etapa temprana?

ANNA TEMKINA: Para ser honesta, solo puedo reconstruir la era soviética tardía, porque yo misma no estaba en eso en absoluto entonces, llegué a los estudios de género a principios de la década de 1990. Por supuesto, había diferentes tradiciones soviéticas, yo diría que no formaban una sola corriente. Por un lado, existía la sociología de la familia, en la que destacaban Sergei Golod¹ y en parte Igor Kon,² este no era un campo muy popular, pero contaba con algunas publicaciones y tuvo cierto desarrollo. Por otro lado, Kon sentó las bases de la sociología de la sexualidad, ciertamente es un excelente investigador. También había estudios soviéticos realizados por sociólogos sobre la posición de la mujer en la esfera doméstica y su desempeño en el mundo profesional, con encuestas de las que se obtenían algunos resultados. Se realizaban estudios de la vida cotidiana, sobre todo en el Instituto del

¹ Sergei Golod (1935-2013), sociólogo soviético y ruso, especialista en los campos de sociología familiar, estudios de género y sexología, director del Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia (1996-2002).

² Igor Kon (1928-2011), sociólogo, psicólogo, antropólogo, filósofo y sexólogo originario de Leningrado (hoy San Petersburgo). Uno de los fundadores de la escuela sociológica y sexología modernas en Rusia, divulgador de la ciencia y educador. Autor de más de cuarenta libros y trescientos artículos, muchos de los cuales han sido traducidos a varios idiomas.

Movimiento Laboral Internacional,³ del trabajo tanto de hombres como de mujeres en el ámbito doméstico. También hubo filósofos, como Olga Voronina,⁴ quien se comprometió con el feminismo en la época soviética. En todas partes había un pequeño grupo de personas interesadas en el tema y se publicaron algunos textos en ese momento. Cuando en la década de 1990 surgió el interés por el género entre un público más amplio, las principales herramientas, por supuesto, vinieron de Occidente. Comenzaron a aparecer traducciones, creo que Betty Friedan fue traducida primero, Simone de Beauvoir mucho después. Entonces se descubrió que hay personas que pueden aprender a leer en inglés muy rápido. Comenzaron los viajes, empezaron a llegar investigadores occidentales, los investigadores rusos también iban al extranjero. Es decir, de granitos de arena por un lado, y por otro, gracias al ambiente de la *perestroika* y la *glasnost*, la democratización y la liberalización, la internacionalización, se formó una corriente que se transformó en un área independiente de estudios de género.

IO: Me gustaría también saber su opinión sobre la situación de los hombres en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). En la década de 1970 incluso existía la tendencia de convocar a “salvar y proteger” a los hombres, pues algunos sociólogos los consideraban víctimas de las políticas de Estado.

AT: Este es un fenómeno complejo. Por un lado, la sociedad soviética tenía un nivel bastante bajo de autocrítica; sin embargo, no se trataba de una sociedad totalitaria, en la periferia podían existir algunas críticas. Una línea de esta crítica se dirigió a lo que ahora llamamos roles de género. Algunas cosas de la familia y del género se podían criticar. Este fue un importante espacio para la crítica y en ese contexto surgieron las discusiones sobre el hecho de que los hombres viven menos, beben más, se preocupan menos por su salud, y todo eso constituye un problema. Más tarde llegamos a la

³ Fundado en 1966 en Moscú; después de 1991 tomó el nombre de Instituto de Ciencias Políticas Comparadas.

⁴ Olga Voronina, profesora de filosofía en el Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de Rusia. Participó en la organización del Primer (1991) y Segundo (1992) foro independiente de mujeres en Dubna, Rusia, que impulsó el desarrollo de movimientos *grassroots* de mujeres rusas.

conclusión de que podemos formularlo como el problema de la “falta de patriarcado”, es decir un hombre no cumple su rol porque no es un individuo autónomo, un ciudadano independiente y un propietario, ya que no existían condiciones para eso en la época soviética. En la Unión Soviética, esto no se declaraba abiertamente, pero se decía que algo andaba mal con los hombres. ¿Comparado con quién? Para saber que algo anda mal debe haber algún tipo de sistema de referencia. Comparado con el vaquero occidental, con los héroes soviéticos que salvaron la patria en la Segunda Guerra Mundial, con los decembristas,⁵ que sí tuvieron honor y dignidad. Sin embargo, solo pudimos hallar una explicación mucho más tarde, cuando ya teníamos herramientas teóricas, las desarrollamos y comenzamos a aplicarlas. ¿Qué podría ofrecer el Estado soviético? Podría fortalecer las políticas de salud destinadas a los hombres y enfatizar que las mujeres deben cuidar su salud. Se asignaba esa tarea a las mujeres, se suponía que el hombre no es un individuo autónomo que se cuida, sino que es tarea de la mujer, la madre, la novia, la esposa o la hija. Incluso ahora esto ha cambiado poco, ya que la brecha en los indicadores de la esperanza de vida, que hace diez años era catastrófica, hoy se ha reducido ligeramente. El estilo de vida saludable ha penetrado en la Rusia moderna también. A finales del periodo soviético, las mujeres estaban sobrecargadas con el trabajo y con la necesidad de cuidar a los miembros mayores de la familia, los hijos y el marido. Por otro lado, sus maridos estaban emocionalmente aplanados debido a las expectativas sociales que no podían cumplir. Se empezó hablar de esto a finales de la era soviética pero el panorama problemático comenzó a surgir solo en la década de 1990.

10: En comparación con la situación actual de la sociedad capitalista neoliberal, en la Unión Soviética había más instituciones que apoyaban a la familia, sobre todo a las mujeres, que *a priori* eran las responsables de la familia, como señala usted. También hubo una mayor participación pública en la vida privada, gracias a la cual las mujeres no se quedaban solas para

⁵ Los decembristas, en su mayoría oficiales del ejército imperial ruso, organizaron un levantamiento contra las políticas conservadoras del zar en la Plaza del Senado en San Petersburgo el 14 de diciembre de 1825. Fueron ejecutados o exiliados a Siberia.

enfrentar las dificultades domésticas y familiares. ¿Qué problemas tienen que solucionar las mujeres ahora?

AT: Intentaré responder según las dimensiones que menciona usted. El papel de las instituciones ha disminuido, pero no tanto. En la Rusia moderna, la educación gratuita, la medicina gratuita y los jardines de infancia gratuitos o muy baratos siguen existiendo. Pero paradójicamente, el problema de la era soviética se reproduce, multiplicado por el mercado y las nuevas exigencias de los padres. Durante la era soviética, todos estos servicios resultaban siempre insuficientes, de baja calidad y con poca calidez, pero no había alternativas. En muchos sentidos, ahora la medicina y la educación preescolar son mejores que antes, su base de recursos se ha ampliado, la formación de los docentes ha mejorado, pero si bien la calidad del apoyo social ha mejorado, las demandas de los padres han aumentado mucho más. La brecha es ahora mayor que en la época soviética. Una madre de clase media no está para nada satisfecha con un jardín de niños cualquiera, necesita uno bueno o incluso el mejor. Quiere grupos pequeños o que esté abierto de acuerdo con su horario de trabajo.

Como resultado, existe una brecha entre las expectativas y las capacidades de las instituciones. Por ejemplo, en la Unión Soviética no había ninguna duda sobre quién se haría cargo de los ancianos. La familia se encargaba de ellos y no había otra opción. Ahora, dada la tendencia global del crecimiento de la esperanza de vida, vuelve a surgir la cuestión del cuidado de las personas mayores. Es decir, antes una mujer que se jubilaba a los 55 años podía cuidar a sus padres ancianos, pero ahora muchos trabajan más allá de su edad de jubilación, y esta va en aumento. Ahora hay nueva infraestructura, los hogares de ancianos privados y, mientras, los estatales se transforman. Hay muchas enfermeras contratadas en los hogares, en la época soviética casi no había. Hoy en día es una infraestructura enorme, porque las personas mayores deben ser atendidas con dignidad. En la época soviética hacían lo mejor que podían, podían dar de comer, podían cambiar de ropa, pero ahora hay que tener camas cómodas, médicos, inyecciones, es decir los requisitos han aumentado drásticamente. La industria del cuidado ha crecido en todos los niveles: desde los más pequeños y el nivel escolar, hasta del cuidado de la propia salud, pasando por la calidad de la educación

universitaria, pero los servicios son muy caros, por lo que las clases medias combinan todos los recursos. Recurren a una combinación de redes sociales, servicios gubernamentales y relaciones de mercado. Y los que no tienen los recursos, se quedan con lo que provee el Estado.

IO: ¿Por qué han aumentado tanto las expectativas?

AT: La explicación más simple es que llegaron el capitalismo y el neoliberalismo, se produjo un fuerte aumento del individualismo, es decir la necesidad de realizarse a través de las propias capacidades, los propios recursos. En la época soviética, excepto por el grupo oculto de la *nomenklatura*, todos vivían en más o menos las mismas condiciones. Incluso estaba prohibido construir *dachas* [casas de verano] de dos pisos. Ahora somos testigos de una estratificación tremenda, y la ideología neoliberal promueve la idea de que tú o tu familia, con su esfuerzo, pueden lograr un gran éxito. Por lo tanto, debes cultivar tu individualidad de todas las formas posibles; aquí además intervienen la psicología y la psicoterapia. Las emociones se convierten en un recurso, pero lo más importante es el cultivo del propio ego. Al mismo tiempo, el Estado debe cumplir, el paternalismo no ha ido a ningún lado, pero si el Estado te da algo o no, nadie lo sabe, por eso todos deberían buscar una salida por sí mismos, deberían ser independientes. Las instituciones sociales solo pueden proporcionar un nivel de vida básico.

Esto también tiene efectos de género curiosos, por un lado, se mantiene el doble estándar, con el hombre como principal proveedor, pero muchas mujeres, sobre todo las más jóvenes, dependen de sí mismas al mismo tiempo: buscan una profesión y un trabajo que les permita mantenerse a sí mismas. En cuanto a la familia, se ha convertido en un proyecto de vida y no en el destino, como en la época soviética. Ahora el proyecto de vida es algo que se construye, por eso busco pareja, elijo el momento en que daré a luz a mis hijos, cuando ya haya recibido educación y luego voy a trabajar. El niño lo tendrá todo, la familia tendrá un auto y un lugar para vivir. En la época soviética, el gobierno te asignaba una vivienda propia después de quince o veinte años de espera después de contraer matrimonio. Ahora primero se construye la infraestructura. Otra cosa es que estas expectativas no siempre se cumplen, hay una gran brecha entre el apoyo

institucional y las expectativas individuales, pero hay una aspiración notoria al mercado, al consumo.

IO: El discurso feminista de alguna manera también contribuye a generar expectativas altas de autorrealización en la mujer, se centra mucho más en su individualización que en el papel de las instituciones.

AT: Sí, el feminismo liberal es conocido y criticado por eso, pero en Rusia, a gran escala, los cambios sociales suceden sin el feminismo, es decir sin el feminismo como ideología articulada. En términos generales, estamos viendo las consecuencias de la emancipación soviética. La mujer soviética se emancipó mucho antes que la mujer occidental, con pocas excepciones. Desde hace cien años una mujer rusa tiene derecho al voto,⁶ al divorcio, al aborto, con la excepción del periodo estalinista,⁷ trabaja, gana dinero. Se trata de una emancipación especial, en aras de un deber respecto al Estado y no de derechos individuales, porque ¿para qué era necesaria una mujer emancipada? Realizaba el programa productivo y demográfico estatal. Sin embargo, el hecho de que la mujer soviética estuviera emancipada ni siquiera se problematiza. Al mismo tiempo, hay muy poco feminismo. Esta es una combinación extraña, pero es una consecuencia de la política de género soviética.

IO: Entonces, ¿cómo pueden los que trabajan en el campo de los estudios de género comprender esta experiencia especial de las mujeres rusianas? ¿Es la tercera vía? ¿Qué es?

⁶ El derecho al voto fue concedido a las mujeres por el gobierno provisional en marzo 1917, antes de la Revolución de Octubre, en gran parte gracias a los esfuerzos de la Liga Rusa para la Igualdad de las Mujeres.

⁷ En la década de 1920 el joven Estado soviético intentó realizar la política de “desfamiliarización” con el fin de llamar a las mujeres a la esfera pública, la cual se tradujo en una serie de proyectos legislativos pioneros (entre ellos, la creación de los consejos de mujeres, la secularización del matrimonio, la simplificación del divorcio, el establecimiento de los periodos de maternidad e incapacidad pagados, la igualación jurídica de los hijos nacidos dentro de matrimonio y fuera de él, y la introducción de mecanismos de vigilancia de igual remuneración de trabajo para hombres y mujeres). Sin embargo, muchos de estos proyectos se quedaron estancados o fueron revertidos durante la época de Stalin.

AT: Esta no es la tercera vía. Rusia es parte del mundo global y en el mundo global ya hay pocas vías especiales. La experiencia de la emancipación soviética y la Guerra Fría influyeron en las mujeres de Occidente, aunque esto no es tan obvio y no se habla mucho de ello. A su vez, los movimientos feministas determinaron el discurso político de la década de 1990. Lo que más distingue a Rusia es la participación estatal en todos los procesos sociales, y esto transforma todas las instituciones de manera muy palpable. Las instituciones serán diferentes dependiendo de quién las regule: el Estado, el mercado, las organizaciones de la sociedad civil (OSC), la política democrática y algo más. Hace poco escuché el discurso del presidente y mencionaba constantemente a Occidente. Cuando se trata de la autosuficiencia de Rusia, hablamos de Occidente, de la posición de Rusia en el mundo global. Este es un contexto poscolonial que no se puede ignorar. Es decir, incluso si Rusia quisiera, no hay una tercera vía. El discurso de la espiritualidad singular nacional tan popular en Rusia⁸ ha sido utilizado por los conservadores estadounidenses, al igual que europeos y brasileños. Sin embargo, una cosa es cuando existe un movimiento en Francia que está en contra del matrimonio entre personas del mismo sexo y otra cuando el Estado en Rusia promueve oficialmente tal política. El Estado tiene otros recursos. Los políticos rusianos proclaman que tenemos un camino euroasiático especial, somos especiales y, además, tenemos la misión de salvar al mundo entero del Oeste Salvaje. Sin embargo, esto también es un intento de tener un lugar en el mundo global, que está en constante movimiento.

IO: Al hablar sobre el resurgimiento de las políticas conservadoras, Rusia se caracteriza por una sociedad civil débil y fragmentada, ¿diría usted que la *intelligentsia* tiene un papel más significativo? ¿Tiene la intelectualidad la capacidad de comunicarse de forma diferente con el Estado, de construir otro tipo de relaciones? ¿Cómo lo ha vivido usted?

AT: Prácticamente no tengo interacciones con el Estado. No quiero desperdiciar mi energía en eso. Hemos hecho algunos intentos. En San Petersburgo

⁸ El Estado y la Iglesia Ortodoxa, a partir de 2000, han promovido los valores conservadores y religiosos, lo que permite hablar de la ideología del “nuevo tradicionalismo” de Putin.

existió la Comisión de Igualdad de Género, hasta que la abolieron hace unos años. Teníamos metas muy similares, nos invitaban a sus eventos, compartíamos conocimientos, porque era el segmento estatal con el que teníamos algo en común. Cuando estas iniciativas se colapsaron, ya no fuimos solicitadas. Tenemos estudios que, en mi opinión, pueden ser valiosos para el desarrollo de programas gubernamentales, los publicamos en los medios, cualquiera puede contactarnos para aclaraciones. Pero nadie nos ha contactado.

IO: Esto es un gran contraste con México, donde la política de género está incorporada en todos los niveles, incluido el legislativo. Al mismo tiempo, no se puede decir que aquí la situación con la igualdad de género sea mejor, además hay muchos problemas específicos de esta región, como la violencia y los problemas de seguridad, que afectan a todos de forma diferente. En otras palabras, la existencia de un marco legislativo no asegura la implementación de los principios inherentes a este.

AT: No considero que la colaboración con el Estado sea vergonzosa o sin sentido, si conociera a una persona que está dispuesta a gastar su energía en eso, la apoyaría. Me concentro donde veo resultados, tenemos muchas solicitudes de comunidades profesionales, de médicos, de psicólogos, de trabajadores sociales, de enfermeras. Siempre vamos a este tipo de eventos, es decir mi función cívica se realiza a través de la comunicación con diferentes públicos. Nunca he visto una solicitud de funcionarios estatales. Si los funcionarios municipales pidieran que les dieran una charla sobre qué es la investigación de género, todos correríamos ahí, aunque esta actividad siempre es gratuita o casi. El giro conservador afecta a la élite en primer lugar, ahora no necesita este conocimiento. Hay individuos que hacen algo, pero hoy es mejor no hablar en voz alta sobre tales cosas si quieres que algo funcione.

IO: También quería preguntar sobre las publicaciones que se enfocan en cuestiones de género. Hasta donde yo sé, solo en Ucrania⁹ existe una revista especializada en género, se publica en Járkiv. ¿Tal vez me equivoque?

⁹ Se trata de *Gendernyye Issledovania* [Estudios de Género], una revista científica ucraniana que se publica desde 1998.

AT: No, no se equivoca, de hecho, tuvieron una pausa en las publicaciones y ahora están de regreso. En realidad, hay bastantes publicaciones y su número crece. Aquellas revistas que quieren parecer más profesionales, publican sobre género. Hay revistas que escriben mucho acerca de este tema, como *Laboratorium*¹⁰ o *Revista de Estudios de Políticas Sociales*, y las revistas antropológicas. Es un área legítima de investigación, estoy constantemente inundada de solicitudes de dictamen para los artículos. A los jóvenes les gusta especialmente este tema, la cantidad de investigación aumenta sin cesar, la calidad también mejora. Tal vez no exista una especialización tan fina como en Occidente, no tenemos una revista dedicada a los estudios *queer* o a las mujeres en la historia temprana, tal vez no haya tal diversidad, pero tampoco hay escasez.

IO: ¿Y qué pasa con los programas de género? ¿El panorama es igual de diverso?

AT: No, la situación es muy diferente. Nuestro programa ha sido el único hasta ahora, así como el único Centro de Estudios de Género. Sin embargo, hay cursos, hay profesores individuales sensibles al género. Por ejemplo, el Centro de Investigación Juvenil de la Escuela Superior de Economía tiene profesores que conocen muy bien los debates de género, muchos de ellos han estudiado con nosotros. Los temas de género a menudo se superponen en el nivel de interseccionalidad con la edad, la etnia y la discapacidad; en este sentido, la influencia feminista es cada vez más tangible. La investigación de la vida cotidiana, la sociología del micronivel está tomando cada vez más auge y allí se encuentra la influencia de la metodología y epistemología feministas.

IO: ¿Entonces, el interés por el género surge desde abajo? El Estado no está involucrado en esto, el programa es uno para toda Rusia. ¿Existe algún tipo de diálogo con la comunidad científica occidental?

AT: Hay un diálogo, pero me parece que es hora de que alcance un nuevo nivel. Yo diría que los jóvenes tienen el mayor interés. Los jóvenes leen

¹⁰ Revista rusa de ciencias sociales producida por un grupo internacional de académicos.

mucho, saben mucho, leen en inglés, traducen. Hay una infinidad de grupos en internet que discuten textos o congresos, y están muy integrados en redes internacionales. En los últimos dos años han comenzado a llegar estudiantes que tienen el mismo conocimiento de teoría de género con el que nos graduamos hace veinte años. De todos modos, tienen algo que aprender, hay un mayor desarrollo, han pasado muchas cosas en veinte años. No tengo una explicación para esto. Son personas que o bien aprendieron en algunos grupos, en comunidades, o aprendieron de nuestros graduados, en algunas escuelas de verano, o estudiaron en algún lugar en Occidente. Es decir, el nivel de conocimiento de un determinado segmento de jóvenes se ha vuelto mucho más alto y avanzado.

IO: ¿Significa esto que en el futuro veremos investigaciones originales que interpretarán la terminología occidental, la metodología occidental a su manera y ofrecerá algo propio?

AT: Sí y no. Me parece que algún día la cantidad se convertirá en una nueva cualidad, donde no se interpreta lo occidental, pero se toman en cuenta las diferencias. Donde se desarrollan teorías y se tienen las herramientas para comprender experiencias tanto occidentales como no occidentales. En cierto sentido, son emergentes en el poscolonialismo, pero en el poscolonialismo todavía no hay mucho postsoviético. Tal vez los postsoviéticos cierran este círculo. Ya está claro que las teorías occidentales no son adecuadas para el mundo no occidental. La próxima generación traerá una nueva comprensión del contexto soviético y postsoviético, y eso realmente puede formar una nueva cualidad. Por supuesto, hasta ahora nos quedamos con especulaciones, pero el terreno se prepara para una sacudida teórica.

IO: Hablamos sobre la comprensión del Occidente por parte del mundo no occidental. ¿Resulta que ahora, por fin, Rusia también se está integrando en esta discusión de la que estuvo separada durante mucho tiempo?

AT: Este es un proceso complejo, una capa de la sociedad se está integrando, la otra construye barreras y obstáculos: un paso adelante, dos pasos atrás. Internet está barriendo con todas las fronteras y la pandemia construye otras

nuevas. Por supuesto, hay un proceso de integración, pero eso no significa que el mundo entero se haya convertido en una comunidad global, hay una lucha por el poder, por la superioridad, una especie de pseudo Guerra Fría sobre la competencia y los intentos de autosuficiencia. Aún no está claro qué sucede. Por supuesto, hay tendencias hacia la integración, pero creo que es mucho más lo que está pasando.

IO: Estoy de acuerdo. Me viene a la mente la política rusa moderna hacia las minorías sexuales. A veces parece que ni siquiera se trata de ellos, sino de la necesidad de que las autoridades rusas se posicionen en relación con Occidente, para manifestar su oposición a él.

AT: Sí, eso no es integración en absoluto, sino todo lo contrario.

IO: ¿Qué temas cree que serán los más relevantes en el futuro? ¿Cuáles son las principales tendencias que observa usted?

AT: Este también es un proceso interesante. Hay muchos temas que se “toman prestados” de Occidente, por ejemplo, el tema del acoso y la violencia visibilizado por #metoo, estos son temas que se discuten no solo en la academia, sino también en prácticas. Se habla en nivel de los medios de comunicación, en nivel de códigos, de nueva ética, aprendimos este vocabulario muy rápido. Esta es una agenda progresista, que es global y que, a su vez, deja una fuerte huella en la agenda rusa. Sin embargo, pienso todo el tiempo que la experiencia histórica específica rusa se escapa muy a menudo, no hay suficiente énfasis en ella, porque no hay suficientes herramientas para su comprensión. La mujer emancipada soviética y postsoviética es especial, el hombre soviético y postsoviético privado del poder es especial. No se trata de una característica existencial, se trata de una especificidad de las estructuras sociales, se trata de un lugar diferente del Estado. Entender estas características es cuestión de tiempo. Por supuesto, hay una agenda global, pero al mismo tiempo necesitamos una mayor comprensión de los contextos locales. ❧

EL ORIENTE NO TRADICIONAL*

Alexander Etkind

EN EL CAMINO HACIA EL PERFECCIONISMO

En 1835 [...] Lord Macaulay pronunció un discurso publicado con el título “Notas sobre la educación en la India”. Como miembro del Consejo Supremo del virrey británico de la India, Macaulay argumentó que únicamente la enseñanza del inglés a la élite india podría crear “traductores entre nosotros y los millones que gobernamos”. Eligió Rusia como modelo en este caso:

Una nación que solía ser tan bárbara como lo eran nuestros antepasados antes de las Cruzadas ha emergido de la ignorancia durante los últimos ciento veinte años [...] Estoy hablando de Rusia. Este país ha creado una vasta clase de personas educadas que son dignas de ocupar los puestos más altos [...] Hay razones para esperar que este gran imperio, que en la época de nuestros abuelos probablemente se quedaba atrás de Punjab, con nuestros nietos se pondrá al día con Francia y Gran Bretaña en el camino de la mejora.¹

Para Macaulay, la metrópoli y la colonia son escalones en la escalera de la historia mundial. Rusia terminó en el siglo XVIII donde estaba Inglaterra en el siglo X y donde pronto llegaría Punjab. En Inglaterra, cada etapa posterior de “mejora” reemplazaba suave y gradualmente a la anterior; en el espacio del Imperio Británico, sin embargo, coexistieron y chocaron diferentes etapas de progreso. La tarea del imperio era poner en orden este caos —razas, castas,

* Tomado del libro de Alexander Etkind, *Colonización interna. La experiencia imperial de Rusia*, Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 2013, pp. 27-34, 38-44. Traducción de Ingrid Ots.

¹ T. Macaulay, “Minutes on Education in India”, recogido por H. Woodrow, 1862, pp. 109-110.

nacionalidades, estamentos: crear categorías, gestionar jerarquías, regular distancias, educar élités—. Después de Pedro el Grande, escribió Macaulay, “las lenguas de Europa occidental civilizaron Rusia. No hay duda de que le harán al hindú lo que le hicieron al tártaro”.

Durante el alto periodo imperial, que comenzó con la victoria de Rusia en las Guerras Napoleónicas (1814) y terminó con su derrota en la Guerra de Crimea (1856), la clase educada en Rusia hablaba y escribía tanto en francés como en ruso. Algunos de los nobles también heredaron el alemán mientras que la crema y nata de la sociedad hablaba inglés. Obras famosas de la literatura rusa reflejaban este plurilingüismo y, a menudo, seguían patrones franceses.² En *Eugene Onegin* (1832), Tatiana, aunque es “rusa de alma”, escribe en francés una carta a su elegido, un noble ruso. Como otras damas de la alta sociedad, explicaba Pushkin, ella tenía menos dominio del ruso que del francés. Para la élite noble, el francés era el idioma de las mujeres y la vida familiar, y el ruso el de los hombres, el servicio militar y la economía local, donde el trabajo lo realizaban soldados y siervos, con quienes era necesario establecer una comunicación. En la novela *Guerra y paz* de Tolstoi (1869), que se desarrolla durante las Guerras Napoleónicas, los oficiales y funcionarios hablan en francés con sus esposas e hijas, en ruso con sus subordinados y una mezcla de los dos idiomas con sus iguales. A diferencia de Pushkin, que decidió “traducir” la carta de Tatiana al idioma de la poesía rusa, Tolstoi en su novela dejó sin traducción los largos diálogos en francés de los personajes, esperando que fueran comprensibles para el lector. Pero la sociedad estaba cambiando rápidamente y, en la siguiente edición, Tolstoi tuvo que traducir estos fragmentos al ruso.

Después de leer *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, un ex oficial de la Guardia Imperial, Pyotr Chaadaev, en 1836 se preguntaba: ¿tiene también un propósito Rusia? Su respuesta fue demoledora: “En nuestras casas, parece que nos asignan alojamiento; en la familia nos vemos como extraños; en las ciudades parecemos nómadas. Somos peores que los nómadas que pastan en manadas en nuestras estepas, porque están más apegados a sus desiertos que nosotros a nuestras ciudades”. En una época en

² P. Meyer, *How the Russians read the French: Lermontov, Dostoevsky, Tolstoy*, Madison, University of Wisconsin Press, 2009.

la que el imperio era más próspero y vasto que nunca, su élite se sentía como invasora en sus propios hogares, nómadas en la ciudad, extraños en la vida. “Nuestros recuerdos no van más allá de ayer; somos, por así decirlo, extraños a nosotros mismos. Marchamos de manera tan asombrosa en el tiempo que, a medida que avanzamos, lo que hemos experimentado desaparece para nosotros de forma irrevocable. Esta es una consecuencia natural de una cultura prestada e imitativa”, escribió Chaadaev en francés en su *Carta filosófica* dirigida a una dama rusa. Para ilustrar su pensamiento, Chaadaev comparó a los rusos con los “pueblos de América del Norte”, entre los cuales hay “gente de asombrosa profundidad”; mientras los rusos no tienen sus propios “sabios” y “pensadores”.³ Los sentimientos de ser ajeno al propio país y del tiempo detenido, así como la crítica de una cultura imitativa eran componentes subjetivos del orientalismo interno.⁴

El escándalo comenzó cuando se publicó la *Carta filosófica* traducida al ruso. Al denunciar a Chaadaev, el ex funcionario siberiano escribió, no sin razón, que “nos niega todo, nos pone por debajo de los salvajes de América”.⁵ Despertado por Chaadaev, un grupo de intelectuales convirtió su crítica de la cultura imperial “prestada e imitada”, en un llamado al despertar nacional. Tomaron el nombre que les dieron sus oponentes: “eslavófilos” y reinventaron el lenguaje global de la protesta antiimperial, cuyas raíces se remontan a la Ilustración Francesa, la Revolución Americana, la crítica a la política británica en India de Edmund Burke, la ocupación napoleónica de tierras alemanas y, por último, los levantamientos polacos contra el Imperio Rusiano.

En 1836, Gogol escribió: “Es difícil captar la expresión general de Petersburgo. Hay algo así como una colonia europeo-estadounidense: hay tan poca nacionalidad indígena y tanta mezcla extranjera que aún no se ha fusionado en una masa densa”.⁶ Como muchos intelectuales rusianos de esa época, Gogol estaba muy interesado en Estados Unidos. Incluso consideró emigrar a ese país, y para él la comparación de la capital imperial con América no

³ P. Chaadaev, *Sochineniya i pisma*, M. Gershenson (ed.), Moscú, 1914, pp. 110, 116.

⁴ N. Condee, *The Imperial Trace: Recent Russian Cinema*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 27.

⁵ P. Vigel, *Pismo* [1836], A. Ermichev y A. Zlatopolskaya (eds.), San Petersburgo, Pro et Contra, 1998, p. 78.

⁶ N. Gogol, *Sobranie sochinenij. Tom sedmoy*, Moscú, Judozhestennaya literatura, 1984, pp. 6-162.

sonaba tan mal. Los pensadores conservadores de la década de 1840 solían utilizar el lenguaje colonial para criticar su propia cultura. El ex oficial de la guardia Alexei Khomyakov escribió en 1845 que la Ilustración en Rusia había adquirido un “carácter colonial”. En 1847, describió a la sociedad rusa educada como “una colonia de eclécticos europeos arrojados a la tierra de los salvajes”. La Rusia ilustrada, según Khomyakov, “como cualquier colonia europea en todas partes del mundo [asumió] un carácter agresivo, por supuesto con las más benéficas intenciones, pero sin la capacidad de cumplirlas [...] y sin esa superioridad de espíritu que, al menos a menudo, sirve como excusa para la conquista”. Describió estas “relaciones coloniales” como una “enemistad medio oculta” entre estamentos, donde por un lado había una sospecha “demasiado justificada” del pueblo frente a la élite y, por el otro, un “desprecio injustificado” de la élite para el pueblo. Con base en este análisis, Khomyakov hizo un diagnóstico: la sociedad rusa sufre de “división”, “imitación”, “falso conocimiento a medias” y “muerte mental”. Al igual que su autor favorito, Gogol, a Khomyakov le gustó la metáfora de la “bifurcación” y la utilizó con la misma frecuencia. La bifurcación fue causada por las reformas de Pedro, y después de estas aumentó aún más. La bifurcación es un resultado inevitable de cambios sociales demasiado abruptos y rápidos. La bifurcación ha separado la vida del pueblo de la vida de las clases altas. “Donde la sociedad se ha bifurcado [...] los motivos espirituales pierden su significado y su lugar, como dije, se toman por un formalismo muerto y amortiguador”.⁷

Mucho antes de eso, en 1832, Khomyakov escribió una tragedia sobre el legendario Yermak, un cosaco que conquistó Siberia para la corona rusa. Khomyakov no convierte en héroe a Yermak: lo representa como un criminal arrepentido a quien su padre maldijo, encarcelado por el zar y traicionado por sus compañeros cosacos. El chamán le ofrece la corona de Siberia, pero Yermak decide suicidarse. Si el héroe de tal tragedia fuera Colón o Cortés, sería percibido como una temprana y poderosa obra antiimperial. *Yermak* no tuvo éxito ni entre los críticos ni entre los historiadores, y Khomyakov pasó muchos años dedicado a un enorme trabajo académico sobre un tema

⁷ A. Khomyakov, *O starom i o novom. Statiji i zametki*, Moscú, Sovremennik, 1988, pp. 100, 43, 152, 96, 139.

similar: migraciones y reasentamientos a lo largo de toda la historia y entre todos los pueblos. En este trabajo, Khomyakov discutió con detalle el destino de los pueblos colonizados: celtas, hindúes, hotentotes. Anglófono y anglófilo, una de las personas más talentosas de su tiempo —ingeniero, artista, historiador y teólogo—, Khomyakov era un devoto cristiano ortodoxo, como el resto de los eslavófilos, pero de una forma creativa.⁸ Durante muchos años mantuvo correspondencia con un sacerdote de Oxford sobre la unificación de las iglesias ortodoxa y anglicana; además, creía que tal unión era posible incluso con los calvinistas.⁹ Ya sea que escribiera sobre Rusia o sobre el mundo, Khomyakov pensaba constantemente en el imperio, la colonia, la migración y, desde luego, la bifurcación.

Mientras que la administración británica introducía el estudio del inglés en las escuelas indias, el colega ruso de Macaulay, el ministro de Educación Sergei Uvarov, decidió que la europeización de Rusia había ido demasiado lejos. En un informe sobre diez años de actividad en el ministerio, Uvarov dijo que su deseo de “curar a la nueva generación de una adicción ciega y temeraria a lo superficial y lo extranjero”¹⁰ había sido un éxito. Es de destacar que Uvarov inicialmente escribió sus proyectos para la “educación nacional” en francés, pero después cambió a la lengua rusa.¹¹ Orientalista aficionado y administrador talentoso, Uvarov siguió la idea de “nacionalidad” popular en Europa después de las Guerras Napoleónicas, y la tradujo creativamente como *narodnost* [comunidad del pueblo].

Han pasado muchos años desde que Uvarov y Macaulay planeaban nuevos sistemas educativos para sus imperios. En India y Rusia, el nacionalismo ha adoptado dos formas que competían: la rebelde y antiimperial, por un lado, y la oficial, por el otro. Así como Pedro I fue un ejemplo para Macaulay, León Tolstoi fue un ejemplo para Gandhi. Rusia era una potencia europea junto con Gran Bretaña y Francia y, al mismo tiempo, un territorio donde la civilización venía de Occidente, como llegaba a la India o a África. Por ese motivo Macaulay comparó a Rusia no con el Imperio Británico, sino con

⁸ L. Engelstein, *Castration and the Heavenly Kingdom. A Russian Folktale*, Ithaca, Cornell University Press, 1999.

⁹ A. Khomyakov, *Zapiski o vsemirnoj istorii*, Moscú, 1871, p. 105.

¹⁰ S. Uvarov, *Doklad k desiatiletiiu Ministerstva narodnogo prosvescheniya*, Moscú, 1864.

¹¹ A. Zorin, *Ideologia “pravoslavie-samoderzhavie-narodnost: opyt rekonstrutsii”*, Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 1997.

su colonia: la India. El imperio enseñaba con éxito el francés no a los polacos ni a los aleutianos sino a los propios rusos, situación que Macaulay intentó repetir y Uvarov, detener. Este éxito no duró mucho, pero fue importante para todos los aspectos de la política y la cultura imperial. Dividió a los intelectuales entre aquellos que lloraban la identidad primordial perdida y quienes daban la bienvenida al comienzo creativo de la hibridación cultural.

“¿Qué es la enseñanza sino imitación?”, proclamó el historiador Sergei Soloviev, cuyo hijo, Vladimir, se convirtió en el filósofo ruso más original.¹² Muchos, incluso aquellos que difícilmente estarían de acuerdo entre sí en otros motivos, llegaban a la conclusión paradójica de que Rusia era un imperio y una colonia al mismo tiempo. Fyodor Dostoievski, un seguidor tardío de los eslavófilos, escribió en 1860 que no hay otro país tan incomprendido como Rusia. Incluso la Luna ha sido mejor estudiada, argumentó con competencia: acababa de regresar de un penal en Siberia. El pueblo ruso era para él un misterio, extraño, omnisciente y radicalmente diferente, y Dostoievski instó a acercarse a él con la misma inquietud con la que Edipo se acercó a la Esfinge.¹³ El filósofo y funcionario del gobierno Konstantin Kavelin utilizó la retórica colonial para justificar la lentitud de las reformas en 1866, que, con su participación, adquirieron fuerza de ley: “Imagínese un colono que, en el desierto [...] comienza una granja por primera vez [...] No importa qué tan bien lo haga, no importa cuántas comodidades cree para su vida diaria, todos sus éxitos no resistirán la comparación con la situación de los residentes urbanos e incluso suburbanos [...] Somos precisamente esos colonos”.¹⁴

EL EFECTO BUMERÁN

En la década de 1920, el marxista italiano Antonio Gramsci llamó, a la relación entre las dos partes de su país, el sur y el norte, explotación colonial. Comprendió la complejidad de esta colonización intranacional, incluso intraétnica, mejor que sus predecesores. Gramsci caracterizó su vector cultural en términos de hegemonía; este difería del vector político que se distinguía

¹² S. Soloviev, “Shletser i antiistoricheskoe napravlenie”, en *Russkij vestnik*, vol. 8, núm. 4, 1856, p. 501.

¹³ F. Dostoievski, *Polnoe sobranie sochinenij*: 30, Leningrado, Nauka, 1972-1990.

¹⁴ K. Kavelin, *Mysli i zametki o russkoj istorii*, Moscú, Pravda, 1989, p. 182.

por la dominación y del vector económico que se basaba en la explotación. Los tres vectores debían considerarse por separado, ya que seguían direcciones diferentes y, a veces, incluso direcciones opuestas. Desde el punto de vista económico, las regiones del sur de Italia se convirtieron en las “colonias explotadas” del norte, pero al mismo tiempo la cultura del sur influyó mucho e incluso dirigió la cultura del norte.¹⁵ En muchas situaciones de colonización externa, estos elementos de poder están vinculados entre sí, pero gracias a la estructura especial del colonialismo italiano, dirigido hacia adentro, Gramsci pudo separarlos entre sí. Al revisar la doctrina marxista de cómo la base económica define la superestructura, Gramsci creó los conceptos de hegemonía y dominación que demostraron ser importantes para los estudios culturales y poscoloniales. Creados en Italia, han sido aplicados en la India y en todo el mundo.¹⁶

Al teorizar la relación entre el poder —que en su concepción está cerca de la hegemonía— y la violencia —dominación—, Hannah Arendt describió el efecto bumerán que se observa cuando el gobierno imperial transfiere las prácticas de gestión desarrolladas en las colonias a la metrópoli. Eventualmente, la violencia utilizada contra la “raza subordinada” se volvería hacia los propios británicos, quienes se convertirían en la “última raza subordinada”, predijo Arendt. Sin embargo, también vio que algunos de los más altos funcionarios del imperio —por ejemplo, Lord Cromer— comprendieron el peligro de este bumerán, de modo que de hecho este “efecto espantoso” frenó sus acciones en India y África.¹⁷ Con sus raíces coloniales, la metáfora del bumerán transmite el viejo temor kantiano de que los pueblos europeos sean gobernados como si, al igual que los salvajes, fueran incapaces de gobernarse a sí mismos. Los antropólogos han enfatizado repetidamente el papel de las colonias como un “laboratorio de la modernidad”, donde se puso a prueba la última tecnología del poder;¹⁸ sin embargo, cuando las metrópolis introdujeron los métodos del dominio colonial en casa, cambiaron apropiadamente su función.

¹⁵ A. Gramsci, *The Modern Prince and Other Writings*, Londres, Lawrence, 1957, pp. 28, 48.

¹⁶ R. Guha, *Dominance without Hegemony. History and Power in Colonial India*, Cambridge, Harvard University Press, 1997.

¹⁷ H. Arendt, *On Violence*, Orlando, Harcourt, 1970, p. 54.

¹⁸ A. Stoler, *Race and Education of Sexuality*, Durham, Duke University Press, 1995, p. 17.

La idea de un bumerán se convirtió en clave para el trabajo principal de Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*,¹⁹ en el que los regímenes soviético y nazi se estudian junto con las colonias europeas en África y Asia, como su transformación posterior y espeluznante. A pesar de la continua popularidad de las ideas teóricas de Arendt, solo los primeros y más recientes investigadores han abordado esta parte de su legado.²⁰ Con una excepción importante,²¹ su atención suele dirigirse a la parte alemana de *Los orígenes...*, mientras que la parte rusa-soviética permanece en las sombras. De hecho, el análisis del paneslavismo ruso como etapa en el desarrollo del racismo y el totalitarismo fue un fracaso de Arendt.

El concepto de paneslavismo era un callejón sin salida; no condujo a la revolución en Rusia. La idea de Arendt del efecto bumerán fue brillante, pero para aplicarla a Rusia es necesario entender el imperialismo ruso no solo como un proceso externo, sino también interno. La larga tradición de violencia y coerción que el Imperio Rusiano aplicó a sus propios campesinos ayuda a explicar la revolución y el totalitarismo como un bumerán desde las haciendas de siervos recién dismanteladas hasta los centros de las ciudades y el Estado mismo. Luego, el Estado revolucionario absorbió la larga experiencia del imperio y adoptó sus prácticas para tratar a los súbditos, rusos y no rusos, volviéndolos contra su propia élite y, en última instancia, contra sí mismo. A diferencia del bumerán alemán, que, como mostró Arendt, regresó a través de los océanos a tierras alemanas desde las colonias de ultramar, el bumerán ruso se extendió por el interior del imperio. Con esta perspectiva, el totalitarismo soviético se convierte en una manifestación lógica, pero compleja y peculiar, del efecto bumerán.

Respecto a la transferencia de ideas raciales de las colonias a Europa durante las revoluciones inglesa y francesa, Michel Foucault concluyó:

¹⁹ H. Arendt, *Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, 1966.

²⁰ Véanse W. Pietz, "The 'Post-Colonialism' of the Cold War Discourse", *Social Text*, núm. 19-20, 1988, pp. 55-75; M. Rothberg, *Multidirectional Memory*, Stanford, Stanford University Press, 2009, y K. Mantena "Genealogies of Catastrophe: Arendt on the Logic and Legacy of Imperialism", en S. Benhabib (ed.), *Politics in Dark Times. Encounters with Hannah Arendt*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

²¹ S. Boym, *Another Freedom. An Alternative History of an Idea*, Chicago, University of Chicago Press, 2010.

No hay que olvidar que la colonización [...] trasladó los modelos europeos a otros continentes, pero también tuvo un efecto contrario, un efecto bumerán, sobre los mecanismos de poder en Occidente. Hubo toda una serie de modelos coloniales que fueron trasladados a Occidente y llevaron a que Occidente pudiera practicar en relación consigo mismo una especie de colonización, una colonización interna.²²

Esta es una combinación interesante de términos: el “efecto bumerán”, que Foucault probablemente tomó prestado de Arendt, y el “colonialismo interno” que él define. Cien años antes que Foucault, el funcionario provincial y escritor satírico Mikhail Saltykov-Shchedrin publicó una serie de ensayos *El señor de Tashkent*, en los que revelaba los mismos procesos —colonialismo interno y efecto bumerán— en la realidad rusa de su tiempo. Tashkent, ahora la capital de Uzbekistán, se convirtió en el centro de una enorme colonia de Asia Central después de su captura por las tropas rusas en 1865.²³ Shchedrin eligió este gran éxito del imperialismo ruso para mostrar su efecto retroactivo en la política y las costumbres al interior de Rusia. Al regresar de Tashkent, el Cáucaso y otros lugares “conquistados”, los oficiales y funcionarios del imperio llevaron sus nuevas habilidades de violencia a casa, a las capitales y provincias. Los señores de Tashkent se llamaban a sí mismos “civilizadores”, escribe Shchedrin; de hecho, son “una pesadilla andante que se cuela en todos los rincones de la vida”. Un ciudadano típico de Tashkent “civilizó” a Polonia incluso antes de llegar a Tashkent, pero fue en el Tashkent asiático donde aprendió a “civilizar” a la propia Rusia. Esta idea está ilustrada por historias sobre cómo los señores de Tashkent golpean y sobornan a los señores de San Petersburgo, asumiendo que esta es precisamente su misión civilizatoria. Si te encuentras en una ciudad donde no hay escuelas, pero hay una prisión, “puedes decir sin error que estás en el mismo corazón de Tashkent”, escribió. Al trazar el arco del bumerán imperial en su camino de regreso de la colonia a la metrópoli, Saltykov-Shchedrin define el Oriente Interior, en su idioma, “Tashkent”, como una combinación de violencia e ignorancia arraigada en las relaciones entre los centros y las colonias rusas.²⁴

²² M. Foucault. *Nuzhno zaschischat obschestvo. Kurs lektsij, pročitannyj v Koledzh de France v 1975-1976*, San Petersburgo, Nauka, 2005, p. 103.

²³ J. Sanadeo, *Russian Colonial Society in Tashkent*, Bloomington, Indiana University Press, 2007.

²⁴ M. Saltykov-Shchedrin, *Polnoe sobranie sochinenij*, Moscú, 1936, p. 280.

Dos grandes conflictos, contradictorios pero liberadores, dominaron el mundo a finales del siglo XX y principios del XXI: la descolonización del Tercer Mundo y la desovietización del Segundo; históricamente, ambos conflictos están interrelacionados, pero su historiografía es diferente.²⁵ Desde la Ilustración, la historia académica ha tenido su propio efecto bumerán: conocer los procesos de colonización y descolonización en Oriente facilitó la comprensión de lo que sucedía en Occidente. La revolución historiográfica que se ha producido en las últimas décadas ha girado en torno al papel que desempeñaron el Estado y sus mecanismos inherentes de violencia externa e interna en la formación del mundo moderno.²⁶ El sociólogo Michael Mann ha demostrado que, en el curso de la historia moderna, las democracias han matado a más poblaciones locales en sus colonias que los imperios autoritarios. El surgimiento de las democracias liberales en las metrópolis y más tarde en las colonias a menudo estuvo seguido de una limpieza étnica, que tomó la forma de coerción institucional y, a veces, asesinatos en masa. Mientras los imperios mantuvieran “redes de poder socioespaciales” complejas y pluralistas, evitaban el derramamiento masivo de sangre. El nacionalismo en las colonias y metrópolis, asociado con la industrialización, el desarrollo de la educación universal y el consumo masivo, así como la preocupación del Estado por el crecimiento económico, estimulan una nueva visión “orgánica” de la sociedad como una entidad cultural homogénea. Los imperios se desintegran en Estados nacionales y este proceso va acompañado de una violencia masiva. Las nuevas naciones buscan reducir su complejidad intrínseca a través de la participación democrática, la politización de la cultura, la unificación de la educación, al mover fronteras, desplazar poblaciones y por último al avanzar hacia la limpieza étnica. Para Mann,²⁷ este es el “lado oscuro de la democracia” o, para usar otra metáfora, el moderno “corazón de las tinieblas”.

En Rusia, el nacionalismo orgánico comenzó durante la era de las Guerras Napoleónicas, maduró durante dos siglos, aunque el superimperio soviético

²⁵ D. Moore, “Is the Post- in Postcolonial the Post- in Post-Soviet?”, en *PMLA*, vol. 116, núm. 1, 2001, pp. 111-128.

²⁶ Véanse C. Tilly, *Coercion, Capital and European States*, Malden, Blackwell, 1990; D. Bartlett, *The Making of Europe. Conquest, Colonization, and Cultural Change*, Londres, Penguin, 1993, y M. Mann, *The Sources of Social Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

²⁷ M. Mann, *The Dark Side of Democracy. Explaining the Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

logró congelar su desarrollo. El colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en 1991 significó la descolonización de quince naciones, incluida Rusia. En ese momento se evitó, o al menos se pospuso, la violencia masiva. La debilidad de la democracia rusa y la naturaleza relativamente incruenta de la caída del régimen soviético se explican por el hecho de que el nacionalismo en Rusia nunca ha madurado completamente.²⁸ Hay otras explicaciones para estos fenómenos, cuya verosimilitud cambia con los nuevos giros de la política rusa —así como ucraniana, georgiana, etc.—. A pesar de su importancia para el mundo moderno, estos procesos no se comprenden bien. En uno de los raros intentos por analizar la transformación postsoviética en una vena poscolonial, David Chioni Moore describió una situación de “doble silencio”: los expertos en teorías poscoloniales guardan silencio sobre el espacio postsoviético, mientras que soviólogos y eslavistas guardan silencio sobre la teoría poscolonial. Moore ofreció dos explicaciones para este efecto dual. Para muchos investigadores poscoloniales con simpatías marxistas, el socialismo parece ser la mejor alternativa al capitalismo global, y no quieren cambiar el filo de su crítica de uno a otro. Los científicos de los antiguos países socialistas, por el contrario, cultivan una nueva identidad europea y no quieren comparar su experiencia con la de sus colegas de Asia o África.²⁹ La brecha entre poscolonial y post-socialista ha llevado a la despolitización de la investigación poscolonial, de la que se quejan sus entusiastas, y a la provincialización de la investigación postsoviética, de la que se quejan los investigadores de Rusia. Las razones y consecuencias de esta brecha son tanto académicas como políticas. Según Nancy Condee, “el silencio de los intelectuales de izquierda sobre lo que estaba sucediendo en el Segundo Mundo y el anticomunismo de los intelectuales de derecha eran dos procesos interrelacionados, mutuamente reforzados por las exclusiones”.³⁰ Estas exclusiones ya no tienen justificación; deben ignorarse o, si es necesario, romperse. ❧

²⁸ G. Hosking, *Russia. People and Empire*, Londres, Fontana Press, 1997.

²⁹ D. Moore, *op. cit.*, pp. 115-117.

³⁰ N. Condee, “From Emigration to E-migration: Contemporaneity and the Former Second World”, en T. Smith, O. Enwezor y N. Condee (eds.), *Antinomies of Art and Culture: Modernity, Postmodernity, Contemporaneity*, Durham, Duke University Press, 2008, p. 236.

DE LA “RUSOLOGÍA” EN MÉXICO

Sobre la reflexividad en la Historia

Soledad Jiménez Tovar

EL RUSSO Y YO

Tenía yo 19 años cuando comencé a estudiar ruso. La decisión fue bastante espontánea en aquel momento. No tenía idea de todas las cosas que iba a implicar esa elección que, entonces, tomé tan a la ligera con el entusiasmo juvenil que nos invade a todos y nos hace soñar como si siempre fuera a haber un mañana. Había yo terminado mi primer año en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Hace ya dos décadas de eso.

Durante mi adolescencia, había tenido la idea constante de aprender alemán y, debido a la falta de recursos, tuve que esperar a entrar a la licenciatura para iniciarme en el estudio de idiomas. Tras un par de intentos, no fui aceptada en los cursos de alemán, así que decidí que era momento de contemplar otras opciones. Fui al tablón donde estaban dispuestos los horarios disponibles para estudiar idiomas y traté de imaginarme cómo me sentiría aprendiendo cada uno de ellos: mi objetivo era descubrir aquel que me pareciera más extraño, el más ajeno, el más lejano. De este modo, me inscribí en el curso de ruso, que tomaba todos los días a las siete de la mañana. Otra fue, además, la motivación para estudiar un idioma diferente del inglés: yo concebía la lengua inglesa como imperialista. Debo reconocer mi ingenuidad de aquel momento que me cegó ante la imperialidad de la lengua rusa, imperialidad que se convirtió después en mi propio tema de investigación.

En esos años de la universidad, yo vivía en una zona de la ciudad que no era lejana al campus, pero que, dadas las dimensiones de la Ciudad de

Soledad Jiménez Tovar es profesora-investigadora de la División de Historia del CIDE.

México y su cantidad de habitantes, llegar a las siete de la mañana todos los días requería que saliera de casa, al menos, a las cinco. Estudiar ruso durante tres años hizo que descubriera el placer de los amaneceres de la Ciudad de México, o que me intoxicara con los olores matutinos: la comida callejera, el humo de los autos, combinado con el rocío de la mañana, a veces, humedeciendo mi rostro mientras caminaba hacia mi curso.

El ruso es un idioma cuya naturaleza requiere mucha pasión para emprender su estudio. No recuerdo, en veinte años que llevo estudiando esa lengua, un solo momento en que lo aprendido resultara sencillo. A la distancia, puedo darme cuenta de cómo han cambiado mis procesos cognitivos por haberme involucrado con esa, mi primera lengua extranjera que estudiaba formalmente. Al principio, aprendía ruso por mero placer, porque desde la primera vez que lo escuché, en mi primera clase, pasó algo dentro de mí: la musicalidad del ruso me invadió, el alfabeto, las minucias de sus reglas de pronunciación, los caprichos de su gramática. Caí de bruces en el estudio de un idioma que se apoderó de mí sin remedio. Debería tal vez dejar de hablar de amor y comenzar a hablar del momento en que el ruso entró en mi labor académica. Antes de eso, sin embargo, quisiera abogar por la pertinencia de este recuento tan personal en el ejercicio de la disciplina histórica.

HISTORIA Y REFLEXIVIDAD

El 16 de julio de 2015, Lucy Robinson, profesora de historia de la Universidad de Sussex, publicaría en su blog una entrada bajo el título “Does my Reflexivity Embarrass You?”,¹ en el que comentaba la dificultad que los historiadores han tenido para incorporar un enfoque reflexivo en su propio quehacer. El debate sobre la reflexividad en la Historia como disciplina parece ser relativamente nuevo. Gunn y Rawnsley² apuntaban, hace tres lustros, que en las universidades británicas hay una confusión entre lo que sería la teoría, la historiografía y la reflexividad en la currícula diseñada para formar a los nuevos historiadores. En un coloquio organizado en Atenas, en

¹ Véase <https://proflrobinson.com/2015/07/16/does-my-reflexivity-embarrass-you/> [fecha de consulta: 23 de mayo de 2021].

² S. Gunn y S. Rawnsley, “Practising Reflexivity: The Place of Theory in University History”, *Rethinking History*, vol. 10, núm. 3, 2006, pp. 369-390.

2008, varios historiadores discutían posibles aristas que la investigación histórica podría explorar situando el conocimiento sobre el pasado “entre la reflexividad y la crítica”.³ En el llamado de Robinson, así como en la investigación de Gunn y Rawnsley, el enfoque reflexivo estaría dirigido más a la manera en que la Historia se enseña a los futuros historiadores como un quehacer. En el caso de las contribuciones reseñadas del coloquio de Atenas, Gazi parece sumarse a las filas de quienes consideran que la reflexividad debería permear la escritura de la Historia.

Si bien no son los primeros en hablar de este tema, me parecen relevantes ciertos rasgos señalados en las tres piezas mencionadas. Gunn y Rawnsley, en primer lugar, ven la reflexividad como el acto de los historiadores de darse cuenta de la falta de análisis teórico en su trabajo; de este modo, se ven obligados a tomar prestada la teoría de otras disciplinas, sobre todo la filosofía, la antropología, la sociología y la geografía. Algo similar ocurre en el caso de Gazi. En este punto coincide Lucy Robinson, pero ella va más allá cuando apunta que la teoría muchas veces se confunde con el recuento historiográfico de lo que se ha escrito sobre determinado tema o bien con el debate sobre qué sería la Historia y cuál sería su circunscripción disciplinaria, es decir lo que puede —o no— hacerse en la Historia. En esta crítica es Robinson bastante acerba y hace la invitación a tomar más en cuenta el lugar que el historiador, como autor, tiene en la elección de los temas que investiga, así como las salidas interpretativas que encuentra. En su invitación, más que contarnos sobre su propio trabajo, Robinson comenta el libro de Lisa Mckenzie sobre la pobreza en Gran Bretaña.⁴

Lo que hace tan especial a Lisa Mckenzie, en la narrativa de Robinson y en mi propia lectura, es que su crítica a los estudios sobre la pobreza en el Reino Unido parte, no de una élite académica, sino de alguien que estudia su propia historia de vida y la de sus informantes, todos ellos pertenecientes a la misma comunidad. Es decir, Lisa Mckenzie es una “pobre” que un día decidió ir a la universidad y, al no ver su propia experiencia debidamente entendida e interpretada, decide, a partir de muchos comentarios autobio-

³ E. Gazi, “Introduction: History between Reflexivity and Critique”, *Historein. A Review of the Past*, núm. 10, 2010, pp. 5-9.

⁴ L. Mckenzie, *Getting by. Estates, Class and Culture in Austerity Britain*, Bristol y Chicago, Policy Press, 2015.

gráficos, hacer una crítica a la sociología de la pobreza. Robinson quiere que los historiadores se animen más a ser como Mckenzie, no tanto en sus motivaciones para estudiar cualquier tema que elijan, sino a explorarlo desde esas motivaciones. Eso, claro, implica exponerse como autor, situarse en una situación de vulnerabilidad ante el lector y también ante la crítica de los colegas, que pueden ver como faltos de objetividad dichos recuentos.

Este tema no es nuevo en otras disciplinas, ya mencioné a Mckenzie en el caso de la sociología, mientras que, en la antropología, disciplina que “inventó” la reflexividad, ser consciente del papel que una misma como investigadora tiene en el proceso de selección del tema, recolección de datos, análisis e interpretación de los mismos, así como las maneras de comunicar los resultados, son parte del quehacer cotidiano.⁵ En este texto, por lo tanto, me animo a hacer un recuento reflexivo, al modo en que se hace en antropología, pero ofrecido a un público conformado, sobre todo, por personas interesadas en la Historia. En el primer apartado de este artículo comencé hablando de amor, es momento, entonces, de ver cómo ese amor permeó mi trabajo intelectual.

SOBRE HALLARLE LA UTILIDAD AL RUSSO

Llevaba yo tres o cuatro semestres estudiando ruso cuando me inscribí en un Seminario de Historiografía Latinoamericana, oficialmente bajo la batuta de Norma de los Ríos, pero ese semestre cedido por Norma a Andrés Kozel, entonces joven doctorante en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Siempre miraré a Andrés como mi primera gran influencia académica. Hasta ese momento había tomado varios cursos de Historia de América Latina, pero ciertamente un seminario en el que el objetivo fuera analizar cómo se escribe esa Historia, era la primera vez en mi vida. Andrés, argentino de ascendencia eslava, vio con asombro el hecho de que yo estudiara ruso. Creo que eso fue, en primera instancia, lo que hizo que comenzáramos a hablar y construyéramos, después, una amistad entrañable.

⁵ Una discusión más detallada sobre la reflexividad en antropología puede encontrarse en S. Jiménez Tovar, “Interseccionalidad, reflexividad y relacionalidad en la construcción de las mayorías, las minorías y los ‘márgenes’ en el Kazajistán contemporáneo”, en *Pertenencias múltiples, identidades cruzadas. Nuevas perspectivas sobre Asia Central*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2017, pp. 381-408.

Una tarde, Andrés me propuso que escribiera un ensayo sobre lo que los rusianos habían escrito sobre América Latina. Yo sentía algo de reticencia, porque, hasta ese momento, el bagaje lingüístico que estaba adquiriendo era un divertimento sin “utilidad”. Seguir el consejo de Andrés era, de alguna forma, robarle “pureza” a ese conocimiento. A pesar de mi reticencia, comencé a buscar las referencias existentes y encontré una polémica historiográfica que ya reseñé en un artículo.⁶ Al mismo tiempo, aquel sería el primer episodio de la investigación que se cristalizaría en mi tesis de licenciatura, para cuya investigación fue fundamental el apoyo de Ignacio Sosa, formador de muchas generaciones de latinoamericanistas.⁷

Como he explicado en estos primeros párrafos, yo empecé estudiando lo “ruso” en función del interés por los temas latinoamericanos que tuvieron los académicos soviéticos. El siguiente paso en mi carrera sería una suerte de extrañamiento con América Latina y una transición hacia el estudio de “Rusia” como tal.

ENTENDER A LA KOMINTERN: “RUSIA” Y “CHINA” SE ENCUENTRAN

Uno de mis primeros trabajos fue traducir documentos sobre América Latina producidos en el seno de las discusiones de la Internacional Comunista o Tercera Internacional o *Komintern*. Ese trabajo me lo encomendaron, por separado, aunque era el mismo conjunto de documentos, Ricardo Melgar y Horacio Crespo, quienes a su vez me introdujeron en lecturas sobre historia del comunismo en América Latina. No obstante, traducir esos documentos requirió leer mucho más sobre historia de la III Internacional y la Unión Soviética que sobre la historia latinoamericana. Noté, además, que en el análisis de las “condiciones revolucionarias” en el continente había una mención constante a los “errores” cometidos en China durante buena parte de la primera mitad del siglo XX. El principal “error”, en el caso chino, era la política del Frente Unido, como fue denominada la alianza entre el Partido Comunista de China (PCC) y el *Guomindang*, o partido nacionalista, de

⁶ S. Jiménez Tovar, “Memorias de la Guerra Fría: Historiografía soviética latinoamericanista”, *Pacarina Del Sur*, vol. 5, núm. 2, 2010. Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/mallas/159-memorias-de-la-guerra-fria-historiografia-sovietica-latinoamericanista> [fecha de consulta: 23 de mayo de 2021].

⁷ S. Jiménez Tovar, “Una visión del continente: América Latina a través de la perspectiva soviética”, tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, Ciudad de México, UNAM, 2006.

orientación liberal y con un profundo sentimiento anticomunista. Si en las décadas de 1910 y 1920 los Frentes Unidos se consideraban como una estrategia comunista para “saltarse etapas históricas” y comenzar movimientos de orientación socialista en los países donde el capitalismo no se hubiera desarrollado todavía plenamente, tras la experiencia en China, la III Internacional dejó de considerarlo como una opción viable. Además, la década de 1930 y sus purgas estalinistas cerraron la puerta del apoyo soviético a las revoluciones latinoamericanas.

Lo que acabo de describir de forma tan breve en el anterior párrafo involucra una serie de complejidades políticas, históricas e historiográficas que sirvieron de base para mi siguiente decisión académica: hacer una maestría en Estudios de Asia y África, especialidad China, en el Colegio de México. Me daba cuenta de que, para entender la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), había un contrapeso muy importante que no podía dejar de lado: la República Popular China (RPC). Al inicio de mis estudios, quería comparar ambos casos en sus imperialidades. Fue en ese momento cuando conocí a mi segunda gran influencia: Carlos Mondragón, especialista en Vanuatu y en Tíbet. Juntos ubicamos un espacio que se prestaba a la perfección para hacer una lectura paralela y comparativa: el Asia Central, bajo la influencia “rusa” (Kazajistán, Kirguistán, Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán) y “china” (Región Autónoma Uigur de Xinjiang). Dentro de la región, además, hubo que elegir una minoría étnica a través de cuyo seguimiento por toda la zona centroasiática fuera posible encontrar los rastros imperiales que tanto me interesaban. Fue de este modo como escribí una tesis sobre los uigures, minoría étnica de habla túrquica (lo que los hace más “ajenos” en la esfera sinítica, pero más “ceranos” en el resto del Asia Central) que, al momento de la expansión imperial rusa y china entre los siglos XVIII y XIX, practicaba el islam.⁸

Es importante que note el lector el giro intelectual y temático que tuve que dar en mi investigación: de la crítica historiográfica en la historia política del latinoamericanismo soviético, a la antropología histórica del Asia Central como una forma de leer “Rusia” y “China” desde la “periferia”.

⁸ S. Jiménez Tovar, “Uygurlar, entre China y Asia Central: Visiones de nación y experiencias transfronterizas en el Turkestan contemporáneo”, tesis de maestría en Estudios de Asia y África, especialidad China, Ciudad de México, El Colegio de México, 2009.

Supongo que, a estas alturas, el lector habrá notado también las comillas usadas para referirse a ciertos lugares. En mi trabajo uso las comillas para referirme a “Rusia” y “China” porque no las tomo en su sentido geográfico sino en su sentido conceptual. La necesidad de hacer más refinado mi análisis conceptual me hizo saltar de los estudios de área a la práctica de la disciplina a la que me dedico ahora: la antropología social.

Mis estudios de maestría me ubicaron en el Asia Central, región que decidí seguir estudiando en mi doctorado, y la temática de la lectura comparativa entre “Rusia” y “China” es algo que sigo explorando. Si en la maestría mi principal foco de interés se centró en el lado “chino” del Asia Central, para el doctorado me concentré en el lado “ruso”. Así que me fui a Alemania, donde realicé un trabajo como investigadora doctoral en el Instituto Max Planck de Antropología Social (MPI), en Halle (Saale). Tenía 27 años. El MPI tenía un pequeño grupo dedicado al estudio del Asia Central ex soviética, allí encontré un espacio en el que podía seguir profundizando mis conocimientos sobre la URSS en su conjunto. Allí aprendí, también, la relevancia de las comillas para referirse a los espacios “rusos”.⁹

LO SOVIÉTICO... ¿QUE YA NO ESTÁ?

El tiempo transcurrido entre el momento en que comencé a estudiar la lengua rusa e inicié mi doctorado con la total decisión de dedicarme, sobre todo, al mundo “ruso” como objeto de estudio es de, aproximadamente, una década. No fue una decisión fácil, porque, al menos en México, la cantidad de gente que adquiere los conocimientos lingüísticos necesarios para abocarse a esa región del mundo, además de contar con los indispensables conocimientos básicos de historia y cultura que permitan entender los procesos contemporáneos, es relativamente pequeña, si bien ha aumentado con los años. Algo que ha cambiado para contrarrestar esta situación es que, además de los propios mexicanos interesados en aprender sobre “Rusia”, la cantidad de “rusos” que ha llegado a establecer su residencia en América Latina ha aumentado considerablemente. Antes, los “rusos”, es decir, los antiguos ciudadanos de la Unión Soviética, independientemente de la

⁹ La autora pone el concepto entre comillas: “ruso”, y lo entiende en su doble significado: *russkij* y *rossijskij*.

etnicidad en la que fueron clasificados en aquellas latitudes, veían América Latina, si acaso, como una escala en su camino a Estados Unidos. Hoy por hoy, Latinoamérica constituye en sí misma un destino interesante para estos migrantes, aunque aún es minoritaria su presencia en la región. Innegable es, sin embargo, que la importancia geopolítica que nuestro continente tiene ha crecido si la comparamos con el periodo conocido como la Guerra Fría, usualmente ubicado entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la desintegración de la URSS, en 1991. En aquellos años, América Latina era considerada parte de la esfera de influencia estadounidense, pero ahora corren nuevos tiempos y el mundo multipolar ha requerido que países como “Rusia” diversifiquen su atención y le den alcances globales.¹⁰

Antes de seguir adelante es necesario explicar las razones por las cuales prefiero hablar del espacio ex soviético en vez de usar un término que ha estado en boga en las últimas dos décadas: postsoviético. Me parece que, con el desarrollo desigual que tuvo la URSS en su interior, en el que los pueblos que componían su población fueron ubicados en etapas varias de su camino “ineludible” hacia el comunismo, es muy difícil pensar en el pueblo soviético y su nacionalismo como uno homogéneo a lo largo y ancho del país más grande del mundo.¹¹ Esto es de particular relevancia al momento de considerar aquellas zonas de la ex URSS donde vivían cazadores-recolectores, o bien, que estaban tan apartados que no era fácil que las autoridades monitorearan la implementación de los programas diseñados desde Moscú. En este sentido, tal como Slezkine lo demuestra para el caso de Siberia,¹² y así como muchos de mis colegas y yo lo hemos observado para los casos centroasiáticos y del Cáucaso, hay un fenómeno doble: por un lado, hay gente que ni siquiera se sintió integrada a la comunidad soviética, por lo tanto, ante la imposibilidad de sentirse soviético, es muy difícil sentirse postsoviético; por otro, hay gente que no ha dejado de sentirse soviética; yo me he encon-

¹⁰ I. Ots, “Mundo global, parejas globales: El intercambio de capitales en matrimonios de mexicanos y mujeres postsoviéticas”, tesis de doctorado, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2020.

¹¹ F. Hirsch, *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*, Ithaca, Cornell University Press, 2005; S. Fitzpatrick, *La Revolución Rusa*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2015.

¹² Yu. Slezkine, *Arctic Mirrors: Russia and the Small Peoples of the North*, Ithaca, Cornell University Press, 1994.

trado con muchos casos en los que mis informantes se rehusaron a tramitar un pasaporte de su país, en Kazajistán, Rusia o Kirguistán, porque “su país” era la URSS, entonces, si aún te consideras parte de una entidad política, aun cuando ya no exista sino en la memoria, agregar el prefijo “post-” podría considerarse un anacronismo identitario. De esta manera, me parece que lo postsoviético, dentro de la ex URSS, debe problematizarse aún más.

Otro fenómeno relevante, y que sería alternativo al uso de la categoría “postsoviético” es el del “postsocialismo”, enfoque que, en los últimos lustros, se ha dedicado a analizar comparativamente los cambios y adaptaciones que el bloque comunista ha tenido que enfrentar en todos los rubros tras la llegada del capitalismo a sus territorios. Usar “postsoviético” en vez de “postsocialista” es una continuación del colonialismo interno que la URSS llegó a ejercer en el bloque socialista. En cambio, usar “postsocialista” en vez del término “postsoviético” pone a la ex URSS en su debida postura, no central sino diferenciada, si bien interrelacionada, respecto a los demás casos donde se implementaron regímenes de orientación socialista.

Además de lo anterior, lo “ruso” se ha diversificado mucho en los últimos años. La expansión de la lengua rusa como medio de comunicación interétnica al interior de la URSS, así como la diglosia que generó como lengua de prestigio que permitía la movilidad social, hizo que el ruso se convirtiera en uno de los idiomas con más hablantes del mundo. No obstante, los nuevos nacionalismos en toda la región han hecho que la lengua rusa sea vista como una lengua colonialista; derivado de lo anterior, se han promovido las lenguas de lo que en el periodo soviético se conoció como las “nacionalidades titulares”. De esta manera, otras lenguas, y no el ruso, han devenido las lenguas de “la nación”.¹³

Se ha debatido mucho sobre si la promoción del ruso es una especie de dispositivo colonialista que llevaría a la asimilación cultural a la que podría colocársele la etiqueta de “rusificación”. Para el periodo imperial, en general, se ha demostrado que la promoción del ruso no tenía como premisa una rusificación de la población; de hecho, las autoridades imperiales ni siquiera tenían una idea precisa de la diversidad existente dentro de las fronteras

¹³ A. Pavlenko, “Multilingualism in Post-Soviet Countries: Language Revival, Language Removal, and Sociolinguistic Theory”, en *Multilingualism in Post-Soviet Countries*, Cornwall, MPG Books, 2008, pp. 1-40.

del imperio, y eso no cambiaría sino cuando se aplicó el primer gran censo, en 1897, es decir solo dos décadas antes de la caída de los Romanov.¹⁴ En cambio, en el periodo soviético sí hubo un proyecto asimilacionista, pero que contemplaba asimilaciones paralelas y simultáneas. De este modo, un intrincado sistema de etiquetas étnicas asumía que los grupos minoritarios debían asimilarse, primero, a las nacionalidades titulares y, después, cuando todos estuvieran en el mismo grado de “evolución cultural”, entonces podría pasarse a la etapa en la que la “cuestión nacional” pudiera olvidarse, es decir, el objetivo final era construir un nacionalismo cívico en vez de nacionalismos étnicos.¹⁵

Paralelo a lo anterior, se construía la identidad del pueblo soviético, que debía hablar entre sí una lengua en común, el ruso, que se usaba para todo el sistema de instrucción pública en todos los niveles, si bien a nivel básico era posible encontrar escuelas en las que la lengua de instrucción fuera la lengua materna de los niños. Hacia el final del periodo soviético, la lengua rusa se había convertido en la lengua materna de muchas etnicidades dentro de la URSS y no solo de los pueblos eslavos. Así, hubo una rusificación velada, disfrazada de “desarrollo histórico”, que fue promovida desde el Estado por las autoridades.¹⁶ Además de la cuestión lingüística, está la clasificación étnica en la que los rusos eran una “nación”, dentro de la jerga étnica soviética, con sus características particulares, que no necesariamente era promovida entre las otras etnicidades, si bien su folklor, historia, artes y gastronomía eran ampliamente conocidos en toda la federación.¹⁷

Estas ambigüedades de lo “ruso” son un legado del periodo soviético, de forma que, en la actualidad, lo “ruso” puede referirse a una entidad geopolítica, es decir, un país llamado “Federación Rusa”, también lo “ruso” puede verse como un equivalente a la ciudadanía de toda la población que

¹⁴ J. Slocum, “The Boundaries of National Identity. Religion, Language, and National Politics in Late Imperial Russia”, tesis de doctorado, Chicago, Universidad de Chicago, 1993; E. Weinerman, “Russification in Imperial Russia: The Search for Homogeneity in the Multinational State”, tesis de doctorado, Bloomington, Universidad de Indiana, 1996.

¹⁵ Hirsch, *op. cit.*

¹⁶ W. Fierman, “Kazakh Language and Prospects for its Role in Kazakh. Groupness”, *Ab Imperio*, núm. 2, 2005, pp. 393-423; “Language and Education in Post-Soviet Kazakhstan: Kazakh-Medium Instruction in Urban Schools”, *The Russian Review*, núm. 65, 2006, pp. 98-116.

¹⁷ A. Pavlenko, *op. cit.*; Hirsch, *op. cit.*

habita la Federación Rúsiana, o considerarse como una categoría étnica, entonces estaría señalando a cierto grupo de personas dentro de la Federación Rúsiana, pero no a toda su población.¹⁸ Por último, la más ambigua de las acepciones de lo “ruso” tiene que ver con el tema lingüístico. Naomi Beth Caffee ha propuesto la categoría “rusofonía” para hablar de aquellos escritores que, no siendo rusos étnicos o no teniendo ciudadanía de la Federación Rúsiana, incluso no siendo el ruso su lengua materna, deciden escribir su obra, si no enteramente al menos sí principalmente, en idioma ruso.¹⁹ Esta propuesta nos permite discutir desde otra perspectiva el debate poscolonial en los estudios sobre postsocialismo, debate abierto, para el caso de la antigua Unión Soviética, en 2001, por David Moore.²⁰

En esta sección he esbozado algunas premisas básicas que debí aprender durante el transcurso de mi doctorado²¹ y que, sin haber hecho un trabajo de campo de largo aliento como el que llevé a cabo en Kazajistán, no habría podido entender. Recuerdo, cuando inicié mi estudio de la historiografía soviética latinoamericanista, a mediados de la primera década de este siglo, que autores de la talla de Juan Antonio Ortega y Medina²² veía los trabajos escritos por soviéticos como esquemáticos e ideologizados; sin embargo, Ortega y Medina tampoco tenía una visión matizada sobre toda la URSS como la que estoy esbozando en estas líneas. Los “rusólogos” latinoamericanos que había en el periodo de la Guerra Fría sabían bastante de historia y teoría marxista, pero no diferenciaban las varias interpretaciones de las ideas de Marx que hubo en el bloque socialista. La crítica que se hacía desde América Latina estaba permeada por el contexto político que rodeaba a sus autores. Es decir, que el mismo esquematismo e ideologización que

¹⁸ S. Jiménez Tovar y A. Kozel, “Introducción: La mirada ‘rusa’”, en *Pensamiento social ruso sobre América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2017, pp. 11-26.

¹⁹ N. Caffee, “Russophonia: Towards a Transnational Conception of Russian-Language Literature”, tesis de doctorado, Los Ángeles, Universidad de California, 2013.

²⁰ D. Moore, “Is the Post- in Postcolonial the Post- in Post-Soviet? Toward a Global Postcolonial Critique”, *PMLA*, vol. 116, núm. 1, 2001, pp. 111-128.

²¹ S. Jiménez Tovar, “Centripetal Mirrors. Cultural Conservation among Shaanxi Dungs in Kazakhstan”, tesis de doctorado, Universidad Martin Luther Halle-Wittenberg, Alemania, 2014.

²² J.A. Ortega y Medina, *Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961; “Crítica y contracrítica a la ‘Historiografía soviética iberoamericanista’”, *Anuario de Historia*, sobretiro, año V, 1965, pp. 261-290.

atribuía Ortega y Medina a los soviéticos bien puede aplicarse para los soviétólogos latinoamericanos. A mi regreso a México, he tenido que enfrentar esta falta de alcance en la visión latinoamericana sobre “Rusia” o sea, encuentro muchos colegas expertos en Relaciones Internacionales que saben muy bien describir el panorama geopolítico de la “Rusia” actual, pero muy pocos estudian la lengua o conocen “Rusia” con mayor profundidad.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Después de varios años fuera de México, decidí regresar en 2016. Desde entonces he incluido en mi docencia, en la UNAM y en el CIDE, temas que tienen que ver con la URSS, así como con el debate postsocialista en el más amplio uso que esta categoría podría tener. Dos décadas después de haber llegado, primero, por curiosidad, a la lengua rusa y, con ella, de haberme dejado absorber por las complejidades del mundo “ruso”, debo decir que concibo la rusología latinoamericana como una disciplina por venir, si bien hay especialistas decididos a seguir promoviendo un análisis profundo y matizado, que vaya más allá del mero análisis geopolítico, de aquella región del mundo. Los tiempos cambian. Hoy estamos en un mundo mucho más interconectado que durante la Guerra Fría. Gracias a internet, tenemos acceso a saberes e informaciones sobre “Rusia” que pueden considerarse de primera mano. Será necesario esperar algunos años para ver si hay una crítica “rusa” elaborada desde América Latina. Aunque la presencia “rusa”, en abierta expansión, junto con la presencia “china”, nos dan indicios de nuevos capítulos en esta historia que me he permitido bocetar en estas páginas. ❧

NUESTRA TAREA ES DECONSTRUIR EL “ESQUEMA DE LA HISTORIA RUSA”, PRESERVADO DESDE EL SIGLO XIX

Conversación sobre el libro *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte**

Ilya Gerasimov y Andrii Portnov

ANDRII PORTNOV: Propongo empezar nuestra conversación problematizándonos a nosotros mismos, interlocutores, como investigadores. Supongo que se puede clasificar a los historiadores como a los animales en el cuento de Borges;¹ sin embargo, nos identifican —o nosotros mismos nos identificamos— por nuestra nacionalidad y pasaporte. ¿Te percibes como un “historiador ruso” y, si es así, cómo influye —si influye— en el hecho de que vives en Chicago? En mi caso me gustaría subrayar que en el título “historiador ucraniano” para mí lo más importante es la palabra “historiador”, aunque, según veo, la percepción que se tiene de mí, especialmente en Alemania, donde he vivido y dado clases en los últimos años, se concentra en la palabra “ucraniano”. A veces esto resulta muy molesto. Por ejemplo, cuando mis comentarios sobre unas u otras cuestiones —especialmente “actuales”—² se leen como “la voz ucraniana”, mientras que los colegas alemanes o estadounidenses pueden hablar de ellos desde su posición “neutral”. Al mismo tiempo, mi autoidentificación tiene conexiones muy fuertes con aquella parte de la tradición académica ucraniana a la que pertenecía mi maestro Yaroslav Isaevich,³ o con uno de mis intelectuales favoritos,

* Originalmente publicado en ruso en Colta.ru, 5 de octubre de 2017. Disponible en: <https://www.colta.ru/articles/literature/16199-nashey-zadachey-yavlyaetsya-dekonstruktsiya-shemy-russkoy-istorii-sohranyayuscheysya-so-vremen-karamzina>. Traducción de Hanna Deikun; revisión de Miguel Ángel Palma Benítez.

¹ Cuento de J.L. Borges “El idioma analítico de John Wilkins”, publicado en el volumen *Otras inquisiciones* en 1952.

² Se refiere a la guerra en el este de Ucrania, desde 2014 hasta hoy.

³ Yaroslav Isaevich (1936-2010), historiador ucraniano, académico de la Academia Na-

Víctor Petrov-Domontovich.⁴ Ahora bien, no me interesa ser la voz de la historiografía ucraniana contemporánea —que claramente no es monolítica—, aunque no rechazo mi pertenencia a ella.

ILYA GERASIMOV: La clasificación a la que te refieres, según Borges, se encuentra en la enciclopedia china *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. Nosotros la usamos con frecuencia como ejemplo cuando queremos explicar el concepto de la “situación imperial”, que desarrollamos en el proyecto *Ab Imperio*. Es un ejemplo perfecto de lo que pasa con la percepción de la realidad que está al mismo tiempo estructurada por distintos principios de agrupación e incluso por distintos sistemas de coordenadas; por ejemplo, entre los siglos XIX y XX era típico que el estatus legal del hombre en la ley rusa fuera “campesino”, aunque todo el tiempo viviera en la ciudad y se dedicara al comercio. Desde la perspectiva política y económica era un “burgués”, a pesar de pertenecer a un entorno socialista. Los nacionalistas rusos lo percibían automáticamente como ruso, pero si era un viejo creyente (*starobriadets*) entonces no podía casarse con una rusa cristiana ortodoxa. La residencia tenía también un papel importante: la misma persona —por ejemplo, un judío o un comerciante— tenía unas posibilidades y un estatus completamente diferentes en un pueblo, en Odessa —e incluso en un pueblito al lado de Odessa—, en Moscú y en Tashkent, donde era “europeo”. Todos estos factores y los principios de la clasificación siguen presentes, pero en distintas combinaciones producen tipos totalmente diferentes de la persona social, incluso cuando se trata de la misma persona.

Hice esta desviación precisamente para poder responder a tu pregunta. La “situación imperial” como una autocolocación de distintas dimensiones de la persona social, que incluso cambian sus definiciones dependiendo del contexto, no es solo una característica de los imperios imaginarios o históricos. ¿No pasa lo mismo con nosotros y nuestros colegas? Con el mismo *curriculum vitae* soy una persona totalmente distinta dependiendo del lugar y las

cional de Ciencias de Ucrania, presidente de la Asociación Internacional de Estudios Ucranianos.

⁴ Víctor Petrov-Domontovich (1894-1969), prominente escritor ucraniano de novela intelectual, científico de ciencias sociales, escribía sobre temas de arqueología, antropología, historia, filosofía y literatura.

condiciones. Cuando a principios de la década de 2000 un historiador doctorado en el extranjero —en Europa occidental, Estados Unidos o Canadá— venía al departamento de recursos humanos de la universidad de Kazán (Rusia), su título era un “papelito innecesario”. Pero ahora el *hype* (o exageración) neoliberal obliga a la misma gente en el departamento de recursos humanos de la universidad a contratar al mismo historiador con su grado de doctor, al menos para un puesto de medio tiempo. Para una editorial estadounidense el manuscrito de mi libro tiene un estatus y unas perspectivas completamente distintos si soy un pobre *assistant professor* con seis cursos al año, y si en general pertenezco al sistema universitario, sin importar mis 25 años de experiencia en investigación y sin importar que sea redactor de una revista histórica profesional. Para el gobierno ruso en Kazán soy objeto de observación constante, pero en Moscú nadie hubiera prestado atención a mi persona. Por lo tanto, “el ajuste” de mi identidad social está solo dentro de mí, nada puede determinar qué soy, solo mi decisión consciente.

Así, en esta conversación es importante subrayar que me considero un historiador ruso, y no solo un historiador de Rusia. Sin embargo, no apoyo la política oficial del gobierno ruso ni de las instituciones académicas oficiales: no nos reconocemos. Considero una ofensa para una persona educada aceptar la legitimidad del régimen político contemporáneo ruso y el aparato corrupto de la academia, pero me dedico a la ciencia, no a la política, por lo tanto, mi posición ciudadana activa como historiador ruso se manifiesta principalmente en la formación de la academia rusa a la cual me gustaría pertenecer. En la medida de mis posibilidades intento mejorar la situación que nuestros ojos contemplan: la desaparición en la Rusia contemporánea del círculo profesional académico —tanto de sus instituciones como de su etnia—. La revista *Ab Imperio*, de la cual soy uno de los redactores, empezó en 1999 como un intento de consolidar y modernizar la profesión que existía en aquel momento en Rusia. Hasta 2013, cuando los esfuerzos conjuntos del Ministerio de Justicia, la hacienda pública y la fiscalía “extirparon” la revista de Rusia, creamos una revista de renombre internacional sin un centavo del dinero local, exportando el conocimiento y la ciencia e importando —no exportando— el capital. Para mí es importante que en Rusia haya excelentes historiadores; mi propia

percepción y mi reputación dependen del estado que guarda la historia rusa, incluso si aquí se trata solo de las páginas de la revista *Ab Imperio*.

Al mismo tiempo considero que el ambiente profesional es importante. Para mí se trata sobre todo de la academia estadounidense, porque en Rusia no existe ese ambiente en términos institucionales más allá de un círculo de “amigos”. Cualquier persona profesional necesita un ambiente profesional, y además la academia estadounidense prácticamente no depende del sistema político. Un “genio” es un escenario sin perspectiva, porque solo es posible aumentar el conocimiento con un proceso de interacción: diálogo y crítica. Se puede reclutar a un asesor académico, digamos a alguien que obtuvo el Nobel, y gastar mucho dinero en su salario, pero nada va a cambiar en la ciencia o en la academia sin un ambiente institucionalizado, donde tiene lugar una conversación permanente bajo estándares profesionales. El sentido no “se conserva” en la cabeza de un investigador-genio, surge únicamente en el momento en que existe una interacción intelectual, una reacción ante la idea de otra persona, la posibilidad de entenderla y expresar una reflexión propia con un lenguaje adecuado.

Por lo tanto, para mí no es menos importante ser un historiador estadounidense que logró cierto reconocimiento según las reglas del ambiente local profesional, a pesar de los obstáculos adicionales —desde el pasaporte hasta la lengua—. En esto no hay contradicciones: en la “situación imperial” estructural se pueden encontrar combinaciones muy interesantes y, además, sabemos por el protagonista de Venedict Erofeev⁵ que “el ser humano no solo tiene un lado físico; también tiene un lado espiritual y además tiene un lado místico”.

De hecho, la metáfora de Borges —la enciclopedia *Emporio celestial de conocimientos benévolos*— tiene otra dimensión. El mundo ideal de la ciencia transnacional se describe normalmente como una república de las letras. Sin embargo, desde que el latín perdió su estatus de lenguaje académico universal y “de nadie” —casi al mismo tiempo en que esta fórmula apareció en el siglo XVII— hay que hablar en realidad del “imperio del saber”, entendiendo “imperio” en un sentido común, como un sistema jerárquico de la desigualdad del estatus y de la discriminación de la diversidad. Porque

⁵ Venedict Erofeev (1938-1990), escritor, disidente soviético.

incluso considerando toda la riqueza de las tradiciones locales científicas, la “metrópolis” de la Ilustración era Francia y la lengua francesa, al igual que el líder científico mundial a principios del siglo XX era Alemania y hoy ese lugar lo ocupa Estados Unidos, o al menos el entorno anglosajón. En este “imperio del saber” los intelectuales ucranianos y rusianos se sienten como una población de la periferia, por no decir objetos de la opresión colonial.

Es todo un tema. Lo menciono solamente con motivo de tu propuesta de explicar nuestra posición original de interlocutores: en el imperio del saber contemporáneo estamos en una posición igualitaria con los sujetos periféricos —en relación con la “metrópolis occidental” y el “*establishment* nacional”—. Sin embargo, nosotros mismos estamos al mismo tiempo en una relación asimétrica y no menos “imperial”. Los lectores —al menos en Rusia— probablemente perciben como un hecho que nosotros conversamos en ruso, pero esto sucede así no porque estamos trabajando para un medio de habla rusa, sino por la desigualdad que existe entre nuestras posibilidades: tú puedes trabajar profesionalmente en ucraniano y ruso con la misma sencillez, pero yo solo con muy grandes esfuerzos puedo leer el lenguaje académico ucraniano contemporáneo. Por lo tanto, no hay nada “natural” en la elección del idioma aquí. Cualquier llamado a la cooperación en un espacio intelectual común (la “república de los científicos”) inmediatamente se enfrenta con este problema: ¿en qué idioma trabajar? Cuando el idioma ruso perdió el apoyo político surgió la pregunta: ¿por qué justamente el ruso pretende tener el estatus de lengua franca en las sociedades postsoviéticas (incluso en Rusia)? Es más, fuera de este contexto político la asimetría tradicional de la situación bilingüe —ruso-ucraniano o ruso-tártaro— cambia completamente: yo, al hablar solo ruso, me encuentro en una posición de desventaja, porque tú tienes más rango de libertad que yo. Sin tratar de perseguir el ideal efímero de la igualdad, debemos tratar de definir los lineamientos de alguna solución justa a este problema, ¿o quizá no tiene solución?

AP: A mí me conviene conversar en ruso, es uno de mis idiomas nativos, pero eso no soluciona el problema de la asimetría de la comunicación académica. Me parece que la desigualdad en general es una característica fundamental de la sociedad humana, incluso académica. Seamos francos:

el dominio del inglés tiene un papel fundamental en el mundo académico contemporáneo, tanto a nivel del conocimiento del idioma como en el terreno de la terminología. Para quien no domina suficientemente ambas cosas resulta difícil participar en una comunicación internacional. Sin embargo, por lo que toca al ruso en Ucrania y otras repúblicas postsoviéticas, creo que está perdiendo el estatus de lengua franca. Conozco muchos colegas ucranianos —por no hablar de los lituanos o los georgianos— que se comunican mejor en inglés que en ruso.

Al mismo tiempo, según mi propia experiencia, puedo decir que la publicación de mis textos en ruso en *Ab Imperio* o *Neprikosnovenyj zapas*⁶ suscita más atención que un artículo publicado en ucraniano o en polaco en otros lados, porque incluso en Europa occidental la mayoría de los especialistas en historia o cultura de Europa oriental leen ruso. Con relación a los “niveles de libertad” de quienes proceden de la “periferia”, me parece que es importante conectar eso con el problema de la legitimidad de lo que uno dice, según su origen. Regresando a mi experiencia en Alemania, puedo decir que, en aquellas discusiones sobre el espacio postsoviético, quienes proceden del “centro” normalmente tienen más legitimidad que aquellos que llegan de la “periferia”. Es decir, un historiador de Moscú, hablando sobre Ucrania, parece tener no solo una posición legítima sino un interés especial; por el contrario, de un historiador de Kyiv casi no van a esperar un análisis de los asuntos rusianos.

En el contexto de la problemática del idioma quiero recordar un problema clásico —pero con frecuencia ignorado— que se relaciona con la transmisión de la diversidad de la “ruseidad”. En los textos en inglés y francés es casi imposible encontrar una separación responsable entre los conceptos “ruso como *russskij*” y “rusiano como *rossijskij*”. En alemán esta diferencia es posible, pero casi nadie la emplea; incluso el nombre del país (FR) se convierte en “Federación Rusa (*russskij*)”. En la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* se dedica mucha atención a la terminología. En particular, para los siglos IX-XIII se utiliza la categoría de “la tierra Rousa”. Esto resulta curioso. ¿Cuáles fueron los problemas terminológicos más difíciles que se enfrenta-

⁶ Revista rusa (*rossijskij*) fundada en 1997 y editada por Ilya Kalinin sobre los debates de política y cultura actuales.

ron durante la escritura del libro? ¿Qué situaciones tal vez no se lograron resolver a nivel del lenguaje descriptivo?

IG: Tal vez, en el primer paso es importante distinguir de manera radical entre la “ruseidad” —y la cultura rusa— de la Federación Rusa. Puesto que somos historiadores y no políticos, solo subrayaré el lado analítico de otro aspecto de la “situación imperial”, descubierto en nuestro protocolo lingüístico: el modelo binario “centro-periferia”: la ficción de la imaginación nacional. En realidad, casi no existen estados inequívocos de “dominación” y “subordinación”. Las relaciones, la explotación y la injusticia son reales, pero es muy difícil identificarlas en la historia con un grupo particular. ¿Eran los siervos una parte de la “dominación rusa”? ¿Y qué pasa con los barones alemanes? Pero no menos difícil es evitar el otro extremo: la relativización de la injusticia como una ficción social, blanqueando la dominación imperial o la discriminación nacional. Tienes toda la razón: aquí el problema principal es el idioma, en el cual se inscriben los sentidos y las estrategias explicativas totales “de forma predeterminada” o “en el nivel básico de la escritura”.

La meta principal de nuestro libro era precisamente la búsqueda de un nuevo idioma analítico para describir la realidad multidimensional de la “situación imperial”, y no la “interpretación” de unos hechos bastante conocidos. Con esto, la tarea principal era la deconstrucción del “esquema de la historia rusa”, que se conservaba prácticamente sin cambios desde los tiempos de Karamzin. Este esquema no es más que la idea de la herencia histórica de la estatalidad, del pueblo (“nación”-raza) y del territorio como un proceso que va del siglo IX hasta hoy. Cualquier variación de las interpretaciones históricas y las evaluaciones políticas no cambian nada en este esquema, como vimos en el ejemplo de los numerosos intentos en la década de 1990 por dismantelar el esquema soviético —tal como aparecía en ese momento—. El trabajo más difícil y doloroso del libro fue la lucha con el propio idioma, que sugería fórmulas sencillas y listas para ayudar a explicar tramas complejas de manera económica y fácil.

“Tierra Rousa” es un buen ejemplo. Así es exactamente como, a través del dígrafo *ou*, se describía en las crónicas el territorio de los principados, que a partir de mediados del siglo XIX comenzaron a denominarse como

“Kiev Rus”. Probablemente en algunos dialectos podría tener este nombre. Bueno, no importa tanto si se escribía así o no; lo principal es que en nuestro lenguaje moderno debemos aclarar responsablemente las categorías de análisis; de lo contrario, una inocente consonancia puede conducir a grandes distorsiones científicas que a su vez llevan consigo consecuencias políticas. La invención de “Kiev Rus” por parte de los contemporáneos más jóvenes de Karamzin creó la ilusión, por medios puramente lingüísticos, de una genealogía directa con “el Rus de Moscovia” (una ciudad, luego otra ciudad), después con el reino de Moscú y más tarde con el Imperio Rusiano. Así se construye el esquema clásico de la historia rusa como el Estado-nación ruso —o multinacional: rusos más “minorías”—. Luego para cualquier estudiante de secundaria o preparatoria está claro que Kyiv o Korsun (Ucrania) es la “tierra rusa”, y la guerra en nombre de esa tierra es una tarea sagrada. Lo mismo ocurre con el término aparentemente inocente y evidente de “principados eslavos orientales”. No me voy a repetir, pero el mantra de “nuestros antepasados eslavos” en los libros de secundaria tiene su responsabilidad en los asesinatos de quienes resultaban “extraños” en las calles de las ciudades rusianas en vísperas de la guerra de Ucrania. Sin embargo, esto no es solo una tontería desde el punto de vista científico —una construcción retrospectiva de un tipo racial basada en el concepto lingüístico de finales del siglo XVIII—; es, ante todo, libertinaje terminológico.

Desafortunadamente nadie ha superado el teorema de Gödel y es imposible crear un sistema de descripción sin contradicciones. No pretendemos formular una nueva narrativa ortodoxa: nuestra tarea esencial es, en principio, trasladar las polémicas a otro lugar, deconstruyendo el conocido “esquema de la historia rusa”, como una especie de imaginación social y metalenguaje estable. Nuestro libro no se trata de “qué” decir sobre el pasado, sino de “cómo” decirlo. Por supuesto, seguramente dejamos algunos puntos ciegos; nos critican y nos van a seguir criticando muchas veces. Así que será mejor que tú me digas qué te causó dudas y objeciones, y cómo tú mismo hubieras resuelto este problema.

AP: Para mí es muy cercana la idea de la distinción lingüística entre fenómenos políticos y culturales modernos y premodernos; por ejemplo, en el caso del término “rouso” o en la propuesta que he encontrado en algunas

publicaciones especiales: escribir la palabra *russkij* (ruso) con una “s” cuando se trata de “Kiev Rus”. El problema más complejo surge cuando en las fuentes o narraciones históricas se usa una misma palabra que con el tiempo cambia por completo su significado. Por ejemplo, para designar a la población campesina ortodoxa o greco-católica del siglo XIX en ciertas publicaciones contemporáneas, los historiadores polacos utilizan el término de las fuentes de esa época: “rusinos” o “rutenos”. Esto se justifica en aras de la corrección histórica y la necesidad de evitar el uso de un término moderno, es decir, que estas personas sean designadas como “ucranianos” o “bielorrusos”. Al mismo tiempo la palabra “polacos” se usa sin ninguna reserva, tal como está presente en las fuentes de esa época. La cuestión central sobre las fronteras del concepto “polacos” se pierde de vista, y el lector tiene la sensación de que mientras los bielorrusos seguían siendo “rusinos”, los polacos ya eran polacos. Al considerar tales manipulaciones, me di cuenta de la gran atención que la *Nueva historia imperial...* presta tanto al concepto de “ruseidad” como a la coexistencia, por ejemplo, de las palabras “ucraniano” y “malorossiskij”⁷. En este contexto, quiero preguntarte sobre la palabra “imperial” en el nombre del libro, la cual trata de delinear un nuevo modelo de la escritura de la historia posnacional. ¿Cómo hacer una “nueva historia imperial”, una historia postimperial? ¿Hay qué hacerla? ¿Se puede hacer?

IG: *Nueva historia imperial...* el título del libro llama la atención del público inteligente y no especializado: en la Federación Rusiana —y también en Ucrania— existe el consenso de que todos los males provienen del maldito “legado imperial”. Se decía que en cuanto la Federación Rusiana se convirtiera en un Estado-nación “normal” surgirían de inmediato las bases para la construcción de la democracia. Esto último fue lo que sucedió frente a nuestros ojos: en el proceso de agresión contra Georgia y Ucrania los restos del federalismo se desmantelaron, la escuela nacional fue reprimida y la ortodoxia reconocida como una ideología estatal: ¿cómo podemos ser más nacionales y más rusos? Sin embargo, la conversación a nivel superficial y

⁷ Concepto usado para identificar —o autoidentificar— a la población en una serie de territorios de la tierra Rousa, la mayoría en el territorio contemporáneo ucraniano.

político no tiene sentido. Dado el nivel actual de las discusiones sociopolíticas en la sociedad educada rusa, donde la pregunta, “¿se puede perseguir a los homosexuales?”, se considera un tema digno de discusión, la conversación carece de sentido.

Me explicaré brevemente: el título del libro está relacionado con el programa de investigación desarrollado por *Ab Imperio*. La historia imperial tradicional podía escribir con simpatía sobre los conquistados y los oprimidos, pero tanto el eurocentrismo como una visión generalizadora y objetivadora de la “periferia” estaban arraigadas en su lenguaje. La teoría poscolonial de diferentes generaciones, incluido el proyecto del Grupo de Estudios Subalternos, identificó este defecto sistemático de la historia imperial e insistió en la subjetividad autosuficiente de los grupos subordinados, independientes de la metrópolis legislativa y administradora del pasado y de los investigadores de hoy. El mecanismo invisible de dominación se reveló a través de discursos hegemónicos y, en general, a través de la imagen normativa del mundo y el lenguaje de su descripción.

Este bagaje de ideas fue aprendido por la nueva historia imperial que dio el siguiente paso: deconstruyó al imperio mismo, que los “poscolonialistas” ven como el universo de *Star Wars*: una fuerza monolítica y omnipotente, una misteriosa “caja negra” que proyecta la voluntad de dominar. Con esta lógica es imposible liberarse de la hegemonía imperial: la libertad se encuentra solo en oposición a esta fuerza global —como la gravedad— y no tiene un programa positivo independiente; por lo tanto, no tiene sentido luchar contra el imperio fuera de él. La única alternativa del “imperio” parece el Estado-nación, pero los estudios subalternos han demostrado hace mucho tiempo que se trata del mismo proyecto de imposición de la hegemonía del nuevo centro de poder, tal como sucedía con el imperio, y que no es menos represivo.

La nueva historia imperial elimina este problema mostrando que no existe ningún “imperio” como una realidad especial —como una estructura política o económica—. Desde la perspectiva analítica podemos hablar sobre la “formación imperial”⁸ o la “situación imperial” como relaciones y

⁸ Ann Laura Stoler, Carole McGranahan y Peter C. Perdue, *Imperial Formations*, Santa Fe, School for Advanced Research Press, 2007.

constelaciones y no como una “cosa”. En la nueva historia imperial la diversidad se reconoce como una propiedad fundamental de la sociedad, y el problema clave es la búsqueda de un sistema de ordenamiento racional y justo de la diversidad, y no “quién debe ejercer la hegemonía” sobre un individuo: una nación o un imperio. Este es un enfoque postimperial y posnacional. Sí, todavía no tenemos un término específico para el estado posnacional, por lo que usamos un término “técnico” que nació de la lógica del cambio de paradigma en la historiografía: una nueva historia imperial. Y su significado radica precisamente en la formación de un imaginario social postimperial y posnacional.

[...]

Anticipándome a la pregunta sobre la posibilidad de rehabilitar el imperio histórico, me gustaría decir que la condena moral de la violencia es el punto de partida del sistema de coordenadas del investigador, y no la tarea de la investigación. No tenemos que demostrar que matar a la gente o imponer un idioma extranjero sea malo. Este es un axioma. El objetivo del estudio es otra cosa, algo que la historia tradicional ignora: por ejemplo, entender la formación y la existencia de la sociedad como un sistema abierto —y no como una “cosa en sí” unidimensional y homogénea—. En este sentido usamos el concepto “situación imperial”, con el cual empezamos la conversación. No implica necesariamente la existencia de un imperio y, en general, no se observa con menos frecuencia en los Estados nacionales. La situación imperial describe la diversidad dinámica y no sistemática del espacio social, cultural y político que simplemente no encaja en una lógica, una narración o un modelo sin contradicciones. Hay que reconocer que las relaciones observadas entre la dominación y la subordinación en la sociedad no se pueden identificar con un grupo particular y toda la lógica habitual de la escritura de historia se derrumba.

Por lo tanto, la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* no fue escrita sobre la base del imperio o de la nación del “esquema de la historia rusa”, en el cual el pueblo o la estatalidad rusos ascienden desde el “Kiev Rus” hasta la cúspide de la democracia soberana de la Federación Rusa. El sujeto central de nuestra narración son los procesos de la autoorganización y la lógica de la situación que es esencial para cualquier forma política o agrupación. En palabras más simples: la historia se desarrolla porque en la

situación imperial estructural de multitud de contextos semánticos y conocimiento incompleto todos los “actores históricos” toman decisiones racionales con resultados impredecibles. Los líderes de la guardia real (*druzhina*) o los miembros de los partidos políticos aparecen en el libro no porque sean considerados como “hacedores de la historia”. En diferentes épocas literalmente son protagonistas —o al menos desempeñan un papel que se ha conservado de forma fragmentaria en los “guiones” que han llegado hasta nosotros—; sin embargo, la trama de la historia consiste en varias “obras de teatro” que se desarrollan a la vez, simultáneamente, en un mismo espacio.

AP: Y para ti como editor, ¿desde la perspectiva de quién está escrito el libro? ¿Es inevitable tener un centro (¿o centros?) en este tipo de trabajo sintético?

IG: La narrativa, por definición, es por supuesto un monólogo, y es difícil describir de manera consistente y detallada la dinámica de la autoorganización. Un autor, e incluso un autor colectivo, está claramente localizado ideológica y conceptualmente. Ni siquiera teníamos la ilusión de ser objetivos. Hicimos todo lo posible para lograr la “extraposición” (*vnenajodimost*, “encontrarse-fuera”),⁹ pero en la práctica creo que sería un gran éxito si al menos lográramos el efecto de “desfamiliarizar” el material. A fin de cuentas, lo que debe distinguir a un texto científico no es que resulte aburrido, sino la “exposición sistemática del método”, y nos parece algo bueno que el material resulte ser extraño para todos los lectores y no “familiar” para un selecto grupo.

Después es necesario que el ambiente profesional genere trabajos más o menos sintéticos como opciones. Deben presentarse otros “puntos de partida” de las narrativas, dirigidos a diferentes categorías de lectores, con distintas prioridades. En nuestro texto el Cáucaso ocupa mucho menos espacio de lo que nos gustaría, sin mencionar el Turkeistán o la historia en general de los bielorrusos. Hubiéramos podido extender el libro en 20 por ciento, pero para todos sería mejor si en lugar de esto aparecen nuevos libros de otros autores que tengan una cosa en común con el nuestro: la voluntad de sorprenderse por hechos aparentemente familiares y no dividirlos entre

⁹ Término propuesto por Mijaíl Bajtín.

“nuestros” y “de los otros”, sin evitar la complejidad de la experiencia pasada, sino tratando de comprenderla en la lógica de la “situación imperial”.

Al mismo tiempo, aunque la posición del autor es obvia en el libro, ¿cuál es el “centro” en el primer volumen cuando de manera paralela hablamos no solo de Moscovia, el Gran Ducado de Lituania y el Kanato de Crimea, sino también de los reinos chinos, Bizancio o Irán? En el siglo XVIII el Imperio Rusiano comienza a subordinar casi todo el espacio de los focos locales de autoorganización que estaban fuera de los sistemas históricos y políticos con herencia romana, persa, china y, así, la lógica de la narración cambia. Sin embargo, nuestro enfoque central no es el Palacio de Invierno (la sede del Museo del Hermitage) en San Petersburgo, sino la lógica de la autoorganización, la búsqueda constante del balance y la formación de nuevos actores históricos. Diría que en nuestro libro hay un enfoque clave, pero no un “centro” en el sentido de la identificación de los autores con categorías como clase, capital, políticas internas o externas.

[...]

Nuestra metodología no es más —pero tampoco menos— que una herramienta y una óptica especiales, “afiladas”, para realizar tareas especiales [...] En general, en la *Nueva historia imperial de Eurasia del Norte* lo principal es hasta qué punto logramos contar cosas nuevas sobre tramas familiares con la ayuda de nuestros instrumentos especiales, para ayudar a hacer que se escuchen las voces que tradicionalmente han sido reprimidas por las narrativas hegemónicas de la nación y el Estado. ❧

Reseñas

BLANCOS SUBALTERNOS Y VOCES DISIDENTES

Ingrid Ots

Alexandr Etkind, *Internal Colonization: Russia's Imperial Experience*, Cambridge, Polity, 2011.

“La historia de Rusia es la historia de un país que se coloniza”,¹ escribió al principio del siglo xx el gran historiador ruso Vasily Klyuchevsky. Colonizar en ese entonces se entendía más bien como un término técnico, usado ampliamente por la clase administradora del Imperio para referirse a su periferia política y cultural. En su libro *Internal Colonization: Russia's Imperial Experience* Alexandr Etkind habla sobre cómo este proceso tuvo una naturaleza doble: Rusia conquistó territorios extranjeros y dominó sus propias tierras, sometiendo no solo a grupos étnicos extranjeros, sino también a su propio pueblo. A partir del pensamiento de autores poscoloniales clásicos —entre sus principales referencias están Edward Said y Homi K. Bhabha—, Etkind dialoga con los teóricos occidentales e intenta repensar los sucesos clave en la construcción del Estado ruso moderno: abarca un periodo amplio, desde las raíces míticas de los varegos o varangios de Riúrik, el primer gobernador de “Kiev Rus” en 862, hasta el reinado de Nicolás II y la gulagización masiva del proyecto soviético.

Historiador cultural y miembro de la Facultad de Estudios Eslovos de la Universidad de Cambridge, Etkind reafirma la importancia del análisis de las contradicciones y los conflictos internos del Imperio Ruso para la

¹ V. Klyuchevsky, *Curso de historia rusa*, vol. 1, Moscú, La Edición Estatal de Literatura Política, 1956, p. 31.

teoría poscolonial. Desde este ángulo, su trabajo intenta cerrar la brecha en la bibliografía académica sobre este vasto espacio, que a partir de la década de 1990 se ha enfocado en sus periferias a expensas del entendimiento sobre lo que pasaba en su núcleo político. Los zares y sus asesores apuntaban a la inmensidad del territorio ruso como la fuente del poder imperial, lo cual se considera como el principal motivo de una mayor centralización del poder y una mayor expansión del Imperio. La continuidad de su historia y geografía es impresionante: el Imperio Ruso apareció en la escena global junto con los imperios monárquicos de España y Portugal, llegó a su maduración compitiendo con los ejércitos navales de Japón, Francia y Gran Bretaña y, en su reencarnación soviética y postsoviética, ha sobrevivido a todos sus rivales. Este enorme espacio fue poblado por una gran variedad de súbditos, de los cuales las élites gobernantes no se sentían protegidas y, por lo tanto, en cada etapa tenían que desarrollarse nuevos mecanismos para el control de las poblaciones.

Una de estas poblaciones que implicaba un peligro latente, subraya Etkind, fue la de los campesinos. Si bien Rusia no tenía una imagen exótica del Oriente, el objeto de su fascinación fue su propio pueblo. Proyectos característicos del colonialismo expansionista, como misiones, viajes exóticos y exploración etnográfica a menudo se dirigían al interior de Rusia. Tanto la élite ilustrada como los funcionarios soviéticos pensaban que los campesinos eran drásticamente diferentes de ellos; “primitivo” y “espiritual” a la vez, el campesino ruso despertaba sentimientos encontrados entre los que gobernaban su vida y sus tierras. Los aristócratas rusos eran particularmente despiadados con sus siervos, nos recuerda Etkind, y ofrece múltiples ejemplos, entre ellos el de Tatishchev, el aliado de Pedro el Grande, etnógrafo e historiador aficionado que gobernó los Urales con brutalidad militar, convirtiendo a los campesinos locales en siervos para obligarlos a trabajar en las fábricas. Al igual que a los funcionarios de las colonias británicas y francesas, a Tatishchev le gustaba la idea de una base científica para el derecho a la conquista que legitimara el hecho de que los campesinos eran objeto de coerción y violencia estatal.

Este pensamiento da pie a las instituciones específicas del Imperio Ruso, que durante siglos determinaron la vida del norte de Eurasia y la condujeron a los acontecimientos revolucionarios del siglo XX. Una de estas

es la servidumbre, que hizo que los campesinos fuesen propiedad de los terratenientes y que Etkind estudia de manera muy detallada. Surgió en la Baja Edad Media como respuesta al conflicto sectario y a la guerra civil y, eventualmente, al colapso del Estado y a la crisis de una economía dependiente de la plata y las pieles. “Mientras que en Europa Occidental los siervos se convertían en agricultores, arrendatarios o, si tenían mala suerte, en obreros, en Prusia, Polonia y Rusia los campesinos libres se convertían en siervos”, apunta Etkind.² Millones de ellos eran blancos, rusos y ortodoxos, y sin importar cómo se defina el centro del Imperio —si en términos geográficos, religiosos o étnicos— cuanto más cerca de este, más siervos había. Los campesinos de las regiones centrales de Rusia fueron privados de libertades esenciales; se vendían, se podía separarlos de sus familias y hasta apostarlos en un juego de cartas; además, los castigos corporales eran temidos por su cinismo y crueldad.

La servidumbre tenía mucho sentido económico y simbólico para las élites: los terratenientes se alimentaban del trabajo de sus siervos, recibían de ellos comida y todo lo demás que la tierra pudiera dar, y alentaban a los campesinos a llevar sus productos al mercado, para así recolectar impuestos. Si la hacienda no generaba lo suficiente, el Estado le otorgaba subsidios; de esta manera aseguraba la continuidad del consumo suntuario, la preservación del estilo de vida y los privilegios para los cercanos al poder. Después de la abolición de la servidumbre en 1861, la distancia política entre los campesinos recién liberados y los demás se acentuó por la distancia social. El sistema legal de sucesiones que regulaba el acceso de los ciudadanos a la propiedad, la educación y las universidades fue modificado y se volvió tan complejo que la explotación y la precariedad económicas, así como la supresión de los derechos, seguían en pie para los que estaban en los escalones imperiales más bajos.

Al mismo tiempo, la *intelligentsia* atribuía al pueblo ruso las virtudes más asombrosas: hombres y mujeres “comunes” destacaban en los discursos de las élites gobernantes y los textos literarios por su sencillez, diligencia desinteresada, sentido innato de la justicia y amor por el dolor. Este imaginario

² Etkind, p. 194, la paginación corresponde a la edición en ruso, *Novoe literaturnoe obozrenie*, 2013.

cultural orientalista autodirigido a menudo dotaba a los súbditos con cualidades superiores a las de sus gobernantes, situación que Etkind llama “hegemonía negativa”.³ Ubica su culminación en el “descubrimiento” de *obshchina* община —que se puede traducir como “comuna” o “comunidad”, pero además describe un tipo específico de estructura social en el campo ruso— a mediados del siglo XIX. Alentados por el nacionalismo estatal, el romanticismo alemán y las ideas utópicas de Francia, la élite intelectual rusa primero se acercó a una variedad de sectas religiosas y grupos aislados disidentes, quienes preservaban su modo distinto de vivir, pensar y administrar a su gente; más tarde, con el mismo asombro, empezó a estudiar a los propios campesinos, y la lectura revela que cada círculo intelectual desarrollaba interpretaciones cada vez más radicales.

En cuanto al eje étnico y racial de la colonización rusa, Etkind muestra que, por un lado, tuvo algunos rasgos en común con la colonización británica de América. Muchos grupos étnicos indígenas fueron asimilados o eliminados, sus culturas, creencias e idiomas destruidos y olvidados mientras que el Imperio estaba comprometido con la homogeneización de sus poblaciones. El resultado de estas políticas fue que la mayoría hablaba el mismo idioma y tenía el mismo color de piel. Por otro lado, de un modo inusual para las potencias europeas, el Imperio Ruso mostraba un gradiente colonial inverso: los grupos de la periferia vivían mejor que los de las provincias centrales. El imperio convocaba a los extranjeros —alemanes, franceses, daneses, ingleses— a sus tierras, dándoles una posición privilegiada en comparación con los rusos y otras etnias locales. A partir del siglo XIX, a este eurocentrismo se añade la política de rusificación, pero tiene un efecto inverso: en respuesta a las acciones represivas del Estado, numerosos pueblos del Imperio, incluido el ruso, desarrollaron ideas nacionalistas y sentimientos antiimperiales.

Etkind deja claro que el mismo proceso que llevó al desmoronamiento de las potencias coloniales y a la emergencia y expansión del Tercer Mundo tuvo una dinámica muy diferente dentro del Imperio Ruso. El libro muestra que con el paso del tiempo las formas de sometimiento se hicieron más complejas y se volvieron más sofisticadas. La cultura fue utilizada por

³ *Ibid.*, p. 388.

el Imperio como su instrumento de dominación, aunque en las manos “equivocadas” puede ser una carga explosiva con consecuencias inesperadas. En situaciones de crisis, los mismos intelectuales encargados de gestionar las distancias culturales han afirmado su carácter artificialmente construido y desnaturalizando y las han deslegitimado. En la sociedad rusa (*rossijskij*) que valora las prácticas de lectura y escritura y ve en estas las vías superiores de autorreflexión y autoexploración, y los escritores representan figuras sumamente importantes, al mismo tiempo son objeto de vigilancia intensa por parte de las autoridades. A mediados del siglo XIX, el radical Alejandro Herzen culpó a Inglaterra y al mundo por el hecho de que, al luchar contra la trata de esclavos se olvidaban del sufrimiento de los siervos rusos. El grupo de intelectuales que encabezaba Herzen, criticaba abiertamente la servidumbre; ese círculo incluía al crítico literario Vissarion Belinsky, para quien los siervos eran “los negros blancos” y el Imperio “el terrible espectáculo del país” moralmente degradado.⁴ Varias generaciones de escritores han debatido sus argumentos y se han inspirado en sus ideas, a pesar de que la publicación de los textos de los radicales fue prohibida: Dostoievski fue condenado a muerte por leer y compartir las cartas de Belinsky, sentencia que fue reemplazada por trabajo penitenciario en Siberia.

El libro de Etkind resalta sobre todo el papel de la literatura clásica rusa que, paradójicamente, se convierte en la institución más exitosa de la hegemonía imperial y en la plataforma de su crítica más severa. Al cumplir su función de proporcionar códigos culturales compartidos y unificadores para las poblaciones dispersas social y culturalmente en un territorio enorme, la ficción literaria fue y es la forma de protesta más eficaz. Desde la poesía satírica del siglo XVIII y las novelas realistas del XIX hasta los géneros y autores de hoy, la literatura ha mantenido un encanto especial para muchos lectores tanto dentro como fuera de Rusia. Etkind hace un recorrido extraordinario por el vasto paisaje literario ruso, ya que sus conocimientos de este son admirables: se puede apreciar “la gran saga de la disidencia política y la prueba del poder transformador de la cultura”,⁵ en los tres últimos siglos de su tradición. Los escritores transformaban sus sentimientos

⁴ *Ibid.*, p. 162.

⁵ *Ibid.*, p. 390.

en obras canónicas y por este medio daban voz a los grupos subalternos y rompían las cadenas del silencio y la discriminación. El fenómeno que está en el núcleo de la “colonización interna”, como lo define el autor, es gente blanca marginada por gente blanca que defendía y simpatizaba con gente blanca. Gracias al humanismo de la literatura rúsiana podemos entrar al mundo de los menos privilegiados dentro de las rígidas jerarquías imperiales y, a través de las preocupaciones e inquietudes de los protagonistas de los textos, escuchar sus voces. 

EL ÚLTIMO IMPERIO

Los días finales de la Unión Soviética

Eduardo Núñez Mayeya

Serhii Plokhii, *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Perseus Books Group, 2014.

El pasado 16 de abril de 2020, Mikhail Sergeevich Gorbachev, el último mandatario de la extinta Unión Soviética, recalcó la importancia de disminuir los gastos militares mundiales, para priorizar estrategias contra la actual amenaza común de la humanidad: la pandemia de SARS CoV 2, desatada a fines de 2019, por el virus covid-19.¹ ¿Pero qué revelan estas palabras sobre el hombre que alguna vez lideró a la antigua superpotencia?

El mensaje de Gorbachev cobra resonancia porque reafirma su postura antimilitarista, que caracterizó su desempeño político al frente de la Unión Soviética durante la Guerra Fría, al colaborar con la distensión de la amenaza nuclear y el choque tecnológico, ideológico y comercial con Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Esta actitud no pasó desapercibida, ya que se retribuyeron sus esfuerzos con el Premio Nobel de la Paz, en 1990. ¡Al menos, eso dicta la narrativa histórica oficial! Sin embargo, el revisionismo historiográfico ha permitido arrojar más luz al respecto con obras recientes.

En ese sentido, Serhii Plokhii, historiador ucraniano y director del Instituto de Investigación de Estudios Ucranianos en la Universidad de Harvard,

¹ Tatyana Makeyeva, “Gorbachov: ‘Para vencer al coronavirus hay que recortar los gastos militares’”, *RT en Español*, 16 de abril de 2020, disponible en: <https://actualidad.rt.com/actualidad/350136-gorbachov-vencer-coronavirus-recortar-gastos-militares> [fecha de consulta: 4 de agosto de 2020].

publicó en 2014, *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*. Esta obra no solo consiste en un enorme y minucioso trabajo de recopilación y análisis de archivos, minutas desclasificadas, discursos de líderes soviéticos, estadounidenses, ucranianos, y transcripciones de llamadas telefónicas entre los principales protagonistas de la llamada “era de la distensión” en la que se relajó la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

El verdadero mérito de Plokhii es presentar dos contrapropuestas a la tradicional explicación de la caída de la Unión Soviética, que sitúa a Estados Unidos como el gran victorioso ante la debacle de la potencia socialista, debido a una crisis económica que la desgastó ante el gigante norteamericano. Plokhii explica, a lo largo de 544 cuartillas, en 18 capítulos, que estos elementos no bastan. Así, su primera propuesta es comprender el colapso de la Unión Soviética debido a factores internos con efectos globales.

Así, el colapso entre agosto y diciembre de 1991 puede comprenderse porque la antigua potencia, tal como ocurrió con los imperios Otomano y Austro-Húngaro, conservaba una estructura imperial, que no resistió los esfuerzos por alcanzar la autonomía en sus diferentes repúblicas multiétnicas, ni sus aspiraciones económicas, aceleradas con los procesos de liberalización económica y transparencia democrática derivadas de las políticas de la *perestroika* y *glasnost*, respectivamente, implementadas por Gorbachev.²

Plokhii destaca que estos elementos inevitablemente entraron en conflicto con el poder central de Moscú, que deseaba la sumisión de sus repúblicas respecto al centro, bajo el formato de una Confederación de Estados Independientes, lo que sacó a relucir rivalidades latentes. A lo largo del libro, el caso más notorio de estas diferencias es el referéndum ucraniano que decidió su independencia en diciembre de 1991.

Tan importante es este caso, que le dedica un capítulo entero, sin interrumpir su continuidad argumentativa, desde la introducción hasta el epílogo. Con acierto, el autor sostiene que el referéndum ucraniano destruyó el sueño de Gorbachev: mantener a la Unión Soviética unida bajo una

² Serhii Plokhii, *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Perseus Books Group, 2014, p. 11.

Unión Comercial. Arropado en las transformaciones democráticas, y la reafirmación del respeto a los derechos humanos, entre Gorbachev y el presidente estadounidense, George Bush, era inevitable el triunfo del plebiscito, y el efecto en cadena que desató con el resto de las repúblicas, como Estonia, Letonia y Lituania.

En la segunda hipótesis, Plokhii renuncia a conservar la interpretación maniquea que sitúa los virtuosos valores democráticos de Estados Unidos como los motivos de triunfo sobre una decadente Unión Soviética durante la Guerra Fría. En contraste, una vez cubierta la explicación multifactorial y global de la crisis, el historiador reconoce que las rivalidades entre Gorbachev y el presidente ruso, Boris Yeltsin, solo aceleraron el inevitable desgaste del imperio por una sencilla, pero determinante razón.

Plokhii sostiene que Estados Unidos acompañó, mas no provocó, el debilitamiento de la Unión Soviética, por temor a desatar la temida guerra nuclear. Es decir, cual si fuese un juego de ajedrez, los dirigentes estadounidenses se mantuvieron alertas, pero la verdadera partida se libró en suelo soviético. A partir de esta narrativa revisionista, el argumento del autor muta constantemente de un trabajo académico a lo que por momentos se convierte en una auténtica historia de espionaje, sustentada en su documentación. Todo esto, sin perder un ápice de seriedad en el análisis de sus fuentes. De esta manera, desmenuza su propuesta con declaraciones desclasificadas de diplomáticos como el ex presidente George Bush, el General Brent Scowcroft, asesor de Seguridad Nacional, y James Baker, especialista en el Área Soviética del Departamento de Asuntos Exteriores.

Apoyado en una narrativa ágil, y con cierto suspenso, sin que eso signifique convertir su brillante estudio en una monografía de héroes y villanos, de la mano de estos personajes secundarios, Plokhii aborda la inteligencia de los políticos, quienes no cesan su rivalidad ideológica, solo la manifiestan de forma diplomática. Las fuentes ayudan a clarificar la estrategia y cautela detrás de decisiones que cimbraron a uno de los mayores imperios del siglo XX tras la complicación de las relaciones diplomáticas entre el centro y sus repúblicas.

Y es que un elemento ameno que acompaña constantemente la lectura son ciertas referencias o lecciones del pasado, que a menudo se presentan para la posteridad. Bien lo señaló antes el estadista militar prusiano, Carl

von Clausewitz en 1853: “La guerra simplemente es una continuación del intercambio político con intervención de otros medios”.³

En ese sentido, las fuentes analizadas no dejan duda respecto a que los asesores de George Bush le aconsejaron demostrar apoyo incondicional a la democratización de la Unión Soviética, respeto por sus líderes y cautela ante el crecimiento de las tensiones entre Moscú, y las diferentes repúblicas soviéticas, sin que eso significara una amistad benevolente con el Kremlin. Plokhii nos recuerda constantemente que solo Rusia tenía la última palabra sobre el arsenal nuclear, de ahí la importancia de acercarse con inteligencia.

Plokhii se sirve de informes, como el proporcionado por Nicholas Burns, para defender su argumento: “Queríamos ver un debilitamiento gradual de la estructura soviética y cambios y reformas graduales porque temíamos que, si apoyábamos de manera directa los movimientos nacionalistas, habría violencia, lo cual comprometería el control de las armas nucleares en algunas repúblicas, y sentimos que la decadencia estable estaba a nuestro favor”.⁴ Una vez desarrolladas las dos tesis que sirven como contribuciones a la historiografía de la Guerra Fría, los factores de disolución interiores y la actitud expectante de Estados Unidos, Plokhii enlaza ambos hilos conductores en una perspectiva global que atañe directamente a la implosión del imperio, y con ello, a la caída del mando de Gorbachev. El autor deja claro que los individuos tienen incidencia en la Historia, pero son las grandes estructuras económicas y las masas las que definen el curso de los acontecimientos, por ende, acierta en un enfoque materialista, sin denostar el drama humano.

Así, a la par de su referéndum de independencia en 1991, Plokhii subraya la negativa del gobierno de Leonid Kravchuk, en Ucrania, la segunda gran república soviética, como un factor decisivo para no acatar los Acuerdos de Belavezha, que Gorbachev ideó como una suerte de confederación comercial para mantener unida a la Unión Soviética. En ese sentido, el autor sostiene que las razones para no firmarlo se debieron a una mejora de la

³ Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, Berlín, Bibliotheca Augustana, 2010, p. 1237, disponible en: file:///C:/Users/Eduardo/Pictures/VomKriege-ebook.pdf [fecha de consulta: 4 de agosto de 2020].

⁴ Entrevista con Nicholas Burns, Universidad de Harvard, 15 de junio de 2012, en S. Plokhii, *op. cit.*, p. 87.

producción agrícola en suelo ucraniano, paralela a la crisis económica rusa, con el antecedente de la salvaje hambruna y colectivización de la década de 1930, durante la dirigencia estalinista. Un factor que reavivaron las masas deseosas de independencia.

Ante esta negativa, Gorbachev solo contó con la adhesión de repúblicas asiáticas centrales como Uzbekistán, que a pesar de su alta producción de algodón, no podía darse el lujo de alejarse de Rusia, ante el creciente poderío chino de finales del siglo XX. Esto es, condujo a la tría eslava de Leonid Kravchuk, Stanislav Shushkevich y Boris Yeltsin, al mando de los gobiernos de Ucrania, Bielorrusia y Rusia, respectivamente, a negociar la disolución de la Unión Soviética con los Acuerdos de Almaty de diciembre de 1991.

Ante este escenario, el autor concluye de forma brillante con un cuestionamiento crítico de la narrativa oficialista del fin de la Guerra Fría, que declara a Estados Unidos como el “ganador”, en palabras del ex presidente estadounidense George Bush, según su discurso de Navidad del 25 de diciembre de 1991. En respuesta, Plokhii expone una contraposición de proyectos antagónicos entre la Confederación Económica de Gorbachev y la Comunidad de Estados Independientes, liderada por Yeltsin y apoyada por Estados Unidos como el último de los factores interiores que derrumbó al régimen soviético.

Plokhii, con ayuda de las memorias personales de los dos líderes rusos, retrata a un Gorbachev desgastado por sus propias reformas, con su proyecto económico disuelto y presionado por las fuerzas conservadoras del Partido Comunista Rusiano, representadas por el dirigente de la KGB, Vladimir Kriuchkov, opositor de la *perestroika* y la *glasnost*. Igualmente, las notas personales de Yeltsin, así como las transcripciones de sus llamadas con Bush, resultan fuentes de suma importancia para el autor. Con ellas, demuestra que el respaldo que ambos ofrecieron a Gorbachev durante el intento de golpe de Estado ejecutado por Kriuchkov, entre el 19 y el 21 de agosto de 1991, cuando los oficiales de la KGB depusieron brevemente al mandatario y desplegaron tanques militares en las calles moscovitas, solo fueron esfuerzos conjuntos para ganar tiempo.

Es decir, en apariencia, mostraron un apoyo genuino a su gobierno; sin embargo, el golpe fue aprovechado para servirse de las reformas implementadas por Gorbachev en favor de un régimen democrático, que acele-

rase la disolución de la Unión Soviética y delegara todo el mando sobre el arsenal nuclear a Rusia, en favor del desmantelamiento en el resto de las repúblicas, tal como se acordó en la Cumbre de Almaty, el 21 de diciembre de 1991.

Como recompensa a su colaboración, la relatoría y el análisis de los documentos refieren cómo Yeltsin negoció con Bush, en secreto, que Rusia fuese la heredera reconocida de la Unión Soviética en política internacional, además de su sustituto en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Conviene subrayar que el enfoque multifactorial y global propuesto por Plokhii desde su introducción, concluye con la exposición de acuerdos que beneficiaron a las repúblicas. Desde el desmantelamiento nuclear de los arsenales de que disponían Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán y el resto de ex miembros soviéticos, hasta el reconocimiento de independencias a Ucrania, Letonia y Lituania. Este puede considerarse un gran acierto historiográfico en tanto que sustituye la comprensión del mundo bipolar por una perspectiva multipolar, donde otros actores de la región incidieron en el declive del imperio soviético.

En sus últimas páginas, la narrativa de Plokhii consigue reflejar el drama de los últimos días de Gorbachev al mando de la Unión Soviética. El hombre que persiguió el desarme nuclear y las buenas relaciones con Washington, es expuesto por sus memorias y las de su círculo más cercano, como Aleksandr Yakovlev, como un político más, que si bien no fue asesinado en su oficina como marcaba la tradición con líderes anteriores, sí fue humillado por Boris Yeltsin, cuando este le pidió los archivos secretos del Partido en los pasillos del Kremlin y no en sus oficinas, orilló a su familia a desalojar sus habitaciones con prontitud y reemplazó la bandera roja soviética por la rusa tricolor la misma noche del 25 de diciembre de 1991, cuando se había acordado izarla el primero de enero de 1992. Todo esto, mientras el presidente Bush era aconsejado por el general Scowcroft y el resto de sus ideólogos para transmitir por televisión a las familias estadounidenses el triunfo de su país, de la mano de los valores capitalistas, sobre el comunismo.⁵

⁵ S. Plokhii, *op. cit.*, pp. 520-544.

Por último, la propuesta de este libro es repensar la forma en que la historiografía comprende el declive de la Unión Soviética tras cuarenta años de conflicto, expandir la perspectiva global para explicarlo y considerar un planteamiento multifactorial. Los seres humanos también reciben la importancia justa y Plokhii demuestra la relevancia de las estrategias existentes en la política, elementos que redujeron a cenizas y a un posterior Premio Nobel todos los esfuerzos diplomáticos de Gorbachev por evitar la disolución de su país, lo cual no deja dudas de que los intereses en la política pueden ser tan fríos como la noche de invierno en que las cámaras de CNN, Voice of America y las televisiones soviéticas capturaron el fin del imperio. El mundo había cambiado. ❧

A TRAVÉS DE LA CORTINA DE HIERRO

Alfonso Salas

Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin. Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.

La muerte de Stalin en 1953 marca el inicio de una nueva etapa en las relaciones internacionales de la Unión Soviética. Las declaraciones de Krushev sobre las purgas y otros crímenes estalinistas iniciaron un proceso de auto-crítica estatal que buscaba redefinir las rutas oficiales hacia el socialismo. Los acontecimientos globales después de la Segunda Guerra Mundial y las luchas de descolonización del Tercer Mundo inspiraron un nuevo discurso de apertura que buscaba poner fin al aislacionismo característico de las décadas previas. Así, la Unión Soviética adoptó una nueva actitud respecto al mundo que debía ser comunicada al exterior.

En su libro *Soviet Internationalism after Stalin*, Tobias Rupprecht ofrece una historia de las relaciones culturales entre América Latina y la Unión Soviética. Con un enfoque transnacional, el autor explora las conexiones entre dos grandes entidades, en apariencia distantes entre sí, que interactúan de manera dinámica en un momento de transformación ideológica. El estudio de Rupprecht es una propuesta que desafía las ideas tradicionales sobre aislacionismo y distanciamiento en la historia de la Guerra Fría. Propone, en cambio, una interpretación en la que predomina el diálogo y la percepción mutua en un contexto global.

Siguiendo el modelo de *histoire croisée*, el autor superpone dos áreas geográficas para observar las relaciones entre individuos y grupos.¹ De esta forma, los productos culturales adquieren un papel fundamental en el libro: más que fuentes diplomáticas, el autor mira sus documentos como artefactos culturales. Esta distinción sitúa al lector dentro de una esfera de interacción, en la cual el flujo comunicativo no es unidireccional sino dialógico; es decir, entabla una relación de transculturalidad.

Las fuentes de las que el autor echa mano son muy variadas. Recopila numerosas entrevistas y crónicas de la época. Además, aprovecha múltiples relatos de viaje, sumamente ricos en descripciones. Películas y novelas no faltan en el estudio. Sobre los archivos, acude a los repositorios estatales rusos de reciente apertura, también a bibliotecas de varias partes del mundo en ciudades de Europa y América Latina para la realización del trabajo.

En la obra se propone el internacionalismo, más que como un instrumento político, como una convicción compartida y activa, patrocinada por figuras políticas y culturales. Así, el internacionalismo soviético postestalinista se percibe como un esfuerzo de integración global. Al tratar de despojarse del aislacionismo hermético y emitir un mensaje de modernización al mundo, se aprecia como un intento de construir entendimiento y cooperación internacional en un marco de valores compartidos.

La propuesta del libro responde a problemas de las historiografías internacional y global. Por un lado, busca integrar el papel de América Latina a las grandes narrativas en las cuales ha sido relativamente ignorada dentro de los procesos mundiales de la década de 1950. Si bien los estudios sobre el tercermundismo se concentran en la reacción contra los procesos de modernización europea, el lugar que ocupa América Latina ha sido descuidado en comparación con la relevancia que se le ha dado a Asia o a África.

Por otro lado, cuestiona las historias de la Unión Soviética y el Tercer Mundo, donde se remite de inmediato a Occidente como referente principal. Rupprecht subraya el hecho de que no todos los entramados mundiales

¹ Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin. Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 21.

estaban predestinados a incorporarse a mercados y democracias liberales.² Sugiere, en cambio, una posible historia entre Europa Oriental y el Tercer Mundo en la que Occidente no figura como referente y norma conceptual.³ En suma, se trata de un ejercicio de integración de la Unión Soviética y América Latina a la historia global, desde un punto de vista que favorece la visión del cono sur a través de sus relaciones culturales.

En el primer capítulo se aborda la forma en que se construye la autorrepresentación soviética. Transmitida por distintos medios a América Latina, dicha construcción apela a una versión idealizada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en la que la imaginación política, la visión del mundo y el horizonte intelectual son determinantes para proponer un estilo de vida soviético. El análisis implica un cambio en la concepción de la propaganda política por el de una diplomacia política-cultural. En este tipo de diplomacia, llamativa y versátil, participan diversos órganos y actores; entre ellos, destaca el papel de las Sociedades de Amistad de la Unión Soviética (SSOD), institución que se posicionó regionalmente en catorce países de América Latina por medio de Casas de Amistad.

En este primer acercamiento, las publicaciones son fundamentales para comprender la imagen de la URSS. El recuento de la distribución de revistas ilustradas, que pasaron de un tono gris a otro sumamente colorido, es indicativo de los temas prioritarios de la idea de la modernidad soviética: tecnología, ciencia, cultura y deportes llenan portadas y escaparates. En el ámbito de la vida cotidiana, la imagen constante de mujeres y niños felices responde a un modo de vida idílico, con población sana y feliz.⁴

Entre los elementos de representación más destacables se encuentran el programa espacial: los vuelos del *Sputnik* en 1957 impresionaron a los espectadores latinoamericanos. De igual forma, exhibiciones tecnológicas y eventos de alta cultura fueron centrales para transmitir la imagen de una sociedad capaz de sobreponerse a cualesquiera de las adversidades futuras.⁵

En el análisis de Rupprecht hay un interesante ejercicio que consiste en ver lo sutil en las esferas de interacción. Detrás de la fachada de vanguardia

² *Ibid.*, p. 9.

³ *Idem.*

⁴ *Ibid.*, p. 37.

⁵ *Ibid.*, p. 44.

tecnológica y cultural, identifica una profunda creencia en la inestabilidad. De acuerdo con el autor, los ideólogos del nuevo internacionalismo debían reducir su retórica política, lo cual es notorio en su lenguaje corriente: por ejemplo, cambiar “comunismo” por “soviético”. La imagen de modernidad se define en gran medida en oposición a lo que en América Latina se puede entender por comunista. La promoción de un estilo de vida soviético debía prescindir de la participación de los partidos comunistas locales, vistos ahora como núcleos políticamente problemáticos. Sin embargo, el autor matiza que las actividades de representación cultural extranjera, aunque adoptasen una fachada neutral, seguían funcionando como agentes políticos: los agentes que viajaron en misiones culturales a América Latina eran el puente de contacto con la intelectualidad local, sin mencionar que debían redactar informes que terminaban clasificados en los archivos de la KGB.

Reportajes y crónicas de viaje a la URSS son los primeros registros de turistas que recorren las ciudades más bellas del antiguo Imperio Rusiano. Aparecen guías y circuitos de viaje. Al mismo tiempo se explora el papel de la juventud a través de ciertos acontecimientos clave, como el Festival de la Juventud de Moscú en 1957. En estos hechos destaca la remoción de la iconografía de los líderes en los espacios públicos. Asimismo, se rastrean las experiencias de aquellos que asistieron en calidad de estudiantes universitarios. La recopilación de estas impresiones indica que Moscú proyectaba una imagen de juventud, belleza y color a través de nuevos símbolos.

En la década de 1950, la retórica de paz y solidaridad atrajo la atención de las nuevas generaciones de jóvenes latinoamericanos. Al mismo tiempo, se vivían importantes procesos de descolonización en el Tercer Mundo, por lo que el mensaje antiimperialista soviético encontró su audiencia.⁶ De esta forma, la URSS se posicionaba como un Estado moderno que sabía jugar de acuerdo con las reglas del sistema político mundial: se mostraba solidario con el Tercer Mundo y resguardaba en su seno a una población educada, feliz y consumista.⁷

En el segundo capítulo se analiza la repercusión que tuvo América Latina en la cultura popular soviética. En música y cine surge cierta folkloriza-

⁶ *Ibid.*, p. 70.

⁷ *Ibid.*, p. 51.

ción con rasgos de exotismo. Al respecto, quizá uno de los aportes más significativos del libro sea el intento por estudiar el estereotipo de manera no reduccionista. Si bien reconoce que este tipo de representación deroga y privilegia la identidad occidental,⁸ el autor trata de superar la barrera al concentrarse en la forma en que los símbolos configuran el imaginario soviético. Se trata de un esfuerzo por desplazar la mirada hacia la resignificación de lo latinoamericano en otros contextos.

Esta es la época de un internacionalismo postestalinista más alto: concluye la era del realismo soviético y se abre paso un heroísmo que, aunque costumbrista, refleja un estilo más auténtico, según el autor. Así, más que un imperialismo cultural, resalta una curiosidad ingenua por lugares lejanos y aire de anhelo escapista por parte de la sociedad soviética.⁹ El color latinoamericano ilumina la vida cultural soviética. Los relatos de viajes son fundamentales para Rupprecht porque le permiten reconstruir las impresiones de los autores latinoamericanos que viajaron a la URSS, así como las publicaciones soviéticas de la década de 1960 sobre América Latina. En este análisis dialéctico el gran ausente, Estados Unidos, se revela de manera particular.

Los escritos de intelectuales latinoamericanos, estudiados en el tercer capítulo, resultan interesantes sobre otras esferas de lo cultural. En el marco del internacionalismo soviético postestalinista, la visita de intelectuales reavivó una visión utópica de la URSS que había perdido desde la Segunda Guerra. Además, se traza el perfil de escritores que contrasta con la imagen del intelectual cosmopolita de izquierda. Estas indagaciones generan un contrapeso acerca de la intelectualidad que sale de los márgenes europeos. Por último, se identifica un movimiento panlatinoamericano de tendencia izquierdista como parte de un internacionalismo cultural expandido.¹⁰ Sin una concepción global, resultaría difícil observar movimientos a gran escala como estos.

El capítulo cuarto examina la vida estudiantil latinoamericana en universidades soviéticas. Se advierte algo que vale para toda la obra: los relatos recogidos no retratan la realidad misma, sino que son un conjunto de opi-

⁸ *Ibid.*, p. 77.

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 188.

niones que contienen un alto grado de subjetividad. Recoger las memorias del estudiantado involucra la glorificación nostálgica de la experiencia juvenil.¹¹ Dicho esto, el capítulo indaga en los recuerdos depositados por los propios estudiantes en forma de memorias, cuestionarios y entrevistas. Temas varios desde el uso del tiempo libre, la vida sexual y el consumo de música y drogas no quedan fuera del marco. El análisis no omite las críticas de los jóvenes al sistema. Además, se señalan las implicaciones de la estrategia soviética de no exponer a los alumnos extranjeros a un adoctrinamiento ideológico.

En el último capítulo se recupera el papel de los académicos (*meždunarodniki*) quienes, a través de su trabajo científico, dieron fundamento al internacionalismo soviético postestalinista. Se trata de un tema poco estudiado por los historiadores y en general abordado desde el punto de vista político y no desde sus aportaciones científicas. La apuesta por desarrollar una historia institucional académica, a la manera de una biografía colectiva, permite observar la unidad de pensamiento que comparte una generación distintiva.¹² Se abordan las diversas áreas de estudio y las publicaciones científicas de los institutos soviéticos. Repara en las condiciones materiales que marcan una línea divisoria entre la vida académica y obrera. La *intelligentsia* soviética se muestra como un grupo privilegiado que tenía cierta relevancia en la toma de decisiones políticas. El internacionalismo, visto desde esta perspectiva, permite crear una concepción más sobria de América Latina desde la URSS. En este contexto se ofrecen interpretaciones competentes sobre los desarrollos económicos: surgen términos como “capitalista independiente” y se discute la Teología de Liberación. En conjunto, estos debates muestran cuánto cambia la percepción sobre América Latina durante la Guerra Fría.

Podemos concluir que el libro de Tobias Rupprecht es un excelente estudio que subraya la relevancia de la ideología y la cultura en la historia global. En general, desafía las narrativas que interpretan la historia de la Unión Soviética posterior a 1953 como una occidentalización gradual. Cuestiona la idea común sobre la adopción de hábitos de consumo como elemento que termina por socavar los valores internos del sistema.¹³ En su

¹¹ *Ibid.*, p. 228.

¹² *Ibid.*, p. 279.

¹³ *Ibid.*, p. 286.

lugar, propone un internacionalismo vivificante con un modelo de modernidad particular que se aparta del aislacionismo estalinista. Aunque se podría señalar que se echan en falta problematizaciones sobre el concepto histórico de América Latina o el Tercer Mundo, el libro, en general, es una excelente propuesta de reconexión cultural. *Internationalism after Stalin* amplía el marco de visión y nos permite contemplar historias comúnmente bloqueadas por la Cortina de Hierro. ❧

CAJÓN DE SASTRE

Jean Meyer

En el número 18 de *La Gaceta de los Nuevos Disidentes* enumeran los cinco signos de la rehabilitación de Stalin en Rusia. No solamente el gobierno de Putin puso fin, hace tiempo, a todo trabajo sobre la memoria de la época soviética, sino que alienta la rehabilitación del Padrecito de los Pueblos. Una señal bastante desagradable la acaba de dar el Servicio Federal de Aplicación de las Penas: apoya la propuesta de que los presos trabajen en el mantenimiento de la línea de ferrocarril Baikal-Amur, el famoso BAM del Extremo Oriente ruso. La construcción del BAM fue una de las grandes obras de Stalin, realizada con la mano de obra esclava del Gulag. Más de diez mil vidas costó la vía.

En abril de 2021, el excelente novelista Zajar Prilepin, presidente del partido Rusia Justa Patriotas por la Verdad, con 23 diputados en la Duma, propuso la erección de una estatua de Stalin en Moscú. Empezó a recoger firmas de apoyo, después de la celebración del 9 de mayo, día de la victoria sobre el Tercer Reich: “La idea de levantar el monumento será aprobada por todos los que tienen una mirada realista sobre la historia de Rusia en los años 1920-1950 y que no creen en *fakes* propuestos por Nikita Jrushchov”.

Surgió otra propuesta de monumento en Moscú, en la plaza de Lubianka, el gran edificio de la Cheka, GPU, NKVD, KGB, los “órganos” de seguridad con nombre cambiante y práctica permanente. En los sótanos del siniestro edificio fueron torturados y asesinados miles. Cuando se esfumó la URSS, los moscovitas lograron quitar la estatua del fundador de la Cheka, el bol-

chevique polaco Dzherzinsky, *Félix de Hierro*. Creo recordar que no se destruyó y que se guardó en un patio interior. Ahora la quieren poner otra vez afuera, lo que implicaría quitar el monolito instalado en memoria de todas las víctimas. En una consulta por internet, 45 por ciento aprobó la propuesta. El alcalde de Moscú dijo que no se hará, pero el procurador comentó que el desmantelamiento de 1991 no tenía base legal.

Según un sondeo publicado en 2020, 41 por ciento de los rusos entre 18 y 24 años conoce mal o ignora totalmente las represiones estalinistas; eso contrasta con el hecho de que 89 por ciento conoce las victorias soviéticas de la Segunda Guerra Mundial. El sondeo del 5 de mayo de 2021, en vísperas de la celebración del día 9, dice que 39 por ciento piensa que Stalin tuvo un papel decisivo en la derrota del nazismo.

Por último, está el discurso que pronunció el presidente Putin el 9 de mayo, en el gran desfile militar: “Frente al nazismo, nuestro pueblo estaba solo para defender a la Patria y liberar a los pueblos de Europa de la peste parda”. Si no es mentira, la única explicación es la amnesia. Churchill y Roosevelt concluyeron una alianza decisiva con Stalin, algo que quiere olvidar el presidente. Luego denunció “ciertos Estados deseosos de reescribir la Historia”. En su versión de Historia, exalta el papel de Stalin y justifica el pacto germano-soviético, la alianza con Hitler que permitió el reparto de Polonia entre el Reich y la URSS, así como la anexión de los países bálticos y parte de Rumania.

Sin que haya debate público sobre el pasado, a casi setenta años de la muerte de Stalin y de la operación de desestalinización emprendida por Jrushchov, una nueva Operación Stalin, positiva, está en marcha. El gran georgiano le dio a Rusia el poder y la gloria, pero a un costo humano inimaginable. No hubo familia que no hubiera sufrido el terror y la represión, algo que la joven generación no puede saber porque los memoriosos abuelos y bisabuelos han desaparecido y la escuela no dice nada sobre el precio de la gloria. Stalin el glorioso regresa. Limpio. La sangre... ¿cuál sangre? Él profetizó: “¿Quién recordará todo este relajo en diez o veinte años? Nadie. ¿Quién recuerda los nombres de los que Iván el Terrible mandó matar? Nadie”.

En *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, el 19 de junio de 2021 Javier Rodríguez Marcos consignó una lectura de *La casa eterna*, libro de Yuri Slezkine, un antiguo historiador de la URSS que huyó a Estados Unidos, obtuvo la ciudadanía y, ahora, busca la nacionalidad rusa, si bien para la burocracia él sigue siendo lo hoy imposible: un ciudadano soviético. Escribe Rodríguez Marcos en “La efímera casa eterna del estalinismo”:

[El libro de Slezkine] se trata de la historia de la Casa del Gobierno, un edificio de 500 apartamentos inaugurado en 1931 para alojar a la élite del Partido Comunista. La Casa estaba frente al Kremlin, el lugar al que miraban sus habitantes para saber si el dios de la fortaleza (Stalin) les era propicio o no [...]

Todo en la Casa era desmesurado: tenía un cine con 1500 butacas y un teatro con 1300, un cuerpo de guardia de más de un centenar de agentes y un retén de bomberos de 24 miembros. Iba a ser la síntesis perfecta del paraíso comunista, se transformó en un lugar de privilegio en medio de una sociedad que moría de hambre y terminó convertido en la antesala del infierno para todos aquellos que caían en desgracia a los ojos de sus grandes jefes.

El 11 de junio de 2021, en *Le Monde*, Isabelle Mandraud deja registro de un documento publicado por la Federación Internacional de los Derechos Humanos, “Crímenes contra la historia”, que da cuenta de los intentos sistemáticos de Moscú, a lo largo de los años recientes, por imponer una narrativa oficial y autolegitimar el poder de Putin mediante ataques contra los historiadores, acallando hechos salidos a flote desde hace tres décadas. Mandraud habla del colectivo “Los hijos del Gulag”, que representa a sobrevivientes del estalinismo, nacidos y mantenidos en el exilio. Estas personas, anota Grigori Vaipan, el abogado que lleva su caso a partir de una ley de 1991 que abrió la puerta a las reparaciones tras el reconocimiento de un periodo de “terror y persecución en masa” durante la época soviética, “han vivido siempre en el exilio interior, a miles de kilómetros de sus lugares de origen, en muchas ocasiones en los mismos lugares donde sus familiares fueron remitidos hace decenios”.

El presidente de Rusia firmó hace poco una ley que le permite presentarse a dos nuevos mandatos de seis años. Puede quedarse en el Kremlin hasta 2036. Goza de una popularidad superior a 60 por ciento. A sus 68 años, se

ha mantenido más de veinte años en el poder y podrá durar hasta cumplir 83. La vacuna Sputnik V (V de Victoria) confirma que Rusia es una potencia científica y amplía su influencia, en el sentido del proyecto de recobrar la posición de líder mundial de la URSS, cuya “desaparición fue la mayor tragedia del siglo xx”, en palabras de Putin.

Sin embargo, causa y tiene problemas, quizá porque todos los medios le parecen buenos para esa reconquista. Uno de los problemas es el espionaje y la guerra digital que, desde hace años, trabaja en desestabilizar a la sociedad estadounidense y europea. Eso ha provocado una fuerte reacción por parte del presidente Biden, en forma de duras sanciones financieras. La expulsión (recíproca) de diplomáticos es lo de menos.

Recientemente han surgido dos problemas cuyo desenlace podría ser grave: el caso del opositor ruso Alexéi Navalny y la creciente tensión entre Rusia y Ucrania. La detención de Navalny, en enero, a su regreso de Berlín —donde los médicos lo salvaron de un envenenamiento criminal—, fue denunciada por Estados Unidos y la Unión Europea. “Putin pasará a la historia como el envenenador”, declaró Navalny y el presidente Biden le hizo eco: cuando un entrevistador le preguntó si pensaba que su homólogo ruso era un asesino, contestó: “Sí, lo pienso”. Problemática es la relación entre Rusia y Estados Unidos. Biden no es el complaciente Trump. A principios del mes, Navalny empezó una huelga de hambre y fue hospitalizado hace poco. Washington advirtió: “habrá consecuencias si Navalny muere”. Inadmisible injerencia en nuestros asuntos, contestó el Kremlin.

De forma paralela, en algo que puede ser más que coincidencia, la guerra de trincheras en el Donbass, entre separatistas apoyados por Moscú y Ucrania, amenaza con ampliarse. Desde el primero de abril, en poco tiempo y de manera voluntariamente visible, Moscú apostó más de cien mil soldados con un imponente material bélico en la frontera entre los dos países. Cerró durante seis meses la navegación de los buques extranjeros cerca de Crimea y, frente al puerto ucraniano de Mariupol, posicionó una escuadra de buques anfibios que permitirían un desembarque militar. Desde el primer día, Washington señaló lo peligroso de una escalada en la región; el 12 de abril

advirtió que, si Rusia agrede a Ucrania, habrá consecuencias. El miércoles 21, en su “El estado anual de la nación”, Putin subió las apuestas: “Espero que nadie tendrá la idea de cruzar la línea roja con Rusia. Nosotros determinaremos dónde pasa esa línea”. Retaba así al francés Macron, que pedía que se “definieran claras líneas rojas con Rusia” y prometió “una contestación asimétrica, rápida, dura... Los organizadores de las provocaciones que amenazan nuestra seguridad se arrepentirán como jamás tuvieron que arrepentirse en otras ocasiones”. El presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, anunció a la nación que “la guerra puede llegar” y que lucharán hasta el último soldado.

Lo que no dijo Putin ese miércoles es que le preocupa el acercamiento entre Kiev y Ankara. El presidente Erdogan ha dado un abierto apoyo a Zelenski, a quien recibió el 10 de abril. Declaró “sostener la integridad territorial y la soberanía de Ucrania”, y firmó con él una declaración común en el mismo sentido, pidiendo además “el fin de la ocupación de Crimea y de las regiones de Donetsk y Lugansk”. Reforzó la cooperación militar existente entre los dos países y entregó drones armados —que fueron tan eficientes en la guerra entre Azerbaiyán y Armenia—. Moscú suspendió 45 días los vuelos a Turquía.

¿Qué pasará? Los dados están en el aire.

[Varias de estas notas aparecieron previamente bajo los títulos “Problemático Vladimir Putin” y “Operación Stalin” en la columna de Jean Meyer en *El Universal*, el 25 de abril y el 20 de junio de 2021, respectivamente.] 

IN MEMORIAM

Luis Fernando Granados (1968-2021)

Alfredo Ávila

Para Tomás

Murió Luis Fernando Granados. La noticia es triste por varias razones: por lo repentino que ha sido todo, porque tenía cincuenta y dos años, porque lo mejor de su obra aún no llegaba, porque era un buen amigo.

Ofrezco disculpas por escribir en primera persona, pero quiero aprovechar esta nota para expresar la gratitud que siempre le tuve por su generosidad. Lo conocí cuando él era editor en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Varias personas me habían hablado de él, de su talento. Con poco más de veinte años había publicado ya el libro *Amanecer: La revolución francesa* (Orientación, 1990). Por eso no dejó de sorprenderme que me buscara un buen día, para invitarme a participar en un hermoso proyecto que tenía: el álbum conmemorativo de la guerra entre México y Estados Unidos. Era maravilloso. En una página web podíamos consultar bibliografía sobre ese tema, navegábamos a sitios relacionados y leíamos, entre otros, los trabajos de Humberto Musacchio y Enrique Plasencia de la Parra. Nunca hubiera imaginado que yo podía colaborar en un proyecto como ese.

La Rata, como lo conocíamos, estaba muy entusiasmado por una tecnología que había descubierto: la tercera generación del formato de documento portátil o pdf. Le parecía extraordinario que se pudiera elaborar un documento para la web que se hallara “dispuesto para su impresión en cualquier parte del mundo, sin modificación de sus características tipográficas”, como apuntó en el colofón del primero —y único— de los “Panfletos de Historia en Red”.

Poco después, me ayudó a editar mi tesis de maestría. Fue entonces cuando conocí a Tomás, su hermano, uno de los mejores editores de este país, que entonces impulsaba el suplemento bibliográfico *Hoja por hoja*.

Para entonces, ya había dejado de considerar a Luis Fernando como editor. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la Rata y Mario Vázquez Olivera ya eran vistos como dos de los estudiantes más brillantes de esa generación.

La tesis de licenciatura de Luis Fernando, dirigida por Miguel Soto y presentada en 1999, analizó el levantamiento popular de la Ciudad de México cuando las tropas estadounidenses la ocuparon. Poco después apareció publicada con el título de *Sueñan las piedras: Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847* (Era, 2003).

El libro es un relato cuidadoso, casi una crónica, de esos tres días, pero es mucho más. Para empezar, es una provocación, característica que acompañaría sus demás trabajos. Es también un cuestionamiento de lo que creíamos saber sobre la ocupación estadounidense. En realidad, el libro está lleno de cuestionamientos, de preguntas, empezando por aquella que tanto me cimbó “¿Existen los hechos?”.

El autor confrontó las versiones de los testigos, siguió paso a paso a las tropas invasoras, a la plebe y a las piedras. Presentó los barrios de la Ciudad de México y a su gente. Cuando la trama ya se había complicado tanto, se detuvo para hacer un poco de sociología que mostrara la geografía de la pobreza, el descontento. La olla de presión estalló cuando las tropas mexicanas abandonaron la capital, pero aún no entraban las del ejército de Winfield Scott. La represión fue brutal.

Al comenzar este siglo, colaboramos en un seminario que dirigían Felipe Castro y Marcela Terrazas en el Instituto de Investigaciones Históricas. Quienes participamos allí éramos, mayoritariamente, estudiantes de posgrado becados por el Instituto. La Rata era unos pocos años mayor y me daba la impresión de que había leído de todo. Seguía investigando la vida de los agitadores de los barrios de la ciudad de México de la primera mitad del siglo XIX, de aquellos intermediarios políticos que mantenían cierto control y obtenían algunos beneficios para la gente más pobre.

Poco después, Luis Fernando se fue a estudiar el doctorado en Historia en la Universidad de Georgetown. Perdí el contacto con él, pero supe que había

llevado consigo un ejemplar de mi primer libro y que lo había recomendado ampliamente entre sus profesores. De nuevo, con toda la admiración que yo tenía por su trabajo, me sorprendió que creyera que mi obra fuera importante.

Lo vi en Georgetown en 2008, el mismo año en el que obtuvo el doctorado con una impresionante tesis, dirigida por John Tutino, que aún permanece inédita: *Cosmopolitan Indians and Mesoamerican Barrios in Bourbon Mexico City: Tribute, Community, Family and Work in 1800*. Había seguido estudiando a la gente pobre de los barrios, a esas comunidades indígenas que no solían formar parte de los estudios historiográficos por una simple razón, eran comunidades urbanas que trabajaban en los talleres artesanales, en los obrajes; tenían nombres en español y hablaban ese idioma y, sin embargo, eran mujeres y hombres indígenas que pagaban tributo.

La tesis no es solo original sino emotiva. La recuperación de la cotidianidad y de los problemas de la gente que caminaba la Ciudad de México al comenzar el siglo XIX es muy vívida, seguro porque se trataba de la misma ciudad que Luis Fernando tanto amaba, una ciudad barroca e ilustrada, tan ilustrada como la tipografía que usó en la tesis, Bodoni.

Su siguiente obra fue *En el espejo haitiano: Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*. Allí ensayó una interpretación de la independencia mexicana a partir de la experiencia haitiana, que recibió tanto elogios como críticas. Como algunos de los textos que integran ese libro se habían publicado antes, era disparate. En alguna ocasión discutimos acerca de su ponderación de la historiografía sobre la guerra de independencia, con la que no estoy de acuerdo. En cambio, es muy destacable el análisis sobre la población indígena que se unió a la rebelión de Miguel Hidalgo en 1810, en especial de aquella que —otra vez— no suele ser la analizada por la historiografía: aquella que no se hallaba adscrita a un *pueblo de indios*.

Los indios “laboríos” trabajaban como jornaleros, se hallaban a la merced de las fluctuaciones del mercado, eran un verdadero proletariado rural que, sin embargo, pagaba tributos, como hacían quienes tenían tierras de comunidad y se hallaban protegidos por el gobierno de la *república de indios*. Fueron los laboríos, argüía, quienes se lanzaron en contra de la alhóndiga en Guanajuato, quienes engrosaron las fuerzas insurgentes.

Dejó una obra póstuma: la *Relación de 1520* de Hernán Cortés (Grano de Sal, 2021). No solo es una edición de la segunda carta enviada por el

conquistador extremeño sino un análisis riguroso de ese testimonio. Luis Fernando era fiel a sus preguntas más que a sus temas. ¿Existen los hechos?, preguntaba hace dos décadas. ¿La relación cortesiana es un testimonio de la guerra mesoamericana de 1520? ¿Así de simple? ¿No es también un “hecho histórico”? ¿O mejor, un proceso histórico, construido a lo largo de los siglos, desde sus primeras impresiones en el siglo XVI hasta la edición de “Sepan cuántos...” pasando por el patriotismo hispano del siglo XVIII? Las cartas de Cortés y lo que cuentan son, en el mejor sentido ogormaniano, una invención.

Profesor de la Universidad Veracruzana, historiador de los grupos indígenas que no encajan en la visión tradicional de los grupos indígenas, editor, dueño de una prosa más compleja que lo recomendable, Luis Fernando Granados pugnó por una academia crítica, alejada de los perniciosos sistemas que otorgan puntos por el trabajo visto como una serie de productos, sin importar que estos sean fruto de los plagios y la deshonestidad, como bien señaló en alguna ocasión.¹ Ejerció su profesión con rigor e imaginación. Así lo recordaré.

Recordaré, sobre todo, su generosidad.

Gracias por haber pasado por nuestras vidas, Luis Fernando. Te echaremos de menos. ❧

¹ Granados, “Corrupción en el ambiente”, disponible en: <https://elpresentedelpasado.com/2019/03/04/corruccion-en-el-ambiente/>

COLABORADORES

Alfredo Ávila es investigador titular C de tiempo completo y con definitividad del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), PRIDE nivel C y SNI nivel II, en el área de historia moderna y contemporánea. Es doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Su libro más reciente es *Camino de Padilla: México y Manuel de Mier y Terán en 1832* (Secretaría de Cultura/Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, 2016).

Hanna Deikun es estudiante del doctorado en el Departamento de Historia de la Universidad Illinois en Chicago. Terminó sus estudios previos en la Universidad Libre de Berlín, Alemania, y en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Ciudad de México. Sus intereses de investigación son la historia política e intelectual, la historia del arte, los estudios de la Guerra Fría y la moda del siglo XX. Es ganadora del Premio Genaro Estrada 2019 de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México por la mejor tesis de maestría que se enfocó en las relaciones diplomáticas entre México y la URSS y se publicará como un libro en 2021. Es docente en el Instituto de Estudios Superiores de Moda “Casa de Francia”.

Alexander Etkind tiene la cátedra Mijaíl M. Bajtín de historia de las relaciones entre Rusia y Europa. Realizó sus estudios de psicología en la Universidad Estatal de Leningrado, Rusia, y el doctorado en filosofía en la Universidad de Helsinki, Finlandia. Su investigación se centra en la historia intelectual de Europa y Rusia, los estudios de la memoria, los recursos naturales y la historia de la economía política, el imperio y las colonias

en Europa, la política, las novelas y el cine de Rusia en el siglo XX. Sus obras más destacadas son *Colonización interna: La experiencia imperial de Rusia* (Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 2013), *Warped Mourning: Stories of the Undead in the Land of the Unburied* (Palo Alto, Stanford University Press, 2013), *La naturaleza de mal: Materia prima y el Estado* (Moscú, NLO, 2020).

Ilya Gerasimov es fundador y redactor jefe de la revista internacional de historia *Ab Imperio* dedicada al estudio del espacio ex soviético y la nueva historia imperial. Es licenciado por la Universidad de Kazán, Rusia; maestro por la Universidad Centroeuropea, Budapest, Hungría, y doctor por la Universidad Rutgers, Estados Unidos. Su trayectoria profesional se enfoca en el desarrollo de la corriente historiográfica: la nueva historia imperial de Rusia y la URSS, y los estudios comparativos e interdisciplinarios de nacionalismo y nacionalidades en el espacio postsoviético. Autor de múltiples publicaciones, entre ellas *Plebeian Modernity: Social Practices, Illegality and the Urban Poor in Russia, 1906-1916* (Sarah Badcock, 2018). Es autor del libro *Russian Empire and Beyond: A New Imperial History of Northern Eurasia* (Bloomsbury Academic, 2021).

Sergei Geblow es profesor asociado en los departamentos de historia del Smith College y el Amherst College. Sus investigaciones se concentran en la historia cultural, política e intelectual del imperio ruso y la Unión Soviética, así como en las ideologías de expansión imperial, nacionalismo ruso y las nacionalidades rusas. Es uno de los editores fundadores de *Ab Imperio: Estudios sobre nueva historia imperial y nacionalismo en el espacio post Soviético*.

Marina Mogilner es profesora asociada y titular de la Cátedra Edward y Marianna Thaden de Historia Intelectual de Rusia y Europa del Este en la Universidad de Illinois en Chicago. Es cofundadora y coeditora de la revista *Ab Imperio*. Se graduó de Universidad Estatal de Kazán, Rusia, la Universidad Centroeuropea, Budapest, Hungría, y la Universidad Estatal de Nueva York en Albany y se doctoró en la Universidad Rutgers de Nueva Jersey, Estados Unidos. Su trayectoria profesional puede definirse de manera amplia como nueva historia imperial de Rusia y la URSS, que refleja el interés en los estudios de la diversidad (imperial), y en la organización política e intelectual de sociedades multinacionales y multiculturales. Su último libro *Homo Imperii: A History of Physical Anthropology in Russia* (Critical Studies in

the History of Anthropology series, University of Nebraska Press, 2013) se centra en la historia de la antropología en Rusia.

Eduardo Núñez Mayeya estudió la maestría en Historia Internacional en la División de Historia del CIDE. Obtuvo el grado con la tesis “La nueva extrema derecha en Alemania, de 2015 a 2018: Los casos de PEGIDA y AfD”. Actualmente se dedica a la docencia.

Ingrid Ots es asistente de investigación en el Centro de Investigación y Docencia Económicas. Obtuvo el grado de doctora en Sociología (2021) en la línea Política y Género en la Universidad Autónoma Metropolitana con la tesis “Resignificación, reacomodo e intercambio de capitales en parejas globales: El caso de matrimonios de mujeres postsoviéticas y mexicanas”. Tiene los grados de maestra en Sociología (2016) por la misma institución y licenciatura en Periodismo (2009) por la Universidad de Sheffield, Reino Unido. Sus intereses académicos se enfocan en las transformaciones políticas y económicas de los siglos XX y XXI y sus repercusiones en los discursos y normas de género en el espacio postsoviético.

Serbii Plokhii es el profesor Mykhailo Hrushevsky de historia de Ucrania en la Universidad de Harvard, y director del Instituto de Investigación de Ucrania de la misma universidad. Realizó sus estudios de posgrado en historia en la Universidad de Dnipro(petrovsk), Ucrania, Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos, Moscú, Rusia y su habilitación en la Universidad Nacional Tarás Shevchenko de Kyiv, Ucrania. La investigación de Plokhii se centra en la historia intelectual, cultural e internacional de Europa del Este y los estudios de la Guerra Fría con especial énfasis en Ucrania. Algunos de sus libros son: *El último imperio: Los días finales de la Unión Soviética* (Turner, 2015), *The Gates of Europe: A History of Ukraine* (Basic Books, 2015), *Chernobyl: History of a Tragedy* (Allen Lane, 2018), *Nuclear Folly: A History of the Cuban Missile Crisis* (W.W. Norton, 2021).

Andrii Portnov es profesor titular de Historia de Ucrania y sus complejidades en la Universidad Europea Viadrina (Fráncfort del Óder, Alemania). La mayoría de sus investigaciones y publicaciones se dedican a estudios de historia intelectual, historiografía, genocidio y memoria en Europa Central y Oriental. Se graduó como historiador en la Universidad de Dnipro(petrovsk),

Ucrania, y en estudios culturales en Varsovia, Polonia. En la Academia de Ciencias de Ucrania, en Lviv, se doctoró en Historia. Entre 2006 y 2010 fue el redactor jefe de *Ukraïna Moderna*, revista histórica e intelectual ucraniana, y fue fundador de la plataforma digital histórica *Historians.in.ua*. Desde 2015 es cofundador de Prisma Ukraïna, la red de investigación interdisciplinaria de Europa del Este en el Forum Transregionale Studien de Berlín. Entre sus libros se encuentran *Ejercicios ucranianos con historia* (2010, Memorial Internacional en Moscú), *Historias para uso doméstico: El triángulo de la memoria polaco-rusiano-ucraniano* (2013, Kyiv, ganó el Yuri Shevelov Prize). Su actual proyecto de investigación trata sobre la biografía de su ciudad natal Dnipro(Petrovsk).

Alfonso Salas actualmente estudia la maestría en Historia Internacional en la División de Historia del CIDE.

Anna Temkina es profesora de la Facultad de Sociología y codirectora del Programa de Estudios de Género en la Universidad Europea de San Petersburgo, Rusia. Su trayectoria profesional se enfoca en los estudios de género, la teoría feminista, la sociología de la salud, la medicina y la sexualidad. Fue codirectora de grandes proyectos de investigación como: “La estructura de género en la vida privada de la Rusia moderna” (2008-2012), “Seguridad, salud sexual y reproductiva” (2005-2007). Entre sus publicaciones se encuentran *El orden de género ruso: El enfoque sociológico* y *La vida sexual de la mujer: Entre la sumisión y la libertad* (Universidad Europea de San Petersburgo, 2008). En 2020 apareció en la lista de los sociólogos más influyentes en la Rusia moderna.

Soledad Jiménez Tovar es profesora-investigadora titular de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Licenciada en Estudios Latinoamericanos (UNAM), maestra en Estudios de Asia y África (Colmex), doctora en Antropología Social (Instituto Max Planck de Antropología Social, Alemania). Su trayectoria de investigación se enfoca en los estudios de la URSS, con especial énfasis en Asia Central y su relación histórica y cultural con China. Es autora de “Memorias de la Guerra Fría: Historiografía soviética latinoamericanista” (*Pacarina del Sur*, núm. 2, 2010), “Folklorized Politics: How Chinese Soft Power Works in Central Asia” (*Asian Ethnicity*, 2020). Es coeditora del libro *Pensamiento social ruso sobre América Latina* (Buenos Aires, Clacso, 2017). 



CIDE

mhi

Maestría en Historia Internacional

DHA

Doctorado en Historia Aplicada

Convocatoria 2022



**Maestría en
Historia Internacional**

**Doctorado en
Historia Aplicada**

<https://cide.edu/programa/mhi/> <https://cide.edu/programa/dha/>

ISTOR, año XXII, número 85, verano 2021, se terminó de imprimir el 15 de octubre de 2021, en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales Oriente, 03570, Ciudad de México. En su formación se utilizaron tipos Garamond 3 Medium de 12.6 y 11 puntos.